EL JOROBADO

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y DIEZ CUADROS

ARREGLADO Á NUESTRA ESCENA

por

D. JUAN BELZA.

Estrenado con extraordinario aplauso en el teatro de Novedades, la noche del 30 de Enero de 1863.

MADRID.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

1863.

5

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/eljorobadodramae00belz_0

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedencia
3342.

La propiedad de esta obra pertenece á **D. Alonso Gullon**, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada **El Teatro**, y con arreglo á la ley de propiedad literaria, nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países en que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de la misma galería son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

722267

PERSONAJES.	ACTORES.
LAGARDERE	Sr. Farro.
GONZAGA	Galban.
MACARIO (a) *Poca pena*	Montaño.
MODESTO IF (a) *El Novicio*	García.
CHAVERNY	Orea.
EL REGENTE	Mendoza.
CAYROL	Detrell.
NEVERS	Montenegro.
NAVAILLES	Subirá.
D'ARGENSON	Lastra.
BONNIVET	Yañez.
ANTONIO	Corrales.
GARRIGA	Campos.
ESTOPIN	Roca.
BREANT	Llop.
BLANCA DE CAYLUS	Sra. Castillo.
BLANCA DE NEVERS	Montesinos.
ESTRELLA	Rizo.
ANGELICA	Crespo.
MAGDALENA	Maiquez.
MARTINA	Cruz.
UN PAJE	Bustamante.

CORTESANOS, GUARDIAS, SOLDADOS, PAJES, BANDIDOS, ETC.

El prólogo pasa á fines del reinado de Luis XIV. Los otros actos en 1720, regencia del duque de Orleans.

NOTA. Este drama, á imitacion de *La Aldea de San Lorenzo*, *La Alquería de Bretaña* y otros del mismo género, tienen su música especial con la que se acompañan muchas de sus principales escenas.

Las empresas de provincias que deseen adquirirla con el objeto de poner la obra en escena como se ha hecho en Madrid, podrán dirigirse al editor de la galería á que pertenece aquella.

La lisonjera acogida con que fué recibida esta obra por el público de la córte, el interés que ha excitado y la favorable opinion que mereció á la prensa, unánime, al emitir su juicio crítico sobre el mérito de la misma, impulsaron á la Empresa del teatro del Circo á ponerse de acuerdo con el autor del arreglo, con el objeto de reproducirla en el referido coliseo, á cuyo efecto se le dió el nuevo reparto siguiente:

PERSONAJES.		ACTORES.
LAGARDERE	Sres.	Ossorio.
GONZAGA		Ortiz.
MACARIO (a) *Poca pena*		García.
MODESTO IF (a) *El Novicio*		Boldun.
CHAVERNY		Calvo (D. Rafael).
REGENTE		Beneti.
CAYROL		Arjona (D. Enrique).
NEVERS		Burgos.
NAVAILLES		Calvo (D. Ricardo).
D'ARGENSON		Sanchez.
BONNIVET		Castellar.
ANTONIO		Martinez.
GARRIGA		Castellar (D. S.)
ESTOPIN		Tirado.
BREANT		Diez.
GIRAUT		Riquero.
PRINCESA	Sras.	Losada.
ESTRELLA		Baga.
BLANCA		Boldun.
MAGDALENA		Escobar.
MARTA		Lopez.
UN PAJE		Valverde.
ANGELICA		Tabela.

CORTESANOS, GUARDIAS, DAMAS, CABALLEROS, PAJES, SOLDADOS, AVENTUREROS, BANDIDOS, ETC.

PRÓLOGO.

La hostería del Buen Pastor.

Sala comun de una venta, que se supone situada en la frontera de España.—En primer término, á la derecha, una ventana que da á los fosos de un castillo. A la izquierda una puerta que conduce al interior.—Al fondo dos puertas, una que da al camino y la otra á un jardin. Entre las dos puertas, un gran aparador.—Mesas, sillas, bancos, etc.

ESCENA PRIMERA.

CAYROL.—MARTINA.

Martina arregla precipitadamente los jarros, vasos etc., Cayrol está de pié junto á la puerta de la izquierda.

MART. A qué especie de bandoleros habeis dado cita en mi casa?

CAYROL. (*Viniendo á la escena y mostrando seis espadas colgadas en la pared.*) Estais en un error, mi buena Martina: son gente de capa y espada.

MART. De saco y de cuerda mas bien.

CAYROL. Y espero aún otros dos... los mejores; maese Pocapena y Modesto, su sobrino.

MART. Todavía más!

VOCES. (*Dentro.*) Vino, hosterera, vino! (*Martina se dirige hácia la puerta del jardin.*)

CAYROL. Dad á esos caballeros todo lo que pidan.

MART. Excelentes parroquianos! Por fortuna sois vos quien pagais... que sin eso!...

VOCES. (*Dentro.*) Vino!... Venga vino!

CAYROL. Volveré cuando esten todos. Entre tanto que beban, pero que se callen. (*Sale.*)

ESCENA II.

MARTINA.—Luego MACARIO Y MODESTO, entrando por la puerta que da al camino.

MART. Yo no puedo impedir á esos demonios que alboroten. Pero qué es eso? Alguien viene por el camino. Con tal que sea gente cristiana!... (*Mirando.*) Bah! son los dos bandidos que espera Mr. de Cayrol. Todavía están mas derrotados que los otros.

MACAR. (*Apareciendo.*) Uf! Truenos y rayos! Hace dos horas que perseguimos ese maldito castillo empingorotado sobre la montaña, y que parecia andar delante de nosotros. En fin, ya atrapamos este agujero. (*Entra terciando su capa hecha jirones, y se planta como un maton de mala especie.—A Modesto que le sigue con timidez.*) No tengas miedo, chorlito! Entra, buena pieza! Ya hemos llegado al puerto.

MODEST. Echemos el ancla.

MACAR. Por mi vida! Hay buen vino? (*Tomando un gran jarro que hay sobre una mesa y bebe en él.*)

MODEST. (*Viendo á Martina.*) Cáspita!... Caspitina! Una mujer. (*Va por detrás y la abraza.*)

MART. (*Escapándose.*) Andrés!... Andrés!

MODEST. No grites así, Venus Estradiota!... Dame un solo abrazo, oh, reina de mi albedrío!

MART. (*Riendo.*) Está loco ese gordinflon?

MODEST. Loco, sí... pero gordo!... Oh! tú no sabes que es mi corazon, que crece... crece y va ocupando todo mi cuerpo. Yo soy todo corazon. Ven.

MART. Ea! dejadme, ó llamo en mi socorro.

MACAR. (*Tirando el jarro sobre la mesa.*) Mal rayo! No podrás nunca dominar tus pasiones?

MODEST. No la pido mas que la mano.

MART. La mano?... Toma! (*Le da un bofeton y huye riendo hácia la puerta del jardin.*)

MODEST. (*Frotándose la mejilla y con resignacion.*) Bah! es casi un favor. Cuando una mujer pega!...

MART. Voy á avisar á vuestros compañeros.

MACAR. Han llegado?... Bah! Lo pregunto cuando veo ahí sus herramientas!—Una, tres... seis tizonas magníficas!—Anunciadles á Macario Armañac, la primera espada del universo!!

MODEST. Y á Modesto If, vuestro adorador, oh mi dulce Calipso!

MACAR. No es necesario; ellos vienen.

ESCENA III.

LOS MISMOS.—ESTOPIN, y cinco espadachines.

TODOS. Poca-pena!

MODEST. (*Bajo.*) Uf! qué fisonomías, tio Macario!

MACAR. No tengas miedo, inocente: todos son caballeros. (*Se dan mútuamente la mano.*)

ESTOPIN. (*Sentándose á la mesa.*) Venga vino! vino de lo caro, para obsequiar á nuestros amigos.

MART. Allá voy... se necesitaria un diluvio para contentaros.

MODEST. Yo ya estoy embriagado, tabernera de mis ojos!

MART. No os ha despertado el bofeton?

MACAR. Eh! basta de regodeo, mala pécora! Hemos venido aqui á asuntos sérios... con que, déjanos el campo libre... No me inflames al novicio.

MODEST. Ay!! (*Suspirando con fuerza.*)

MART. (*Riendo.*) Volvedlo á su convento... si necesitais algo, no os canseis en llamarme. (*Váse corriendo.*)

MACAR. Las mujeres serán la perdicion de esta criatura. Ellas le hicieron ahorcar los hábitos, y por ellas él seguirá la misma suerte.

MODEST. *Nihil summus!* La humanidad es frágil. (*Los espadachines rien.*)

MACAR. Bueno, bueno. Ahora, hijos mios, vengamos á nuestro negocio. Este debe ser grave, cuando se nos ha reunido aquí á las primeras ocho espadas del reino. Cada uno de nosotros puede hacer frente

á tres hombres que manejen decentemente las armas. Se trata acaso de combatir á un ejército?

ESTOPIN. No; se trata de un solo caballero. (*Todos rien desdeñosamente.*)

MACAR. Y quién es, ira de Dios! ese jigante que necesita ocho hombres de nuestro temple?...

ESTOPIN. El duque Felipe de Nevers.

MACAR. (*Haciendo un gesto.*) Um! Peste!

MODEST. (*Imitándole.*) Zambomba!

TODOS. Qué?... Qué es ello?

ESTOPIN. Pensais acaso abandonar la partida?

MACAR. Por Satanás! yo no he dicho tanto. Pero hay casos graves!...

MODEST. Nosotros hemos visto al duque de Nevers, en París, y os aseguro que es hombre capaz de zurraros la badana.

TODOS. A nosotros! (*Con aire de desprecio.*)

MACAR. Y por qué no? Habeis oido hablar de la estocada de Nevers?

ESTOPIN. Bah! me rio de las estocadas secretas.

TODOS. (*Riendo.*) Já! Já!

MACAR. (*Con fiereza.*) Ira de Dios, mis valientes! Yo creo tener buen pié, buena vista y buena guardia, y el de Nevers me ha tocado tres veces seguidas, en mi propia academia.

MODEST. En nuestra propia academia.

MACAR. Solo hay un hombre capaz de hacer frente con la espada en la mano á Felipe de Nevers.

MODEST. Uno solo.

TODOS. Y ese hombre?

MACAR. Es el *Parisiense*, ó por otro nombre, el caballero Enrique de Lagardere. (*Los espadachines cambian una mirada.—Momentos de silencio.*)

ESTOPIN. Es el que mató á tres maestros de armas alemanes, tras las murallas de Senlis?

MACAR. No hay dos Lagardere. Pero atencion: ahí viene Mr. de Cayrol, el factotum del príncipe de Gonzaga. Señores, la estocada de Nevers vale mucho oro! Dejadnos hacer, á mí y á mi inteligente sobrino, y apoyad cuanto digamos. El que salga esta noche con el pellejo sano, podrá vaciar un tonel á la memoria de los difuntos.

TODOS. Aprobado!

ESCENA IV.

Los mismos.—CAYROL.—Todos se levantan y lo saludan.

Cayrol. (*Despues de haberlos contado con la vista.*) Bien. Veo estamos todos: cerrad esa puerta. En pocas palabras voy á decir de qué se trata.

Macar. Os escuchamos, mi buen señor de Cayrol. (*Echándose de codos sobre la mesa.*) Decidnos pues...

Cayrol. (*A la ventana.*) Esta noche, á eso de las nueve, vendra un hombre por aquel camino que pasa justamente delante de esta posada. Mirad allá abajo, en los fosos, cerca del puente levadizo... Veis una ventana sólidamente cerrada?

Macar. Perfectamente, mi buen señor de Cayrol.

Modest. Perfectamente, mi buen señor de Cayrol.

Todos. Perfectamente.

Cayrol. Nuestro hombre se acercará á la ventana.

Macar. Y en ese momento nos presentamos...

Cayrol. Con toda cortesía. (*Con intencion y sonriendo.*)

Modest. Lo cortés no quita á lo valiente.

Cayrol. Pues!

Todos. Y bien?...

Cayrol. Y habreis ganado vuestro dinero.

Macar. Este buen señor de Cayrol siempre está de broma.

Cayrol. Queda convenido?

Todos. Convenido. (*Cayrol va á marcharse.*)

Macar. Cómo! Así os vais sin decirnos el nombre de la persona á quien debemos tratar... con tanta cortesía?

Cayrol. Qué os importa? (*Da un paso para marcharse.*)

Macar. (*Interponiéndose.*) Peste! Es que no me habeis dicho que el viajero misterioso es el príncipe Felipe de Lorena, duque de Nevers; la primera espada de Francia y de Navarra.

Cayrol. Sois ocho contra él.

Macar. Para comenzar la cosa... no digo que nó: pero quién sabe si quedará uno para acabarla.

Cayrol. Bah! estais en vos?

Macar. Ya lo creo; y cuando se trata del duque de Nevers.

Cayrol. Es decir que dudais?

MACAR. No: es decir que rehuso. No sé si mi sobrino Modesto será mas emprendedor que yo.

MODEST. Yo! *Vade retro!* Ya estamos aquí demás. (*Haciendo un movimiento para retirarse.*)

CAYROL. Os chanceais, buena pieza? Si la tarea es ruda se os pagará más, qué diablo!

MACAR. Da gusto tratar con gentes de talento.

MODEST. Oh, sí!

MACAR. Cuál era el precio convenido?

ESTOPIN. Mil doscientos doblones.

MACAR. Una miseria! Yo soy más razonable... y pido dos mil. Es bastante, novicio?

MODEST. No.

MACAR. El novicio dice que no.

CAYROL. Basta de chacota, señores aventureros. Qué es lo que quereis?

MACAR. Tres mil doblones.

CAYROL. Concedido.

MACAR. (*A Modesto.*) Es bastante, hijo... mio?

MODEST. Pch!...

MACAR. Modesto dice que sí.

CAYROL. No es poca fortuna!

MACAR. Negocio concluido.

CAYROL. Tocad esos cinco. (*Le alarga la mano, Macario la rechaza con desprecio, y lleva la suya á la empuñadura de la espada. Movimiento de Cayrol.*)

MACAR. Hé aquí el fiador que me responde de vos, señor emisario. (*Le saluda con afectacion y todos le imitan.*)

CAYROL. (*Disponiéndose á partir.*) Si errais el golpe, no hay nada de lo dicho.

MACAR. Eso es corriente. (*Cayrol se emboza hasta los ojos y sale. Estopin y dos aventureros le acompañan hasta la puerta haciendo grandes saludos exagerados y burlescos. Todos sueltan la carcajada.*) Ja! ja!... Vino!... venga vino! (*Golpeando sobre la mesa.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS MENOS CAYROL.—Luego GARRIGA, y sus soldados.

VOZ. (*Dentro.*) Socorro! socorro!

MACAR. Qué es eso?

ESTOPIN. Son guerrilleros que vienen á forrajear alrededor del castillo.

MACAR. Por Belcebú, que son atrevidos! Y cuántos son?

ESTOPIN. (*A la puerta de entrada.*) Tres... cuatro... seis... ocho.

MACAR. Justo. Tantos como nosotros. Ya podemos reir un rato.

MODEST. Precisamente ya empezaba yo á fastidiarme. Ahí están.

GARRIG. (*Dentro.*) Por aquí, camaradas.

MACAR. Vamos, mis querubines, ya es tiempo de descolgar las tizonas. (*Descuelgan y ciñen sus espadas.*) Ahora, ojo avizor. (*Se sientan agrupados alrededor de una mesa.*)

GARRIG. (*Dentro, mas cerca.*) Ah de casa!

MACAR. Deciamos pues, que la mejor guardia contra un zurdo...

GARRIG. (*Apareciendo con los suyos.*) Ola! la hostería está llena! Es necesario despejar el campo. (*Entran.*) Eh, buenas gentes! á desfilar por el flanco derecho. Plaza á los voluntarios del rey! (*Los espadachines quieren levantarse. Macario los detiene.*)

MACAR. Calma, caballeros! Hagamos los honores á los voluntarios de S. M. (*Se levantan, saludan con exageracion y vuelven á sentarse.*)

GARRIG. No veis que necesitamos vuestros asientos?

MACAR. No te alarmes, novicio. (*Cogiendo su taurete.*) Pues bien, señores... (*Lo arroja á Garriga.*) Ya estais servidos.

MODEST. Allá va otro. (*Se dispone á arrojarlo.*)

GARRIG. (*Y sus soldados.*) A ellos! Lagardere! Lagardere!

(Todos desenvainan escepto Macario y Modesto que se interponen, dejando caer los muebles de que estaban armados.)

MACAR. Abajo las armas!
MODEST. Qué habeis dicho?
MACAR. Qué nombre habeis pronunciado?
ESTOPIN. Fuera, fuera! qué no quede uno vivo!
MACAR. Haya paz!... Por qué habeis gritado Lagardere?
GARRIG. Porque Lagardere es nuestro capitan.
MACAR. El caballero Enrique de Lagardere?
GARRIG. Si.
MACAR. Nuestro parisiense?
MODEST. Nuestra alhaja?
MACAR. Veamos, señores, no confundamos. Yo he dejado á Lagardere en París, sirviendo en la caballería ligera del rey.
GARRIG. Sí, pero se ha fastidiado y manda ahora un escuadron de voluntarios que recorre la frontera.
MACAR. Entónces, alto ahí! vuelvan las espadas á la vaina. Vive Dios! Los amigos del parisiense son nuestros amigos. A la mesa, y brindemos por la primera espada del universo!
TODOS. Bebamos!
MACAR. Viva la alegría! Bebamos! (*A Modesto.*) No hagas excesos, sobrino.
MODEST. Caracoles! es que yo tambien estoy contento!
MACAR. Viva Lagardere, mi querido y heróico discípulo.
UN SOLD. (*A Garriga.*) Mi teniente, mirad por esa ventana.
GARRIG. Calla! es el pilluelo que ha cansado nuestros caballos huyendo como un gamo... Va á pasar por aquí. Corred á él y traédmelo. (*Vánse dos soldados.*) Este dominio de Caylus se halla cerca de las tierras del duque de Orleans, y ese condenado paje me parece sospechoso. No he visto piernas mas ligeras!

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—EL PAJE, conducido por dos soldados.—Luego LAGARDERE.

GARRIG. Ven aquí, buena pieza!
MACAR. No tiembles, chicuelo; no van á desollarte vivo!
MODEST. Es lindo el chiquitin! Sin duda sirve á alguna dama... Dí, hijo mio, á quién llevas una carta de amor?

PAJE. Yo no llevo nada.

GARRIG. A quién sirves?

PAJE. A nadie.

MACAR. Voto á cribas! Es este el juego de los despropósitos? Ea! mil bombas! que lo registren!

PAJE. (*Sacando un puñal.*) No me toqueis!

MACAR. Ah! vivorezno! Quieres morder?

(Rodean al paje, lo echan por tierra y van á registrarlo. Lagardere entra vivamente y rechaza con violencia á Macario y Modesto derribándolos.)

MACAR. Bombas y metralla!

MODEST. Caracoles! (*Reconociendo á Lagardere.*) Qué veo!

MACAR. Gran Dios!

MODEST. El parisiense! (*Estas cuatro exclamaciones deben ser rápidas.*)

MACAR. Lagardere!

TODOS. (*Saludando con respeto.*) El capitan.

LAGAR. (*A los dos espadachines.*) ¿Cómo tan lejos de París, mis maestros?

MACAR. Oh! maestros!... eso en otro tiempo. Hoy vuestros humildes servidores.

MODEST. Vuestros esclavos en el Señor!

LAGAR. (*Riendo.*) Ola! Fray Modesto! Todavia descubrís la cogulla. Y este? (*Señalando á Estopin.*) Yo lo he visto en alguna parte.

ESTOPIN. En Strasburgo, capitan. (*Frotándose un hombro.*) Conservo el recuerdo.

LAGAR. Estopin, no es eso?... Ah!... ah!... Y estos otros? Facl, Saldaña, Pinto... antiguas relaciones de Bayona. Recordais mi buena hoja de Toledo? (*Al paje.*) Y tú, muchacho?... Acércate. ¿A qué has venido aquí?

PAJE. A traer una carta, capitan.

LAGAR. Para quién?

PAJE. Para vos.

LAGAR. Para mí? Dáme.

PAJE. (*En voz baja.*) Traigo otra para una dama, y desearia...

LAGAR. Entendido. Ve sin miedo. (*Le da su bolsillo.*) Mis voluntarios te protegerán...

PAJE. Gracias, capitan! (*Vase con Garriga y los soldados.*)

ESCENA VII.

Los mismos, menos el PAJE y los voluntarios.

LAGAR. (*Abre la carta: todos se le aproximan.*) Eh!... largo!... (*Se separan vivamente.*) Esta carta es para mí señores. (*Con ironía. Despues de haber leido.*) Por Dios vivo! Este Nevers es un cumplido caballero!

LOS ESPADACHINES. ¡Nevers!

LAGAR. (*Sentándose á la mesa.*) Empecemos por echar un trago. Estoy contento, vive Dios! como unas pascuas! Y es que habeis de saber, que estoy desterrado.

MACAR. Desterrado!

MODEST. Vos!

LAGAR. Toma, yo! Y por qué no?... ¿Conociais á un tonto llamado Belissen?

MACAR. El baron de Belissen?

MODEST. Belissen el maton?

LAGAR. Belissen el difunto.

MACAR. Pues qué! ha muerto?

LAGAR. Es de suponer. Quiso hacer el coco conmigo, lo que no fué de mi gusto: y como yo habia prometido á su majestad, cuando se dignó hacerme caballero, no dirigir jamás á nadie palabras injuriosas, me limité á tirarle de las orejas. Esto no fué de su agrado...

MACAR. Ya lo creo!

LAGAR. Y como me lo dijo un poco alto... lo llevé á pasear á un sitio cómodo, y por medio de una espulsion en tercera y... á fondo...

MACAR. (*Con entusiasmo.*) Ah! bribon! qué bien has tirado siempre esa estocada!

LAGAR. (*Levantándose.*) Eh, maese pícaro!... Con quién hablais?

MACAR. (*Reponiéndose.*) Ah! perdon! mil veces perdon! (*Inclinándose.*)

LAGAR. Y ved lo que es la justicia. Me debian un premio por haber muerto á un lobo... y me destierran.

Pero yo he jurado no pasar la frontera sin contentar antes un capricho... y ese capricho, ya está aquí. (*Golpeando la carta.*) ¿Decidme, mis valientes, habeis oido hablar de la estocada de Nevers?

TODOS. Ya lo creo!

LAGAR. Esa estocada maldita era mi pesadilla!... no pensaba en otra cosa. Además ese Nevers hacia hablar demasiado de sí. Desde el palacio á la taberna, no se oia más que su nombre, y eso empezaba á fastidiarme. Una noche, mi huéspeda me sirvió un guisote á la Nevers; tiré el plato por la ventana y salí sin cenar. En la puerta, no veia de ira, tropecé con mi zapatero que me traia unas botas á la Nevers, la última moda! Administré una buena tunda al zapatero y le arrojé diez luises á la cara. Qué creeis que dijo el pícaro?... Que Mr. de Nevers le habia pegado una vez, pero que le dió cien doblones.

MACAR. Fué demasiado!

MODEST. Oh, sí! demasiado!

LAGAR. Monté á caballo y me fuí á esperar á Nevers á la salida del Louvre. «Señor duque—le dije—tengo tal confianza en vuestra cortesía, que vengo á pediros me enseñeis vuestra estocada secreta á la luz de la luna.» Me miró fijamente y replicó:—«¿Vuestro nombre?—Lagardere.—Ah! ah! sois Lagardere... mucho me hablan de vos y ya empiezo á impacientarme!—Entonces, si me creeis digno...» No me dejó acabar. Debo confesar aquí que estuvo sublime! En vez de contestarme, me plantó su tizona entre las dos cejas, tan firme y rápidamente, que sin un salto atrás de los más colosales, no quedo para contarlo.—«Vaya otra leccion, señor duque.» ¡Cuando os digo que estuvo sublime!... Caimos en guardia, y lo que es esta vez, voto al diablo! me picó en la frente antes de que yo pudiera ni áun pensarlo. Me habia tocado! á mí!... á Lagardere! (*Todos los espadachines se miran con asombro. Lagardere pasa al otro lado de la escena.*)

MACAR. Dios de Dios!... Es espantoso!

LAGAR. No pude llegar á la parada. Ese hombre es vivo como el rayo... pero yo habia visto la finta, ¡pese

á Satanás! y ahora, despues de haberla estudiado, la sé tan bien como él.

MACAR. Eso os podrá servir un dia.

LAGAR. Eso me va á servir muy pronto.

MACAR. Cómo?

LAGAR. Nevers me habia prometido una revancha. Le he escrito á su castillo de Clarabide, y aquí esta la respuesta. Acepta la cita, el lugar y la hora.

MACAR. Qué dia?

LAGAR. Hoy, esta noche.

MODEST. La hora?

LAGAR. Las nueve.

MACAR. El lugar?

LAGAR. Los fosos del castillo de Caylus. (*Movimiento de sorpresa y de disgusto en los espadachines.*)

MACAR. (*Mirando á los espadachines.*) Los fosos!... Diablo!... y por qué ese sitio?

LAGAR. Segundo capricho. Dícese que el marques de Caylus tiene la hija mas hermosa del mundo, y se añade que monseñor de Nevers es su amante. Pues bien, ya que le he robado su famosa estocada, quiero apoderarme tambien de su misteriosa Dulcinea. Parece que no os reís! No os hace esto gracia, pícaros?

MACAR. ¿Y en vuestra carta á Nevers, habeis tenido la graciosa idea de hablarle de la señorita Blanca de Caylus?

LAGAR. Pardiez! ya lo creo!... Para explicarle la eleccion del lugar, era necesario anunciarle el capricho... pero, qué os ha dado? en qué pensais?

MODEST. Pensamos, caballero—*casus fortuitus*—que no es poca fortuna estemos aquí para ayudaros.

MACAR. Tiene razon el novicio. Aquí hallais ocho famosos auxiliares para un golpe de mano: ¿no es verdad, camaradas?

TODOS. Sí... Sí!...

LACAR. (*Con severidad.*) ¿Y desde cuando he perdido yo la costumbre de hacer mis negocios por mí mismo? Pesada es la broma, señores bufones!... Ea! echad otro trago y dejadme la plaza libre: es el solo servicio que reclamo.

MACAR. Juro, capitan, que por vos me haria matar como un perro, pero...

LAGAR. Pero qué?

MACAR. Cada uno su oficio... ya lo sabeis... nosotros no podemos dejar este sitio.

LAGAR. Por qué?

MACAR. Porque tambien esperamos á alguno.

LAGAR. Y ese alguno?

MACAR. Ese alguno... es... Felipe de Nevers.

LAGAR. Nevers!... Cómo!... Una asechanza!

MODEST. Pero...

LAGAR. Silencio, belitres! Os prohibo resueltamente... lo entendeis bien?... os prohibo tocar á un solo cabello de Nevers. Si ese valiente debe morir, será á mis manos, en combate leal, y no á manos de bandidos.

MACAR. Capitan!

LAGAR. Fuera de aquí!

MODEST. (*A Macario.*) En rigor... si él se encarga de nuestra tarea...

MACAR. (*En voz baja.*) Es verdad: pero no perdamos de vista á Nevers.—Si este yerra el golpe, nosotros no lo erraremos.

LAGAR. Me habeis oido?

MACAR. Sí, capitan.

LAGAR. Y sobre todo, nada de traiciones ni emboscadas! El que sea contra Nevers será contra mí. Salid de aquí, truhanes, y que yo no os vea jamás en mi camino. El que se presente de nuevo, habrá enseñado por última vez su faz patibularia. (*Movimiento en los bandidos.*)

MACAR. Ira de Dios! Capitan! Olvidais que somos soldados!

LAGAR. Vosotros?... Oh, no! El que cambia su espada en puñal y vende sus servicios á la traicion, es un cobarde y un infame. Os conocia... os estimaba, cuando erais soldados, leales y valientes: hoy, miserables y cobardes... no os conozco. Salid! (*Todos se inclinan y salen lentamente, aterrados por la mirada terrible y apostura fiera de Lagardere.*)

MODEST. (*Saliendo.*) Es severo!

MACAR. (*Aparte.*) Hay un medio de conciliarlo todo. (*Vase del brazo con Modesto haciendo saludos exagerados.*)

LAGAR. Miserables! Ocho contra uno!... Hay para renegar del oficio de las armas! (*Yendo hácia la puerta*

del jardin.) Eh!... muchacha!... (*La huéspeda aparece. Lagardere arroja un bolsillo sobre la mesa.*) Cierra todas las puertas y ventanas, y no abras absolutamente á nadie. Si oís ruido esta noche, cualquiera que él sea, hácia los fosos del castillo, dormid todos á pierna suelta... lo entendeis?.. son negocios que no os importan. Adios. (*Vase.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

PRÓLOGO.

CUADRO SEGUNDO.

El asesinato.

La escena figura los fosos de un castillo trazado en direccion del espectador. A la derecha, el castillo, unido á la duela de la izquierda, por un puente levadizo, que de este modo hace frente al público. En la torre un balcon saliente, bajo el cual se ve una ventana baja con puerta de reja. Acá y allá se ven haces de heno amontonados, y una carreta cargada con sacos en un rincon.—En segundo término, á la izquierda, una escalera.—Al fondo, una ancha brecha.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LAGAR. (*Orientándose para bajar al foso.*) Diablo!... diablo! Tratemos de no rompernos la cabeza. (*Baja por la escalera.*) Está oscuro como boca de lobo... Será necesario esgrimir á tientas, y por mi vida que será divertido! (*Registrando con el pié el suelo.* Qué es esto?... musgo?... no, tierra y bien seca... magnífico!— Ahora, orientémonos un poco. (*Llega á tientas á la ventana baja.*) Una ventana! Bravo!... Ella dará entrada á la aventura de amor, devuelta que sea la leccion de esgrima. (*Tanteándola.*) Sólida, es cierto! pero bah! es que no sabré yo abrirla?... Pero, oigo pasos... Será ya Nevers?... Tengámonos firme, que nuestro querido duque no debe llegar contento.

ESCENA II.

LAGARDERE.—GONZAGA.—CAYROL.—Los dos últimos, embozados en sus capas, aparecen á la cabeza del puente, procurando ver en el foso.—Gonzaga trae puesta media careta de terciopelo negro.

GONZAG. No veo á nadie.
CAYROL. Oh, sí!... allá abajo, cerca de la ventana. (*Quiere bajar.*)
GONZAG. (*Deteniéndole.*) Y si no fuera uno de los nuestros?
CAYROL. Imposible. He ordenado que dejasen aquí un centinela, y debe ser Estopin. Yo lo reconozco. Estopin? (*Llamando.*)
LAGAR. Presente.
CAYROL. (*A Gonzaga.*) Lo veis? Podemos descender, señor duque. (*Bajan al foro.*)
LAGAR. (*Aparte.*) Ah! es un duque!
GONZAG. Imprudente! Es esta hora de tratamientos? No os falta mas que decir mi nombre.
LAGAR. (*Aparte.*) Algo daria por saberlo.
GONZAG. (*A Cayrol.*) Creeis que venga Felipe?
CAYROL. No os quede duda. ¿Recordais la carta apremiante que le ha enviado la señorita Blanca de Caylus, y que nosotros hemos interceptado? El mismo vendrá á entregarse á nuestros hombres, y despues de muerto el padre, se apoderarán de la criatura.
LAGAR. Bajan la voz... no puedo oirlos.
GONZAG. No; mas vale empezar por apoderarnos y hacer desaparecer al hijo de Nevers. La hora se acerca... ¿Qué clase de hombre es ese Estopin?
CAYROL. Un bribon de los mas determinados.
GONZAG. Puede uno fiarse de él?
CAYROL. Sí... Pagándole bien.
GONZAG. Llámalo.
LAGAR. (*Aparte.*) Será este el jefe de los asesinos?
CAYROL. Estopin!
LAGAR. Presente.
CAYROL. Acércate.

(Lagardere se acerca, echándose el sombrero á los ojos recatándose con el embozo y desnudando la espada que conserva en la mano izquierda.)

GONZAG. Quieres ganar cincuenta doblones?

LAGAR. Qué es necesario hacer?

GONZAG. Permacer en tu puesto delante de esa ventana y esperar á que den las nueve. A esa hora, llamarás discretamente; la ventana se abrirá, y á la mujer que se presente dirás estas solas palabras: *Héme aquí.*

LAGAR. Héme aquí. (*Aparte.*) Es la divisa de Nevers!

GONZAG. Como podrán extrañar tu voz, procura no hablar mas.

LAGAR. La haré comprender por señas que nos expian.

GONZAG. Eso es. La mujer en cuestion te dará probablemente un fardo, que tomarás en silencio y llevarás de seguida á la posada del *Buen pastor*. Allí recibirás tu dinero.

LAGAR. Convenido.

CAYROL. Silencio! (*Oyese á lo lejos el sonido de un cuerno de vaquero.*) Esa es la primera señal. . Nevers se acerca. A la segunda se hallará á la entrada del bosque.

GONZAG. Entonces, no le queda á nuestro amado primo sino un cuarto de hora de vida. Separémonos.

CAYROL. (*A Lagardere.*) Y tus compañeros?

LAGAR. (*Señalando al fondo.*) Allí.

GONZAG. Recuerdas bien la seña?

LAGAR. Héme aquí.

GONZAG. Hasta luego. Entremos por la poterna. (*Entran en el castillo por el primer bastidor de la derecha.*)

ESCENA III.

LAGARDERE solo.—Despues BLANCA.

LAGAR. (*Respirando con fuerza.*) Of! Dios me tendrá en cuenta á mi última hora, el esfuerzo heróico que he hecho para no atravesar con mi espada á esos miserables! Pero ahora... qué hacer? Solo sé que alrededor de mí se trama una tenebrosa infamia... que me hallo mezclado en ella... y que ¡voto al diablo! la he de perseguir hasta el fin. ¡Ea pues! dejemos á un lado duelo y aventuras de amor... Lo que quiero saber... (*Dan las nueve en el relej del castillo.*) Ah! la hora! obedezcamos al duque... al du-

que de qué? yo lo sabré, pesie á tal! (*Se acerca á la ventana.*) Nadie. (*Llama golpeando discretamente en la ventana.*) Ah! esperan la divisa. (*A media voz.*) Héme aquí!

BLANCA. (*Abriendo la reja.*) Dios sea loado! (*Sacando la mano por la ventana.*) No te veo, Felipe, dónde estás?

LAGAR. (*Siempre á media voz.*) Aquí. Apresuraos!

BLANCA. Te he obedecido, Felipe mio... Aquí tienes nuestro tesoro: —Tómalo, pues ya no está seguro á mi lado.

LAGAR. (*Tomando la niña envuelta en un manto oscuro.*) Pronto! Pronto!

BLANCA. Ah! yo me creia con mas valor! (*Sin abandonar aún á su hija.*)

LAGAR. (*Con voz siempre velada y atrayendo la niña á sí.*) Animo!... ánimo! (*Blanca entrega su hija y presenta en seguida un libro á Lagardere.*) Qué es eso?

BLANCA. Es mi devocionario. He colocado en él un pliego sellado con tus armas, que contiene las páginas arrancadas al registro del capellan del castillo... (*Sonido del cuerno más cerca.*) Pero, no oyes?... una señal.

LAGAR. Nos espian.

BLANCA. Huye!... huye! (*Tomando vivamente la mano de Lagardere y llevándola á los labios.*) Te amo... te amo, Felipe mio! (*Cierra la reja y desaparece.*)

LAGAR. (*Viniendo á la escena.*) Qué diablos es esto? (*Pone el fardo sobre un monton de heno, y al hacerlo se abre un poco el manto y le deja ver la criatura dormida.*) Ah!... Loco!... mil veces loco... ó mas bien, necio de mí!... En qué incomprensible enredo he venido á caer?... (*Toma de nuevo la niña.*) Qué hacer ahora?... qué hacer?... Pero, bah! toda entrada tiene una salida, y desafío á Satanás á que me impida encontrar la mia! —Aventura más singular!...—Pobre criatura!... (*Mirándola.*) Duerme con el dulce sueño de la inocencia. Me alegraría poder ver su carita fresca y rosada. Es tan lindo un chiquitin!... Pero me embarazais sobre manera. Ira de Dios! Yo no puedo batirme con esto en brazos!—Y si me alejo de aquí... Nevers va á llegar... pueden asesinarle.—No!... no! mil rayos!

Yo no quiero que muera!—(*Se repite mas cerca el sonido del cuerno.*) Ah! otra vez la señal!... Y esta vez muy cerca... Es Nevers! Si á pesar de mis prevenciones... los asesinos le siguen y le espian... Oh!... y no saber por donde viene!... (*Pasea agitado por la escena y se dirige á observar al fondo.*)

ESCENA IV.

NEVERS.—LAGARDERE.

NEVERS. (*Bajando la escalera.*) Qué noche! No vendrian aquí mal algunas antorchas.

LAGAR. Alguien se acerca... (*Pasa la niña al brazo izquierdo, y la espada á la mano derecha.*) Será Nevers?... Oh, sí!... él es... Por aquí, señor duque... por aquí...

NEVERS. (*Arrojando la capa y desenvainando la espada.*) Lagardere?... Bien.—No perdamos el tiempo, caballero; estoy de prisa. Toquemos las espadas para que yo sepa donde estais. (*Esgrimiendo á tientas.*)

LAGAR. Una palabra antes, señor duque.

NEVERS. (*Yendo hácia él.*) Algun nuevo insulto contra Blanca de Caylus?

LAGAR. No, vive Dios! Yo no sabia... Pero, tened cuidado!... (*Guareciendo la niña con su espada.*)

NEVERS. (*Avanzando mas.*) Ese insulto pide sangre! (*Tirando estocadas que Lagardere para.*)

LAGAR. Escuchadme.

NEVERS. No!... no!

LAGAR. Por Belcebú! Será necesario hendiros el cráneo para evitar el que mateis á vuestro hijo? (*Dando una patada y cruzando su acero con el de Nevers.*)

NEVERS. Cómo!... Qué decís?... mi hija!

LAGAR. Bah! es una niña? Lo mismo da. Aquí la teneis.

NEVERS. Mi hija en vuestro poder!

LAGAR. Mas bajo. Si la despertais, no sé qué diablos vamos á hacer!

NEVERS. Pero decidme al menos...

LAGAR. Eso es! Antes no me dejabais hablar, y ahora

quereis que me entretenga en contaros historias. Es oportuno!—Vaya, papá, besemos suavemente á la señorita. (*Nevers lo hace.*) Y basta. Vamos á lo que importa.— Improvisemos ahora un lecho. Estos haces de heno harán bien el oficio de cuna. (*La acuesta en el heno y la cubre con cuidado.*)

NEVERS. (*Enternecido.*) Ah, caballero!

LAGAR. (*Con nobleza.*) Ahora, respondo de ella con mi vida, señor duque. Así pueda expiar mis insultos contra su madre, que es una santa y noble mujer!

NEVERS. Habeis visto á la señorita de Caylus? (*Cada vez mas sorprendido.*)

LAGAR. Sí; he visto á la duquesa de Nevers.

NEVERS. Dónde?

LAGAR. En esa ventana.

NEVERS. Y es ella quien os ha confiado?...

LAGAR. Ese tesoro? Sí, creyendo entregároslo á vos.— Oh! no busqueis ahora la clave de este enigma. Básteos saber que suceden aquí extrañas cosas, y que, puesto que sois soldado, señor duque, vais á tener ocasion de mostrar toda vuestra bravura.

NEVERS. Un ataque!

LAGAR. No, una infame asechanza. Un asesinato ordenado por un hombre que no conozco, pero que se deja llamar duque y que se dice vuestro primo.

NEVERS. Gonzaga!... un amigo!... casi un hermano!... Ah! Caballero, eso no es posible.

LAGAR. Yo no sé si eso es posible; lo que sé es que es así... y como yo no os creo capaz de huir una emboscada, y evitar los asesinos...

NEVERS. No, por mi alma! Los esperaré, aunque no sea más que para conocer al bandido que los paga. (*Con fiereza.*)

LAGAR. (*Blandiendo su espada y apostrofándola.*) ¿Lo oís, señora mia? Parece que os aguarda una ocasion magnífica! Ea! noble hija del Tajo!... mi buena toledana!... á ver si no desmentís hoy vuestro claro origen.

NEVERS. Vais á batiros por mí?

LAGAR. Un poco por vos, pero muchísimo por la pequeña.

NEVERS. Ah! Lagardere! no os conocia! Teneis un noble corazon.

LAGAR. Yo?... yo no soy más que un loco. Lo que es

cierto que esa niña me ha transformado. Las emociones que he sentido al tenerla en mis brazos, me hacen creer que desde hoy voy á ser bueno y juicioso.

NEVERS. Y desde hoy tambien, un verdadero amigo...

LAGAR. (*Escuchando.*) Silencio!

NEVERS. Qué hay?

LAGAR. Alguien anda por allá arriba.

NEVERS. Si... será Charlot...

LAGAR. Cómo?

NEVERS. Mi paje, que debia esperarme en la posada vecina, y que me habrá seguido. (*Se ve bajar al pajecillo por la escalera izquierda.*)

LAGAR. El es. Por aquí rapazuelo...

PAJE. Estais cercado, monseñor!... perdido! (*Bajando hasta la mitad de la escalera y á media voz.*)

LAGAR. Bah! no son más que ocho.

PAJE. Más de veinte!... Cuando han sabido que sois dos, han buscado refuerzo.

LAGAR. ¿Crees poder deslizarte fuera de aquí?

PAJE. Sí.

LAGAR. Corre á la posada, monta en mi caballo, y ve á buscar mis voluntarios, que están al pié de la colina, en la aldea de Cerny. Diles: «Lagardere se halla en peligro.» Nada más. Estás pronto?

PAJE. Sí.

LAGAR. Eres un héroe en miniatura. Anda. (*Mostrándole la escalera.*) Rebienta mi caballo, pero llega, estás? llega pronto!

(El paje sube corriendo la escalera y desaparece. Lagardere queda un momento al pié de ella.)

NEVERS. (*Señalando al fondo.*) Cuidado; ¡caballero, veo brillar allí una espada!

LAGAR. Imitadme, duque: apresuraos!

(Tira de la carreta, y, ayudado por el duque, levantan precipitadamente una barricada con la carreta y los sacos añadiendo haces de heno. La niña queda detrás de la barricada.)

NEVERS. Caballero, desde hoy amigos; más que amigos... hermanos! Si vivo, todo será comun entre nosotros, si muero...

LAGAR. Oh! no morireis.

NEVERS. Si muero... mi hija necesitará un protector.

LAGAR. Pues bien; por la salvacion de mi alma os juro que yo seré su padre.

NEVERS. (*Dándole la mano.*) Gracias, hermano!

LAGAR. En guardia!... Aquí están ya!...

ESCENA V.

LOS MISMOS.—MACARIO.—MODESTO.—ESTOPIN y demás espadachines que vienen deslizándose á paso de lobo.—Luego GONZAGA.—CAYROL, bandoleros y contrabandistas. Vienen del fondo por dos lados diferentes: Macario y Modesto por la brecha de la derecha. Estopin y los espadachines por la brecha del fondo: los bandoleros por el tercer bastidor de la izquierda. Durante este movimiento, Lagardere y el duque han terminado sus preparativos.—Música pianísima.

LAGAR. Yo velo por vuestra hija. No os descubrais demasiado.

ESTOPIN. Aquí está.

NEVERS. Sí, yo soy, Nevers,—*héme aquí.* (*Con fiereza.*)

ESTOPIN. Sus! á Nevers!

LAGAR. Y á Lagardere tambien, canalla!

MACAR. (*A Modesto.*) Peste! El parisiense es de la partida! Imítame, chorlito! Abajo las tizonas y á retaguardia...

MODEST. Aprobado.

(Durante este tiempo, los asesinos han formado un semicírculo, que van estrechando, pero parecen vacilar en comenzar el ataque.)

NEVERS. Y bien, cobardes asesinos, ¿no osais avanzar?

LAGAR. No somos más que dos, miserables!

ESTOPIN. Adelante!

(Primer combate.—Al abrigo de su trinchera, Nevers y Lagardere rechazan este primer ataque.)

MODEST. Da gusto verlos trabajar; desde lejos.

MACAR. Alerta! Vamos á tener una verdadera batalla! Ahí llegan los voluntarios del rey... á ellos, sobrino!

LAGAR. A mí, valientes voluntarios! A Lagardere!

GARRIG. (*Apareciendo en lo alto del puente.*) Aquí estamos, capitan; tened firme! (*Desciende al foso con sus soldados y cargan con furor en el foro.*)

NEVERS. Adelante, Largardere! Ataquemos!

LAGAR. Ataquemos! (*Hiere á uno.*)

(Salen de la trinchera y atacan á su vez.—Segundo combate.—A este tiempo aparece Gonzaga por el primer bastidor de la derecha, enmascarado y con la espada en la mano. Queda recatándose en primer término.)

NEVERS. Nevers! Nevers! (*Hiere á otro.*)

GONZAG. Ni Felipe ni Lagardere deben salir de aquí vivos.

LAGAR. Victoria! (*Haciendo replegarse á los bandoleros.*)

NEVERS. Victoria! (*Hiriendo y desarmando á tres espadachines.*)

UN ESPADACHIN. A Nevers!

NEVERS. Héme aquí! (*Le hiere.*)

GONZAG. Concluyamos de una vez. (*Va cautelosamente á Nevers y le hiere por la espalda.*)

NEVERS. Ah!... á mí, Lagardere!... á mí!..

LAGAR. (*Corriendo.*) Aquí estoy! (*Y con su terrible espada ataca á Gonzaga con furor.*) Asesino! no he visto tu rostro pero te haré una marca para reconocerte! (*Le hiere en la mano derecha.*)

GONZAG. Ah! (*Dejando caer la espada.*)

NEVERS. (*A Lagardere.*) Lagardere!... mi hija... hermano... véngame!... Sálvala!... (*Cae sobre los sacos que formaban la barricada.*)

LAGAR. (*Aproximándose á Nevers.*) Muerto!

TODOS. Muerto! (*Todos los bandoleros se aproximan á ver el cadáver.*)

LAGAR. (*Toma la niña rápidamente, y, sin ser visto, sube hasta la mitad de la escalera izquierda.*) Nevers ha muerto!... Viva Nevers! (*Acaba de subir corriendo la escalera; los voluntarios han tomado posicion al pié de la misma.*)

GONZAG. La hija de Nevers!... Oh mil doblones al que se apodere ella!

LAGAR. (*Deteniéndose á la entrada del puente, de modo que domine la escena.*) Ven, asesino, á buscarla tras la egida de mi espada. Tu mano conservará mi marca, y cuando sea tiempo, si tú no vienes á Lagardere, Lagardere irá á tí!

(Los bandidos quieren seguirle para ganar el precio ofrecido, pero los voluntarios ocupan el pié de la escalera impidiendo el paso: última pelea general.)

FIN DEL SEGUNDO CUADRO Y DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

CUADRO TERCERO.

El armero de Segovia.

Interior de una tienda de armero.—Puerta al fondo que da á la calle. Otra á la derecha, primer bastidor, que da tambien al exterior. Otra que conduce al interior, á la izquierda.—Panoplias, armas de toda especie, caretas de alambre y floretes suspendidos á las paredes.—Una gran ventana con puerta de cristales y delante de ella el banco taller de armero.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, despues MACARIO.

ANTON. La señorita no tardará en volver, pues empiezan á tocar á vísperas. Si el maestro me hubiera dejado salir, estaria yo ahora en la plaza viendo el baile de los gitanos. Qué lástima! Esa gitanilla que canta y baila con tanta gracia, y que todos los hidalgos se disputan!... no poder verla hoy!...

MACAR. (*Entrando bruscamente.*) Hola! Rayos y truenos!... No hay nadie en esta barraca? (*Viene vestido con lujo, pero su traje es de mal gusto y muchos colorines.*)

ANTON. En qué puedo serviros, caballero?

MACAR. Eh? andabas por aquí?... avanza, buena pieza. Saben limpiar decentemente una espada en esta tiendecilla?

ANTON. Oh! ya lo creo!

MACAR. (*Brutalmente.*) Pues yo no! Limpia un poco esa, á ver como lo haces. (*Desenvainando una enorme tizona.*)

ANTON. Caramba! que larga es!

MACAR. (*Al querer tomar el aprendiz la espada.*) Eh! cuidado! No toques esta noble reliquia, sin la mas profunda veneracion. Su hoja ha abierto mas heridas que cabellos tienes en la cabeza. (*Al tocarla Antonio se corta los dedos.*)

ANTON. Oh!.

MACAR. No tengas miedo, muchacho! Solamente límpiala con respeto.

ANTON. Está muy oxidada.

MACAR. (*Alarmado.*) Oxi... qué?

ANTON. Que tiene mucho orin.

MACAR. Inocente! eso es sangre!

ANTON. Sangre!

MACAR. Qué quieres? Esta Petronila no tiene dos adarmes de juicio. Mi Petronila, y la llamo así en memoria de una duquesa á quien debí algunas bondades, mi Petronila, digo, no puede estar un momento tranquila. — Cuando irritan un poco á su señor y amo... se estremece de la punta á la guarnicion... y no puedo contenerla. Se lanza ella misma fuera de la vaina... y una vez en juego, siempre toca... y cuando toca mata!

ANTON. Con frecuencia?

MACAR. (*Enfadado.*) He dicho siempre!

ANTON. De veras?

MACAR. Ah! bribon! parece que dudas! Petronila! dudan de tí!... Vamos, hija mia! pruébale tu fiereza. A él!... á él. (*Lo acosa á estocadas.*)

ANTON. (*Retrocediendo.*) Sí, no lo dudo! no, no lo dudo! Dadme vuestra Petronila: yo la pondré brillante como el sol.

MACAR. (*Dándosela.*) Toma. Cuídala que no tiene semejante.

ANTON. (*Con orgullo.*) Aquí hay algo mejor que esto.

MACAR. Bah!

ANTON. (*Descolgando una espada de la pared.*) Ved.

MACAR. (*Tomándola con aire de compasion.*) ¡Como si fuera posible! (*Mirándola.*) Eh! por mi vida! ¿no me engaño?—Esta espada...

ANTON. Es de mi maestro... el señor Enriquez.

MACAR. (*Aparte.*) Sí... esta es! Bombas y rayos! Lagardere está aquí... ó Lagardere ha muerto. (*Alto al aprendiz.*) Y ese Enriquez... es de este país?... Responde, imbécil! (*Pegándole un puñetazo en el hombro.*)

ANTON. No... llegó aquí hace tres años.

MACAR. Tres años?... con una jóven? (*Con precipitacion.*)

ANTON. Sí.

MACAR. Y venia?...

ANTON. Creo que de Pamplona.

MACAR. (*Aparte.*) El es!... mi parisiense! Oh! entonces es necesario vigilar aquí... como lo he hecho en Búrgos, en Sevilla y en Pamplona, me presentaré á él... sí; hablaré á ese ingrato, cuyo solo nombre me hace brincar el corazon... Ay de mí! Desde que he perdido á Modesto... Lagardere es mi solo, mi único amor! (*Volviendo en sí bruscamente.*) Hasta la vista, muchacho. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA II.

ANTONIO.—Despues BLANCA y ESTRELLA.

ANTON. Habrá hombre más atroz!

BLANCA. (*Entrando vivamente por la derecha.*) Antonio!

ANTON. (*Volviéndose.*) Eh!... Señorita?

BLANCA. (*Inquieta.*) Cierra esa puerta.

ANTON. En seguida. (*La cierra.*) Parece que teneis miedo.

BLANCA. Sin razon tal vez. Me pareció que me seguian... apresuré el paso... y gracias á Dios, he llegado sin tropiezo. (*Llaman á la puerta por donde entró Blanca.*)

ANTON. Llaman! Teniais razon, os seguian.

BLANCA. (*Alarmada.*) No abras.

VOZ DE MUJER. (*Dentro.*) No tengais recelo.

ANTON. (*Despues de mirar por el ojo de la cerradura.*) Es una jóven... una gitana. La despido?

BLANCA. No.

ANTON. (*Abriendo.*) Entrad.

ESTREL. (*Entrando, con alegría.*) Gracias! (*Viene vestida de*

gitana con un pandero en la mano el cual deja sobre la mesa. Examinando á Blanca.) Estaba segura. No me he engañado.

ANTON. Qué buscais aquí, zurcidora de hechizos?

ESTREL. Una buena ventura.

BLANCA. (*Con disgusto.*) Dejadnos, buena mujer.

ESTREL. Es que la señorita, al pasar ahora por la plaza y arrojar una limosna á los gitanos... ¿no ha reconocido á su pobre Estrella?

BLANCA. (*Deteniéndose.*) Cómo! Tú!...

ESTREL. Mírame bien. Aunque he crecido un poco y soy ménos fea!...

ANTON. Fea!... Si todos los herejes tuvieran esa carita!...

ESTREL. Yo te he conocido al punto... y te he seguido. Tenia tanto afan de verte, como necesidad de oirte decir: no llores... (*Llorando.*) mi buena Estrella! Te amo siempre... y te perdono.

BLANCA. Perdonarte!... Y de qué?

ESTREL. De mi ingratitud. Me habias recogido en mi orfandad... y me tratabas, tú, como una hermana... él como una hija... Pero me era preciso vivir como tú... siempre encerrada... sin ver jamás el sol sino á través de una celosía... y á mí me es necesario el aire, el espacio... la libertad. Un dia ví pasar á Nathaniel, el jefe de la tribu que me adoptó primero... y en la noche de ese mismo dia, te abandoné para siempre, buen ángel de mi guarda!

BLANCA. Oh! te perdono, por el placer que me das de volverte á ver. Antonio, déjanos solas.

ANTON. (*A Estrella.*) Dime gitanilla, ¿baila hoy la Amparo en la plaza de la Inquisicion?

ESTREL. Sí, ahora mismo.

ANTON. Voy corriendo á verla. (*Vase corriendo.*)

ESCENA III.

ESTRELLA.—BLANCA.

ESTREL. Me permites estar aquí unos instantes?

BLANCA. Cómo si lo permito?... te lo ruego. Feliz yo, si tuviera siempre una compañera en quien depositar mi confianza! Pero estoy sola... siempre sola!

ESTREL. Y él?

BLANCA. Qué puedo decirle? no me pregunta nada...

ESTREL. Pues bien; habla conmigo, hermana mia, como cuando éramos pequeñitas. (*Conduce á Blanca á un sillon y ella se sienta á sus piés en un escabel.*) ¿Has podido penetrar el misterio que te rodea? ¿Sabes algo de tu destino? Porque, aquí entre nosotras, gitana y todo, yo sé tanto como tú de todas esas cosas. Respecto á lo pasado, lo presente y lo porvenir, solo sé que te amaba en otro tiempo, que te amo hoy y que te amaré siempre. (*La besa con efusion.*)

BLANCA. Ay, amiga mia! Imposible penetrar el misterio de mi vida! Sólo creo saber que he nacido en Francia; pero de lo demás... hasta ignoro qué edad tengo. Dónde he pasado mi niñez? No lo sé. Lo más léjos que van mis recuerdos, es á una triste época que viví en los Pirineos españoles guardando las cabras de un honrado montañés que nos daba hospitalidad. Más tarde, mi amigo se creyó sin duda descubierto, porque cambiamos bruscamente de residencia, y él mismo varió de nombre.

ESTREL. En efecto, ántes se llamaba Agreda, y hoy le he oido nombrar Enriquez.

BLANCA. Su verdadero nombre es Enrique de Lagardere. Voy á decirte cómo lo he sabido. —Viviamos en Burgos hacía más de un año, cuando una noche, á hora bien avanzada, vinieron á despertarme. Era él. — Levántate al punto, me dijo, es necesario huir... nos han descubierto.—Quién?—Tus enemigos.

ESTREL. Pues qué... tienes tú enemigos?

BLANCA. Y bien encarnizados!... Vas á verlo.—Subian en esto la escalera... y poco despues, sentimos que violentaban la puerta, Enrique la sujetaba con su cuerpo.—Hija mia, me dijo, ¿tienes valor?...—Sí, le contesté.—¿Serás capaz de hacer lo que te diga? —Sí.—Pues bien: sujeta esas cortinas á la ventana y deslízate hasta el jardin... Podrás hacerlo?—Sí, con tal de que me sigais. — Yo te lo prometo. — Hice lo que me habia ordenado, y apenas me hallé en el jardin, le grité: — Ya estoy!...—Y yo tambien!... respondió con voz terrible. *Héme aquí!*—

Y al mismo tiempo oí en el cuarto el choque de los aceros, gritos y blasfemias, y la voz de mi protector dominando aquel tumulto y repitiendo sin cesar: —*Héme aquí! Lagardere! Lagardere!* — En seguida oí el ruido de dos cuerpos que parecian caer en tierra... y el terror me hizo cerrar los ojos. Cuando volví á abrirlos, mi amigo estaba á mi lado; me cogió en sus brazos, y corrió gritando todavía: —Lagardere!... Lagardere!...

ESTREL. Oh! no olvidaré ese nombre. (*Se levantan.*)

BLANCA. En Sevilla, como en Pamplona, los mismos recelos, el mismo cuidado en ocultarme, idénticos peligros y una fuga igual. Tres años hace que estamos en Segovia, y aquí parece que nuestros enemigos han perdido la huella. Y sin embargo, tengo miedo... sí, tengo miedo; porque Enrique me prohibe salir, no quiere que vea á nadie, y redobla su vigilancia y sus precauciones. Todo esto me hace entrever el peligro que creia pasado.

ESTREL. (*Sonriendo.*) Si no es que empiezan los celos.

BLANCA. Los celos?

ESTREL. Vamos!... Puede nadie verte sin amarte? Y el que te ame, ¿puede no estar celoso? Díme la verdad: ¿tu Largardere es todavía el hermoso y arrogante caballero que yo entreví en mi niñez? Vaya! Confiésame aquí, en secreto, que le amas.

BLANCA. Y por qué en secreto?

ESTREL. Bien. Dílo muy alto, pero dílo.

BLANCA. Sí... le amo!...

ESTREL. (*Batiendo las manos.*) Magnífico! Y él te habrá dicho ya cien veces... mil veces que te adora!

BLANCA. (*Pensativa.*) Sí... me ha dicho que me ama... como á una hija.

ESTREL. Bah! A su edad? Imposible!

BLANCA. Imposible? Y por qué?..

ESTREL. (*Sonriendo.*) Por qué?... Escucha, hermana mia: si Largardere no está loco de amor por tí, es, es...

ESCENA V.

ESTRELLA.—BLANCA.—ANTONIO.

BLANCA. Es...

ESTREL. Porque ama á otra.

BLANCA. A otra! (*Ruido fuera. Antonio entra muy asustado y cierra precipitadamente la puerta del fondo.*)

ESTREL. Qué es eso?

ANTON. Una riña! Ahí se dan de cintarazos en la plaza de la Inquisicion, á causa de vuestra compañera.

ESTREL. De Amparo?... Y por qué?

ANTON. Preguntádselo á ella. Todo lo que yo sé es que me han pegado dos puñetazos, y que no he querido mas.

BLANCA. Y Enrique que no ha vuelto!... Si se hallase en medio de esa reyerta...

ANTON. Seria mal negocio, porque ha salido sin armas.

BLANCA. Sin armas!

ENRIQ. (*Dentro.*) Antonio!... Antonio!

BLANCA. Ah! oigo su voz.

ANTON. Va á reñirme por haber dejado entrar á esta embaucadora.

ESTREL. Adios!... Voy corriendo á ver lo que ha pasado... Pero nos veremos pronto... (*en voz baja*) y hablaremos de él. Adios. (*A Antonio que va á abrir la puerta lateral.*) Oh! es inútil. Yo sé el camino. (*Sale precipitadamente.—En tanto Blanca se dirige á la puerta de su cuarto.*)

BLANCA. (*Aparte.*) Amará á otra!... Oh! yo lo sabré!

ANTON. (*Que ha abierto la puerta del fondo.*) Pronto... pronto, señorita... El maestro no viene solo. (*Vase Blanca precipitadamente.*)

ESCENA VI.

ANTONIO.—LAGARDERE, con traje de plebeyo español de 1720.—CHAVERNY.

(Lagardere entra sosteniendo un poco á Chaverny que viene con el traje en desórden.—Lagardere trae en la mano un trozo de la espada de Chaverny.)

CHAVER. Vive Dios! maese acuchillador!... no conozco, ni áun en Versalles, quien os eche la zancadilla en esto de romper cabezas. Si tanto haceis con una espada rota!...

LAGAR. (*Sentando en un sillon á Chaverny que lleva las manos á la cabeza.*) Pronto, Antonio: un vaso de Jerez para este caballero.

CHAVER. Oh! me encuentro mucho mejor... Un poco aturdido del palo que he recibido en la cabeza y... nada mas. Buen golpe á fe mia!... Despues de romperme la espada, por poco me hunden el cráneo.

LAGAR. Qué quereis? esos miserables gitanos son gente soez y descreida. Pero tambien... por qué os encontrabais en compañía tan sospechosa?

CHAVER. (*Riendo.*) Culpad á las gitanas. Tentado estaba de llevarme una á la gran Opera de París. Es la criatura mas picante!...

ANTON. (*Trayendo el vino y colocándolo sobre la mesa.*) Está servido vueseñoría.

CHAVER. (*Mirando á su alrededor.*) Pero á dónde me habeis traido, amigo?... á la tienda de un armero?

LAGAR. Estais en mi casa.

CHAVER. De veras! Pues entonces podreis reemplazarme mi inútil espada.

LAGAR. Antonio: escoge para este caballero lo que tengamos mejor y de mas fino temple. (*Vase Antonio.*) Y ahora, señor mio, quereis probar mi vino? (*Se sienta.*)

CHAVER. (*Bebiendo un poco.*) Es excelente; pero no acabaré este vaso sin beber á vuestra salud. (*Bebe.*) Escusad ahora una pregunta; habeis sido soldado?

LAGAR. Sí.
CHAVER. Sois español?
LAGAR. No.
CHAVER. Entonces apuesto á que sois francés.
LAGAR. Y parisiense.
CHAVER. Tocad esos cinco. Somos paisanos, como dicen las buenas gentes. (*Sirviéndole vino.*) Mi nombre es Chaverny.
LAGAR. El marqués de Chaverny?
CHAVER. Sí, y vos?
LAGAR. Permitidme callar mi nombre. Comprendereis mi discrecion, cuando os haya dicho que estoy desterrado.
CHAVER. Desterrado!... Diablo! ese me huele á conspiracion.
LAGAR. (*Con malicia.*) Tal vez...
CHAVER. Sois noble?
LAGAR. El rey Luis XIV me hizo caballero.
CHAVER. Vive Dios! Si os hubiera visto como yo, dar mandobles en medio de esa plaza, os nombra duque por lo menos. Yo, que os debo la vida, os haria rico, si no estuviera arruinado.
LAGAR. Vos erais, á lo que parece, primo del duque de Nevers.
CHAVER. Oh! Sí. Lo que es en parientes soy rico. Felipe de Gonzaga, que pasa por un Creso, es tambien mi primo. Si llega á morir sin testar, soy su heredero.
LAGAR. No tiene hijos?
CHAVER. Legítimos, no... ni los tendrá jamás.
LAGAR. Sin embargo, no está casado?
CHAVER. Sí... con la señorita Blanca de Caylus.
LAGAR. Viuda de Felipe de Nevers.
CHAVER. Ah! segun eso conoceis esa historia!
LAGAR. Hasta el momento en que la viuda de Nevers consintió en cambiar su nombre por el de Gonzaga.
CHAVER. Entonces no conoceis lo mas curioso de la aventura.
LAGAR. De veras?
CHAVER. Gonzaga no será jamás padre... porque jamás ha sido marido.
LAGAR. Ah!...
CHAVER. Blanca tuvo que obedecer al marqués de Caylus, y se casó con el príncipe de Gonzaga... pero antes

declaró resueltamente su matrimonio secreto con Nevers...

LAGAR. Cobardemente asesinado...

CHAVER. Por órden del marqués de Caylus.

LAGAR. Ah! Han dicho eso?

CHAVER. Sí; además, Blanca declaró que una hija habia sido el fruto de esta union clandestina, y que ella debia heredar la inmensa fortuna de su padre, en detrimento del príncipe de Gonzaga. Mi buen primo reconoció legalmente los derechos de esta niña... los bienes fueron secuestrados hasta el dia en que la hija de Nevers, que habia sido robada por el asesino de su padre, fuese hallada, ó al menos hasta que constase legalmente su muerte... En fin, Felipe de Gonzaga se comprometió, por juramento, á no ser esposo de Blanca de Caylus sino de nombre, y á no penetrar jamás en la cámara de la princesa. Así se condenó él mismo á vivir, sin tocarlos, al lado de dos tesoros... y en verdad, en verdad os digo, que mas le valdria ser, como yo, pobre y soltero.

LAGAR. Así, Blanca de Caylus no ha olvidado á Felipe de Nevers?

CHAVER. Todavía lleva el luto de su primer marido... y vive en clausura, rodeada de sus recuerdos.

LAGAR. Cómo entonces ha olvidado á su hija?

CHAVER. La cree muerta, y cuenta con terror los dias que completarán los diez y seis años de su viudez.

LAGAR. Por qué?

CHAVER. Porque al cumplirse esos diez y seis años, Gonzaga puede reunir un consejo de familia, y hacer declarar en él la prescripcion de los derechos de la ausente, y la trasmision legal de la herencia á la madre.

LAGAR. Es decir, á Gonzaga.

CHAVER. Cuenta con ello, pero cuenta sin su mujer y sin mí.

LAGAR. Sin vos?

CHAVER. Sí... sin mí, que soy como él, primo de Nevers aunque en menor grado, es verdad... pero la princesa, que parece detestar cordialmente á su marido me ha dicho hace seis meses, que como yo era un buen pariente y verdadero amigo de Nevers, si Dios habia dispuesto de su hija, me declaraba su heredero.

LAGAR. A vos?

CHAVER. Oh! y tengo muchas probabilidades. Hace algun tiempo se creyó haber encontrado las huellas del raptor de la niña, hácia la frontera de España... La princesa ha hecho las mas activas diligencias, prometiendo una fortuna á quien le trajere á su hija... pero sus numerosos emisarios nada han descubierto. Entonces concebí la idea...

LAGAR. De que la herencia os llegaba.

CHAVER. Sí... si yo no era más hábil que los otros. Y partiendo de esa idea, he venido á España resuelto á registrar hasta sus últimos rincones. Si la hija de Nevers se halla en este país, juro por mi honor que la encontraré... y si la encuentro...

LAGAR. Qué hareis?

CHAVER. Sois noble, y me lo preguntais? Vive Dios! se la llevaré á su madre. Eso me costará... algo, así... como quince ó veinte millones. — Será una locura... convengo! pero no me avergonzaré de ella como de algunas otras.

LAGAR. (*Tendiéndole la mano.*) Bien! Sois verdaderamente de la sangre Nevers.

ANTON. (*Entrando con una espada nueva en la mano.*) Aquí teneis, caballero, vuestra espada... el rey no la posee mejor.

CHAVER. Desgraciadamente no la puedo pagar como rey... sin embargo...

LAGAR. Señor marqués; hacedme la gracia de aceptar esta espada, y de usarla en recuerdo del proscrito.

CHAVER. No puedo negaros nada, caballero... permitidme únicamente pagar el jornal á este pobre mozo. (*Le da su bolsillo.—Suenan las cuatro.*)

ANTON. (*Aparte.*) Un bolsillo lleno!...

CHAVER. Las cuatro. (*Aparte.*) La jitanilla me espera. (*Alto.*) Caballero, — me veo obligado á dejaros. Espero nos veamos un dia, y en tanto, hé aquí mi mano y mi leal amistad. Excepto, contra el Regente, esta espada se hallará á vuestro servicio, « siempre y en todas partes. »

LAGAR. Siempre y en todas partes?... Gracias. Tal vez llegará ocasion de recordaros esas nobles palabras.

CHAVER. Dios lo quiera, y sea en vuestra guarda. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ANTONIO.—LAGARDERE.—Despues BLANCA.

(Antonio conduce á Chaverny hasta la puerta del fondo. Lagardere se sienta preocupado, junto á la mesa.)

LAGAR. La viuda de Nevers ha respetado su memoria!... la madre de Blanca llora á su hija... Oh! es providencial este aviso que debo á la casualidad?... Qué hacer ahora?... Qué hacer?—No lo sé. Los derechos de esa madre que llora y pide á Dios su hija... son sagrados. Pero, y los mios?... Bah! los tengo yo acaso?—Derechos tales solo los da la naturaleza, y no pueden comprarse ni áun á costa de la vida. Yo la he dado la mia, pero qué me debe por eso?... nada.

(Durante estas últimas palabras, Blanca entra silenciosamente, despide con un gesto á Antonio que se ocupaba en el taller y que sale cerrando tras sí la puerta. Despues se acerca á Lagardere, el cual se vuelve al sentir el roce de un vestido.)

LAGAR. Quién?... (*Se levanta.*)

BLANCA. Yo, amigo mio. Estais solo, y he creido poder entrar. Os veo tan poco!...

LAGAR. Y me acusas de indiferencia!...

BLANCA. Oh! no, Enrique. Sufro cuando estoy sola, es verdad... pero al fin os veo, y todo está compensado.

LAGAR. Sí, ya sé que me amas como una buena hija.

BLANCA. No me amais vos como el mejor de los padres?

LAGAR. Yo?... (*Quiere alejarse.*)

BLANCA. Oh! no me dejeis tan pronto!... Si supierais!... Venid... venid á mi lado. (*Lo lleva á un sillon y se sienta en un escabel á sus piés.*) Cuánto tiempo hace que no hemos hablado! Otras veces pasábamos así... tan dulcemente las horas!...

LAGAR. Lo que no es posible hoy.

BLANCA. Por qué?... (*Lagardere vuelve á un lado el rostro.*) Enrique... no quereis ni áun mirarme? Qué os ha

hecho vuestra pobre Blanca?... Ay! Cuánto... cuánto habeis cambiado desde el dia en que me dijistes que no era vuestra hija!

LAGAR. (*Conteniéndose con esfuerzo.*) Te engañas Blanca. Hemos estado soñando, y es necesario despertar. Las dulces ilusiones de la juventud, son buenas para tí. Para mí han pasado. Temo haber olvidado en demasía la mision que me he impuesto... y debo volver en mí... El momento se acerca en que mi vida va á cambiar... y soy ya viejo, hija mia, para empezar una nueva existencia.

BLANCA. (*Sonriendo.*) Viejo!

LAGAR. A mi edad, otros tienen una familia.

BLANCA. Y vos no teneis mas que á mí.

LAGAR. (*Sin poder contenerse.*) A tí!... Pero hace quince años, no eres tú toda mi felicidad?

BLANCA. Oh! Decid!... decid!... Es cierto?

LAGAR. (*Volviendo en sí.*) Pienso no me olvidarás cuando estemos separados.

BLANCA. (*Espantada.*) Vais á dejarme?

LAGAR. Escucha, Blanca. Hasta ahora solo has conocido la vida del dolor y las privaciones, esa vida no es la tuya. La riqueza, los placeres y los honores te aguardan. Ya es tiempo de que recobres tu posicion.

BLANCA. Con vos?

LAGAR. No, querida niña. Hoy es tu último dia de ignorancia y de duda, como es para mí tambien el último de juventud y de esperanza.

BLANCA. Enrique, en nombre del cielo, explicaos!

LAGAR. Blanca, óyeme con atencion y reflexiona. Se trata de la dicha ó la desgracia de toda tu vida. Respóndeme segun tu conciencia y las inspiraciones de tu corazon.

BLANCA. Os responderé como á un padre.

LAGAR. (*Levantándose.*) Oh! ese nombre... no me des jamás ese nombre!—Es verdad, Dios mio, que es el que yo le he enseñado. Qué puede ver ella en mí sino... un padre!

BLANCA. Enrique!

LAGAR. Cuando yo era niño, me parecian viejos los hombres de treinta años... Qué edad me supones, Blanca?

BLANCA. Qué me importa? No sé vuestra edad, pero jamás he podido daros sin sonreir el nombre de padre.

LAGAR. Por qué?... Bien podria serlo.

BLANCA. Pues yo no podria ser vuestra hija.

LAGAR. Cuando vinistes al mundo, tenia yo veinte años... Ya ves que era un hombre.

BLANCA. Lo sé, puesto que pudisteis sostenerme en vuestros brazos y manejar la espada para defender mi vida.

LAGAR. Noble y querida niña! no me mires tras el prisma de la gratitud: mírame tal cual soy.

BLANCA. (*Contemplándole con amor.*) Os miro, Enrique; y veo al mas bello, al mas digno, y al mejor de los hombres.

LAGAR. Conmigo... fuiste siempre dichosa?

BLANCA. Sí, muy dichosa!...

LAGAR. Sin embargo, varias veces me has dicho que sufrias... Te he visto llorar... por qué llorabas?

BLANCA. Por vuestras ausencias, Enrique... y además...

LAGAR. Además...

BLANCA. Pensando que tal vez...

LAGAR. Acaba.

BLANCA. Amabais á otra.

LAGAR. Oh! Dios mio!

BLANCA. (*Cubriéndose el rostro.*) Y yo hubiera muerto de dolor!

LAGAR. Me amabas?... Pero sabes tú bien si me amas?... Conoces bien tu corazon?

BLANCA. Sí, amigo mio.

LAGAR. Y si algun dia ..

BLANCA. Oh! no continueis; mi ambicion es vivir con vos.

LAGAR. Tu has entrevisto ya los esplendores del mundo. Hace dos meses, te conduje á Madrid, y allí has contemplado el lujo, el brillo de la corte, el prestigio de un nombre ilustre, los placeres que dan las riquezas. No anhelas todo eso?

BLANCA. Si... con vos.

LAGAR. Esas nobles damas que has visto pasar en brillantes carrozas, poseen suntuosos palacios...

BLANCA. Mi palacio está aquí.

LAGAR. Tienen una familia.

BLANCA. Mi familia sois vos.

LAGAR. Tienen una madre.

BLANCA. Ah! una madre!... Ese es el solo tesoro que les envidio. Ay, Enrique! ese nombre sagrado vive en mi corazon unido al amor y á la gratitud que os debo... Si yo tuviera una madre y la oyera llamaros su hijo... Oh! nada!... nada habria comparable á mi felicidad!

LAGAR. Y... si os dieran á escoger entre vuestra madre y yo?...

BLANCA. Entre mi madre y vos?... Oh! Enrique!... Enrique!... Te amo!... Te amo! (*Se echa en brazos de Lagardere y oculta la cabeza en su pecho.*)

LAGAR. (*Con entusiasmo.*) Gracias, Dios mio! Tú que nos ves, nos oyes y nos juzgas, me concedes al fin este tesoro? Blanca, Blanca mia! Mírame... Contempla la dicha que me has dado! Ves?... rio y lloro á un tiempo!... estoy loco!... loco de placer! Oh! adorada luz de mi vida! No sé si mi corazon podrá contener tanta felicidad!...

MACAR. (*Dentro.*) No tengas miedo, Macaco! Avisa á tu maestro.

LAGAR. Yo conozco esa voz... Si... retírate pronto.

BLANCA. Un nuevo peligro?

LAGAR. Oh! no. Y sobre todo... qué puedo temer ahora? Tú me amas, y tu amor me hará invencible!

(La conduce hasta la puerta lateral que cierra con cuidado. En seguida, viendo entrar á Macario que viene empujando á Antonio, coge violentamente una de las espadas colgadas en la pared.)

ESCENA VIII.

LAGARDERE.—MACARIO.—ANTONIO.

MACAR. En fin.—Ves como estaba tu maestro, estúpido?

LAGAR. Antonio. Deja entrar á ese hombre y vete. (*Vase Antonio.*)

MACAR. (*Aparte, y observando á Lagardere de reojo.*) Siempre el mismo!... Un leon en dos piés! Sospecho que me quiere clavar como á los otros. Atencion!

LAGAR. (*Acercándose friamente á Macario.*) Si no me en-

gaño, erais ocho los que estabais en los fosos de Caylus... ocho cobardes asesinos. De esos miserables, cuántos viven aún?

MACAR. Cinco han dejado de ser... de muerte prematura!... todos heridos aquí... entre las dos cejas. Hemos reconocido perfectamente la estocada de Nevers.—De consiguiente, solo quedamos tres, Estopin, mi amado sobrino Modesto, y...

LAGAR. No te cuentes, porque vas á morir.

MACAR. Rayos y truenos! (*Dando un salto atrás.*) No os precipiteis así! No sabeis que mi buena Petronila se está acicalando, y que estoy sin armas?

LAGAR. Creo que te burlas, miserable! Es que faltan espadas aquí? Escoge.

MACAR. Hacer una infidelidad á Petronila?... jamás!

LAGAR. Concluyamos, maese pícaro. Tú no puedes salir de aquí vivo, para ir á venderme, como lo hiciste con Nevers. Además, he jurado no dejar escapar á ninguno de los asesinos. Tienes miedo á la muerte?

MACAR. La muerte es poca cosa!... pero recibirla de vos?... Oh! no! Preferiria vivir cien años. Ingrato! Sospechais de mí!... vos!... mi discípulo... mi orgullo!... mi solo amor! Ignorais acaso que por vos, segundo Aquiles, nos dejariamos despedazar Modesto y yo?—Es verdad que hemos cometido una traicion... una inocente traicion contra cierto prójimo que nos pagaba á dos manos, por descubrir vuestro escondrijo y el de la pequeña. Digno y excelente señor de Cayrol!... Le hemos servido segun sus méritos. Tres veces le hemos avisado... en Burgos, en Sevilla, en Pamplona... (*Movimiento de Lagardere.*) Sí... pero antes teniamos la delicadeza de enviaros una palabra.

LAGAR. Ah! esos billetes anónimos?...

MACAR. Escritos de puño y letra de fray Modesto... humilde sobrino mio!—Ay! Modesto no os escribirá ya... Orestes ha perdido á su Pilades!... el desdichado ha cedido al torrente tumultuoso de sus pasiones, y me ha abandonado por seguir á una Venus cordovesa... á una andaluza desenerada, pequeña, seca, morena... tan morena, que yo la hubiera creido negra! Oh! desde nuestra madre

Eva, las mujeres, son la perdicion de la humanidad!

LAGAR. Y bien, qué quieres?

MACAR. En fin; he sabido que estabais aquí, y... ya veis, que aun á riesgo de recibir una estocada, vengo á deciros: Atencion! Cayrol está en Segovia.

LAGAR. Cayrol!

MACAR. En compañía de Estopin.

LAGAR. Oh! entonces...

MACAR. No tengais cuidado. No han podido averiguar si estais aquí, y áun desesperan de encontraros. La prueba es que me han suprimido mi soldada. «Ya no es necesario buscar á Lagardere, me ha dicho Cayrol, hemos encontrado el tesoro que nos robaba!!»

LAGAR. Blanca de Nevers!... La ha visto?

MACAR. Lo creí por un momento, pero cá! Estopin me ha explicado la cosa. Parece que es del mayor interés para ese buen señor de Cayrol, el que la señorita Blanca de Nevers sea hallada antes de que concluya el año. En este apuro, no habiendo podido encontrar á la verdadera, Cayrol va á presentar una de contrabando. Y es de suponer que ha hallado lo que necesitaba, puesto que sale hoy mismo para París en compañía de una gitana que se llama Estrella.

LAGAR. A qué hora?

MACAR. A las seis.

LAGAR. Está bien... Vete.

MACAR. (*Cómicamente.*) Es así como despedís á vuestro pobre Macario? A este viejo maestro que os ha hecho lo que sois?

LAGAR. Te hallabas en los fosos de Caylus... y vives aún... Qué mas puedes desear?

MACAR. Por mi vida! Yo sé que no valgo gran cosa... lo confieso. Pero puedo aquí juraros, por la salvacion de mi alma, que ni Modesto ni yo hemos tocado á Felipe de Nevers!

LAGAR. Por la salvacion de tu alma?

MACAR. Lo juro!

LAGAR. Bien! (*Le tiende la mano.*)

MACAR. (*Enternecido.*) Mil bombas!... Ahora solo te pediré una cosa... que me proporciones la ocasion de que me perforen el pellejo por tí...

LAGAR. Concedido.

MACAR. Gracias!... Oh! gracias!

LAGAR. Entretanto, vas á hacerme un servicio. Busca por toda la ciudad á un caballero francés que se llama Chaverny.

MACAR. Bien.

LAGAR. Espera. Vas á llevarle una carta. (*Escribe.*) «Marqués: podeis volver á París. La señorita Blanca de »Nevers está en camino para Francia. Avisad in»mediamente á su madre.» (*La cierra.*)—(*A Macario.*) Toma.

MACAR. Tiene respuesta?

LAGAR. No.—Ah! Me has dicho que Cayrol sale á las seis?

MACAR. Sí. Estopin espera con los caballos fuera de la ciudad.—Cuando volveré á veros?...

LAGAR. Muy pronto.

MACAR. Dónde?

LAGAR. En Francia... en París.

MACAR. (*Asustado.*) Demonio! Vais á meteros en la boca del lobo?

LAGAR. Lo he dicho. No ha de quedar con vida ni uno de los asesinos. Ahora le toca su vez al noble!... al digno caballero que los ha pagado. Adios. (*Macario se inclina y sale.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO CUARTO.

El jorobado.

Una rica y extensa galería en el piso bajo del palacio de Gonzaga, en París.—Puertas vidriadas al fondo, al través de las cuales se descubren, la galería exterior y un extenso jardin.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

Turba de pretendientes en la galería exterior, cuyas puertas están cerradas.—Lacayos con rica librea á los lados de la puerta del centro, tambien á la parte exterior.—Algunos segundos despues de alzarse el telon, entran por la puerta lateral izquierda, MACARIO y MODESTO. Traen el traje del cuadro anterior, pero muy derrotado.

MACAR. No tengas miedo, chorlito! Aprende á tomar por asalto una antesala. No hay como erguir bien alta la cabeza para hacerla bajar á la gente de librea.

MODES. Pero...

MACAR. (*Señalando al foro.*) Allí está el lugar de los pobres de espíritu.

MODES. Pero, á dónde me conduces?

MACAR. Vive Dios! fray Modesto... no lo has adivinado? Hace quince dias que lloramos en París esa tierra hospitalaria de España... Ayer han concluido todos nuestros recursos...

MODES. Ay! sí!

MACAR. (*Designándose.*) Mira nuestras galas!...

MODES. En efecto; están un poco deslucidas.

MACAR. Pues bien, mil rayos! es necesario restablecer la hacienda. Nuestro protector natural es el ilustre Felipe de Mántua, duque de Gonzaga; nuestro jefe en el negocio... de Nevers.

MODES. (*Arrimándose á Macario con sobresalto y mirando á todas partes.*) Chit!...

MACAR. Ese señor es archimillonario!...

MODES. Pero... yo me he presentado ya á Cayrol, su intendente, que me ha dado... con la puerta en las narices.

MACAR. Por eso nos presentamos hoy al duque, que será tal vez menos insolente que su lacayo.

MODES. La audacia es una de las cualidades que me faltan, y que mas admiro en tí. Oh! Macario! — Es verdad, que unida á mis ventajas personales, me hubiera hecho terrible para el bello sexo. (*Ruido y movimiento en el fondo.*)

MACAR. Atencion!... Ha llegado la hora. No nos presentemos todavía. (*Lo arrastra hácia la puerta izquierda, y quedan medio ocultos entre el cortinaje.*)

ESCENA II.

LOS MISMOS.— CAYROL.— Turba de pretendientes; luego el JOROBADO.

(Abren los lacayos la puerta del fondo y entra Cayrol en traje de ceremonia, rodeado y seguido por los pretendientes.)

CAYROL. (*Separando á los que le rodean con el pañuelo.*) A ver!... á ver!... mas á distancia!... un poco de respeto...

MODES. (*Aparte á Macario.*) El bribon es magnífico!

CAYROL. Monseñor no da hoy audiencia. Vuestras peticiones serán atendidas. Despejad!

(Saca una cartera y viene hácia el proscenio escribiendo en ella. Los pretendientes salen por ambos lados de la galería del fondo, impelidos por los laca-

yos que los siguen. Al despejar la multitud han dejado á la vista á un jorobado que se ocultaba entre ella, y que queda solo en medio de la escena y detras de Cayrol, sonriendo maliciosamente.

CAYROL. (*Despues de haber escrito y guardado la cartera.*) Esto es. (*Volviéndose y viendo al jorobado.*) Cómo!... Vos aquí?... Tambien sois sordo?

JOROB. (*Adelantándose.*) Ese *tambien* es muy espiritual, mi caritativo señor!...

CAYROL. No habeis oido que monseñor no da audiencia?...

JOROB. Precisamente. Pero vos podeis darla... y es todo lo que yo deseo.

CAYROL. Ya os lo he dicho; vuestra pretension es insensata.

JOROB. Yo no lo creo así. Jamás he pretendido lo que no puede alcanzarse. Por lo demás... (*Mirando al fondo donde se oye rumor.*) Ahí viene quien sabrá dirimir nuestra contienda.

(Aparece en la galería Gonzaga seguido de Chaverny, Navailles y otros caballeros, que vienen en direccion de la puerta del fondo.)

CAYROL. El duque!... alejaos!

JOROB. (*Riendo.*) Já!... já!... já!... Entónces... para qué creeis qué he venido?

ESCENA III.

LOS MISMOS. — GONZAGA. — CHAVERNY. — NAVAILLES, Y CABALLEROS. — MACARIO y MODESTO continuan medio ocultos en segundo término.

GONZAG. (*Entrando.*) Despachad, Cayrol! (*Avanza hácia el proscenio derecha con los que le acompañan.*)

CAYROL. (*Al Jorobado.*) Lo ois?

GONZAG. (*Avanzando, dice á Chaverny.*) Ya extrañaba yo hoy no ver á un pretendiente.

JOROB. (*Corriendo hácia el duque.*) Un pretendiente?... *Héme aquí!*

GONZAG. (*Volviéndose vivamente.*) Eh?... que decís?

CHAVER. (*Riendo.*) Deliciosa figura!

NAVAIL. (*Riendo.*) Incomparable!

JOROB. Echabais de menos un pretendiente... y yo decia: héme aquí. Los poderosos de la tierra deben ser inmediatamente servidos.

GONZAG. (*Riendo.*) No está mal! Cómo te llamas?

JOROB. Esopo.

GONZAG. (*Riendo.*) Esopo?

CHAVER. (*Riendo.*) Ese no es un nombre cristiano!

JOROB. Es un nombre de jorobado, que vale tanto como cualquier otro.

NAVAIL. Es verdad. Nobleza de tradicion!

CHAVER. Sucesion de líneas curvas!

NAVAIL. Oh! Esopo I tenia mucho talento en la corcoba.

JOROB. Efectivamente, fué el primero que hizo... hablar á los animales. (*Todos rien.*)

MACAR. (*A Modesto.*) Sobrino: conoces tú á ese jorobado.

MODEST. (*Muy indignado.*) Yo!! no...

MACAR. Pues yo he visto esos ojos en otra cara.

GONZAG. Bravo, Esopo, bravo! Eres digno de tu ilustre predecesor y de mis bondades. Cualquiera que sea tu pretension está concedida.

JOROB. Oh! mil veces gracias, monseñor. Lo que yo pretendo es poca cosa. Tan poca cosa como mi persona. Tengo ahí, á espaldas de vuestro palacio,—calle de Saint-Magloire, é incrustado como un hongo al muro de sus jardines,—un cajoncillo de escritor público, donde paso mi vida en expresar las ideas de los que no las tienen. (*Sonriendo y con intencion, mirando á los cortesanos.*)

CHAVER. Sí, y en servir de Mercurio galante.

JOROB. El suplicio de Tántalo, mis buenos señores!—Pues bien: las costumbres matinales de mis clientes, y el obligarme mi pobreza á habitar uno de los barrios más excéntricos de París, han hecho despertar mi ambicion hácia un chiribitil, una pobre vivienda abandonada que hay al fondo de vuestros jardines...

GONZAG. Y es esa toda tu ambicion?

JOROB. Sí, monseñor. Pero vuestro intendente la califica de insensata...

CHAVER. (*Riendo.*) No hay duda!

GONZAG. (*Riendo.*) En efecto. Pero como he dado mi palabra; el señor Cayrol habrá de conformarse, y ponerte en posesion de tu nicho.

JOROB. Oh! monseñor!... (*inclinándose.*)

GONZAG. Nada de gracias. Adios. No será esta la última vez que nos veamos.

JOROB. (*Con intencion.*) Oh! no, monseñor.

CHAVER. Iré á veros á vuestro tonel, amigo Diógenes.

JOROB. (*Mofándose.*) A ver si he encontrado *mi hombre?*

NAVAIL. (*Riendo.*) No lo busques mas feo que tú.

JOROB. Ah! me encontrais feo!... Pues en otro tiempo lo era mucho mas. Es el privilegio de ese defecto. La fealdad se gasta como la belleza. Así vos perdeis y yo gano. Dentro de cincuenta años los dos seremos iguales. (*Hace una reverencia cómica y sale por el fondo riéndose y contoneándose ridículamente. Todos rien.*) Já! já! já!... Adios, señores!..

ESCENA IV.

LOS MISMOS, menos el JOROBADO.

MACAR. (*A Modesto.*) Chorlito! ha llegado la ocasion de presentarnos. (*Empujándolo. Modesto se resiste.*) Titubeas?

MODES. Sabes que soy tímido en estos casos, y...

MACAR. Mil rayos! déjame pasar primero.

CHAVER. (*Viéndolos.*) Mirad... mirad, señores!... Es hoy dia de mascarada?... El jorobado no estaba mal... pero, por mi vida! no he visto jamás un par de fariseos de esta especie.

MACAR. (*Irritado.*) Voto al diablo!

MODES. (*A Macario.*) Sé prudente.

NAVAIL. Magníficos!... inmejorables! El mas alto tiene la arrogancia de Fierabrás...

CHAVER. Ilustrada por un trapero. (*Rien. Al mismo tiempo Macario y Modesto se han ido acercando á Gonzaga que habla con Cayrol, y no los ha visto todavía.*)

MACAR. } MODES. } (*A duo y saludando con exageracion.*) Monseñor!..

GONZAG. (*Volviéndose.*) Eh? Quién ha dejado entrar estas gentes?

MACAR. (*Irguiéndose con fiereza y señalando á Modesto.*)

Este caballero y yo... somos antiguos conocidos de monseñor, y venimos á presentarle nuestros respetos.

GONZAG. (*Aparte á Cayrol.*) No han muerto todos?

CAYROL. (*Aparte.*) Desgraciadamente, parece que Lagardere ha olvidado á estos dos.

MODES. Si monseñor está ocupado, nos retiraremos...

MACAR. (*Dándole una zancadilla y hablando con intencion.*) Pero volveremos...

GONZAG. Ah!... son conocidos tuyos, Cayrol? Entonces... es otra cosa. Lleva esas buenas gentes, y haz que les den de beber. Y... como su estado no parece muy satisfactorio, que se les facilite tambien un vestido nuevo y una bolsa bien repleta á cada uno, y que esperen mis órdenes.

MODES. (*Inclinándose.*) Ah! monseñor!... No esperábamos menos de vuestra munificencia.

MACAR. (*Inclinándose.*) Y de vuestra memoria.

GONZAG. Bien, bien. Ahora dejadme. (*Saludan.*)

CAYROL. (*Con insolencia.*) Seguidme.

MACAR. (*Irguiéndose con mayor insolencia.*) Los caballeros como nosotros no ceden el paso á gente mercenaria. Así, pasamos delante.

(Se calan violentamente los sombreros de medio lado, y levantando por detrás sus destrozadas capas con las tizonas, pasan con aire fiero por delante de Cayrol y de los demás caballeros.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, menos MACARIO, MODESTO y CAYROL.

CHAVER. (*Mirando salir á los dos espadachines.*) No son muy amables con su pretendido amigo! (*Aparte.*) Para qué se habrá servido de esos dos bribones mi buen primo Gonzaga? Porque él los conoce tanto como su intendente, estoy seguro.

GONZAG. Señores, sabeis que se os ha convocado esta noche, á las ocho, para el palacio de Gonzaga?

NAVAIL. Sí; parece que se trata de un consejo de familia.

GONZAG. Se trata de una asamblea solemne, en la que su al-

teza real el Regente, se hará representar por el vice-canciller d'Argenson.

CHAVER. Diablo!... ¿es que va á decidirse la sucesion á la corona? (*Sonriendo.*)

GONZAG. (*Con severidad.*) Marqués, hablamos de cosas graves. Ha llegado el momento, señores, de probarme vuestra adhesion.

NAVAIL. Y nuestra gratitud, monseñor, porque todos os estamos obligados. (*Todos los caballeros se inclinan.*)

GONZAG. Ah!... á propósito, Navailles; lo habia olvidado. Vuestras tierras de Tremille, que os confiscó el difunto rey, os van á ser devueltas. Tengo la palabra de Dubois.

NAVAIL. (*Inclinándose.*) Nuevo favor que tengo que agradeceros.

GONZAG. Os he hecho convocar, Navailles, y á vos Chaverny, en calidad de parientes de Nevers; y á vos Albret, y á Taraune, como legatarios.

CHAVER. Ya!... se trata de la sucesion de Nevers..

GONZAG. Sí...

NAVAIL. Podeis contar con nosotros.

LOS DEMAS. Sí... sí...

CHAVER. Y conmigo tambien. Sin embargo, queria saber...

GONZAG. Eres demasiado curioso, primo; eso te perderá algun dia.

CHAVER. Creo que me sea permitida una pregunta. ¿Qué tendré que hacer?

GONZAG. Nada. Unir tu voto al de mis amigos.

CHAVER. (*Aparte.*) Votos comprados!... El mio afortunadamente no está de venta. (*Se oye llamar á la puerta lateral derecha.*)

NAVAIL. Llaman á esa puerta.

GONZAG. (*Aparte y mirando el reloj.*) No, no son aún las siete. No puede ser ella.

CHAVER. No habeis oido? (*Vuelven á llamar.*)

GONZAG. (*Aparte.*) Ella es! (*Alto.*) Señores, queda convenido: esta noche, á las ocho, en las habitaciones de la princesa de Gonzaga.

CHAVER. (*Aparte.*) Oh! yo la veré á toda costa ántes de la reunion. (*Alto.*) Vamos, señores, dejemos á mi noble primo, á quien estorbamos en sus graves negocios.

GONZAG. Hasta la noche, señores.

TODOS. Hasta la noche.

ESCENA VI.

GONZAGA.—Luego ESTRELLA y la SEÑORA ANGÉLICA.

ESTREL. (*Entra vivamente seguida de Angélica, su dueña. Viene vestida con lujo y en traje de señorita de calidad. Aparece cubierta con un velo que levanta al ver á Gonzaga.*) Ah! Gracias á Dios!

GONZAG. Por qué no habeis esperado á Cayrol?

ESTREL. Tardaba demasiado, y eso ha decidido á Angélica á acompañarme.

GONZAG. (*A Angélica.*) Trasmitid mis órdenes para que se os franquen las habitaciones preparadas para esta señorita. Despues, vendreis á buscarla. (*Vase Angélica.*)

ESTREL. Es decir que no volveré á mi prision.

GONZAG. No.—Esta noche, hija mia, os voy á conducir al baile que da monseñor el Regente, en el Palacio Real.

ESTREL. Oh! Dios mio!... Será posible?... Yo... al baile del Regente? Y.... qué traje deberé ponerme?

GONZAG. No os preocupe eso. En los palacios, hija mia, hay otra cosa que realza más á una jóven que las más ricas galas.

ESTREL. La belleza?

GONZAG. No.

ESTREL. La gracia?

GONZAG. Vos poseis ambas cosas; pero de lo que yo os hablo es de un nombre. El vuestro es ilustre entre los más ilustres de Francia.

ESTREL. Sí... Cayrol me lo dijo al traerme de España. Parece que mi familia es poderosa.

GONZAG. Enlazada con nuestros reyes. Vuestro padre era duque.

ESTREL. Ah!... ha muerto!... Y... mi madre?

GONZAG. Vuestra madre es princesa.

ESTREL. Princesa!... Y creeis que me amará?

GONZAG. Estoy seguro.

ESTREL. Oh! qué dicha!—Y ved... es singular!—Todo

eso que me decis acerca de mi nacimiento... no me sorprende. (*Con estrema candidez.*)

GONZAG. De verás?

ESTREL. Como lo ois. Siempre he soñado que sería un dia duquesa ó reina.—Y... decidme, mi verdadero nombre cual es?

GONZAG. Os llamais Blanca...

ESTREL. Blanca! Oh!... es extraño!

GONZAG. Por que os sorprende?

ESTREL. Porque ese nombre me recuerda...

GONZAG. A quién?

ESTREL. A una amiga mia, tan buena como hermosa.

GONZAG. Ah!... Habeis conocido á una jóven que se llamaba Blanca?

ESTREL. Sí.

GONZAG. Qué edad tenia?

ESTREL. Mi edad. Nos conocimos siendo niñas, y nos amábamos tiernamente. Despues nos separamos, pero la he vuelto á ver. (*Con infantil alegría.*)

GONZAG. (*Reflexivo.*) Ah! la habeis vuelto á ver.

ESTREL. Sí.

GONZAG. Cuándo?... Dónde?

ESTREL. Primero... hará unos seis meses... en Segovia; y luego...

GONZAG. (*Interesándose cada vez más.*) Luego?...

ESTREL. (*Con extrañeza.*) Es que os interesa mucho lo que os estoy diciendo?

GONZAG. Todo lo que tiene relacion con vos, me interesa. Vamos, hija mia, esa amiga... esa buena Blanca... era acaso huérfana... como vos?

ESTREL. Sí; tambien era huérfana.

GONZAG. Española?

ESTREL. No, francesa.

GONZAG. Francesa!... Y quién cuidaba de ella?

ESTREL. Una anciana.

GONZAG. (*Sin poder contenerse.*) Bien; pero no quiero decir eso. Quién pagaba á esa anciana?

ESTREL. Un caballero.

GONZAG. Tambien francés?

ESTREL. Tambien.

GONZAG. (*Vivamente.*) Y el nombre de ese caballero?

ESTREL. (*Mirándole fijamente y con extrañeza.*) Lo he olvidado. (*Se dirige hácia la mesa y se sienta en un*

sillon. Al hacer esto, dice aparte.) Lagardere está proscripto... qué iba yo á hacer!...

GONZAG. (*Reponiéndose con esfuerzo, y yendo á sentarse al frente de ella, al otro lado de la mesa.*) Es lástima!—Un noble francés establecido en España, no puede ser sino un desterrado. Hay muchos hoy por desgracia. Como no teneis amigas de vuestra edad y hablais con tal entusiasmo de esa jóven, pensaba yo que con mi crédito, bien podria alcanzar la gracia de ese caballero. Así mi querida Blanca volveria á ver á su amiga.

ESTREL. Sois muy bondadoso. Pero... precisamente, la he vuelto hoy ver...

GONZAG. Está en París?

ESTREL. Sí... la casualidad me ha favorecido. Al venir aquí, y cuando pasábamos por una de las callejuelas que avecinan el Palacio Real, alzé la cortinilla de la carroza, y paseando de un lado á otro mis miradas, ví de pronto á Blanca en la ventana de una sala baja. Dí un grito, quise bajar... pero esa terrible dueña que me habeis dado, me retuvo por fuerza y...

GONZAG. Una calle cerca del Palacio Real... Podriais reconocerla?

ESTREL. Ya lo creo. Además, la señora Angélica me ha dicho que se llama calle del Chantre. (*Gonzaga se levanta y escribe en su cartera.*) Pero, qué escribis ahí. (*Levantándose.*)

GONZAG. Lo que es necesario para que volvais á ver á vuestra amiga.

ESTREL. Oh!... Gracias... gracias...

ANGEL. (*Entrando.*) Están dispuestas las habitaciones de la señorita.

GONZAG. Id, hija mia. Dentro de una hora vereis á vuestra madre.

ESTREL. Y qué deberé decirla?

GONZAG. No la oculteis ninguna de las miserias de vuestro pasado. Decidla en todo la verdad. Hasta luego, hija mia. Pensad en el solemne momento que os aguarda.

ESTREL. (*Saliendo con Angélica.*) Hija de una princesa!... prima del rey de Francia!... Es esto un sueño!... (*Vánse izquierda.*)

ESCENA VII.

GONZAGA.—Luego CAYROL.—Despues un LACAYO.

GONZAG. Será cierto que se encuentran en París?... Coincidencia extraña!... Es preciso empezar por asegurarse de ello.—(*Toca una campanilla y se presenta un lacayo.*) Al señor Cayrol que venga inmediatamente. (*Vuelve el lacayo.*) Bah! Lagardere no hubiera esperado tanto tiempo. No, no puede ser él. Es imposible que la hija de Nevers esté ahí tan á punto para entorpecer la comedia que preparo... Y esa pobre Estrella representará su papel de una manera admirable. (*Sonriendo.*) Vamos, Felipe, ánimo!... Los inmensos dominios de Nevers constituyen una fortuna real. (*Despues de una pausa, con aire sombrío.*) Luego... pasado algun tiempo... esa jóven y bella niña podrá morir de consuncion... mueren así tantas jóvenes!...

CAYROL. (*Entrando.*) Me llamabais, monseñor?

GONZAG. Creo haberte oido decir que sospechabas á Lagardere como autor de la muerte de Estopin.

CAYROL. Sí, monseñor.

GONZAG. Pues bien, ponte en guardia. Presumo que Lagardere está en París.

CAYROL. Misericordia!

GONZAG. Con Blanca de Nevers.

CAYROL. Todo estaria perdido. (*Aterrado.*)

GONZAG. No. Llegarán tarde. Además, si está aquí, tanto mejor: quiero acabar de una vez con ese hombre. Pon tus sabuesos en campaña, y haz que limiten sus operaciones á la calle del Chantre.

CAYROL. Ah! es en esa calle?...

GONZAG. Por qué tiemblas?

CAYROL. Monseñor olvida que ese Lagardere deja escrito sobre cada una de sus víctimas: « despues de los mercenarios al jefe. »

GONZAG. Tranquilízate, yo haré romper esa invencible espada.

CAYROL. Por quién, monseñor?

GONZAG. Por mano del verdugo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

La voz de la tumba.

Oratorio de la princesa: decoracion cerrada. Estilo rico y severo de Luis XIV. Gran chimenea en el fondo y puertas á los costados; de entrada la de la derecha, y la de la izquierda se supone comunicar con las habitaciones interiores. En primer término, derecha é izquierda, dos puertas ocultas bajo dos ricos tapices antiguos: próximo al de la derecha y tocando al bastidor, el reclinatorio de la princesa, de madera negra y con un almohadon de terciopelo. En el mismo lado, un poco mas lejos, el retrato de cuerpo entero de Felipe de Lorena, duque de Nevers. En primer término, tambien derecha, y muy próxima al tapiz y al reclinatorio, una mesa con tapete de terciopelo y un rico sillon. El resto de los muebles, correspondiente al estilo de la decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Antes de principiar el acto, la orquesta preludia un motivo triste y pianísimo, que no terminará hasta la desaparicion del personaje que penetra en la escena. Al levantarse el telon, esta aparece vacía, pero á los pocos momentos la tapicería de la izquierda se levanta y aparece la cabeza del jorobado. Este, despues de asegurarse de que nadie hay en la escena, penetra con precaucion, observa, escucha en las puertas del fondo, y en seguida se dirige lentamente hácia el reclinatorio, pero antes de llegar repara en el retrato de Nevers, se detiene, se quita respetuosamente el sombrero é inclina la cabeza tristemente; despues saca de su bolsillo un devocionario, lo muestra al retrato y viene á colocarlo sobre el reclinatorio, desapareciendo en seguida, misteriosamente, por la puerta oculta bajo la tapicería próxima á aquel.—Cesa la música.

ESCENA II.

MAGDALENA y CHAVERNY por la puerta del fondo derecha; poco despues la PRINCESA.

MAGD. Podeis esperar aquí; la señora consiente en recibiros.

CHAVER. Conque mi noble prima continúa siempre triste?

MAGD. Ah! señor marqués! Hace quince años que no sale de estas habitaciones, y la mayor parte del tiempo lo pasa suspirando y rezando, arrodillada en ese reclinatorio, ó bien sentada en ese gran sillon, absorbida en una meditacion profunda... (*Viendo venir á la princesa.*) Pero silencio... ya está aquí...

(La princesa vestida de rigoroso luto, pero siempre bella, entra lentamente en la escena precedida de dos pajes tambien de luto. Con la mirada, mas bien que con la accion, despide á Magdalena; saluda profundamente á Chaverny y viene á sentarse en el sillon próximo á la mesa: la criada y los pajes se retiran.)

PRINC. (*Lentamente y con acento de dolor.*) Señor de Chaverny, para llegar hasta este sitio habeis invocado el nombre de Nevers... Qué me quereis?

CHAVER. Preveniros, señora, que dentro de un momento, á instancia de Gonzaga y por órden expresa del Regente se halla convocado aquí un consejo de familia.

PRINC. (*Siempre grave.*) Lo sé.

CHAVER. Y pensais asistir á esta reunion?

PRINC. Obedezco al Regente. (*Con tristeza.*)

CHAVER. Si no me engaño, la intencion del duque Gonzaga, convocando esta especie de tribunal, es adquirir la posesion de los bienes de Nevers, administrados bajo secuestro, hace quince años, en favor de la hija de Felipe de Lorena, única y legítima heredera de su fortuna.

PRINC. Para conseguir su objeto será preciso que el señor de Gonzaga haga constar la muerte de mi hija.

CHAVER. Pues bien, señora, yo, por el contrario, os traigo la prueba de que existe. (*Con alegría.*)

PRINC. (*Levantándose rápidamente.*) Mi hija! Una prueba!..

CHAVER. (*Dándola una carta.*) Aquí está...

PRINC. (*Con alegría y abriéndola con precipitacion.*) Será verdad, Dios mio!...

CHAVER. Leed, señora, leed...

PRINC. (*Despues de abrir la carta y dejándose caer otra vez en el sillon y con abatimiento.*) Una carta sin firma!...

CHAVER. El caballero que la ha escrito es un bravo y leal soldado!...

PRINC. Entonces, por qué oculta su nombre?

CHAVER. Es un proscripto!...

PRINC. Tanto vos como yo, hemos sido ya muchas veces víctimas de intrigantes que han abusado de nuestra credulidad; este será un nuevo engaño, no lo dudeis... Cuándo os han entregado este billete?

CHAVER. Hace dos meses, en España...

PRINC. Y en todo este tiempo nada ha venido á justificar la exactitud de esta noticia!... El duque presentará al consejo la prueba de que mi hija no existe; pero si la justicia de los hombres se pronuncia hoy en favor de Gonzaga, yo espero en la justicia de Dios, que algun dia aparecerá terrible para herir y castigar!... Ahora, dejadme orar breves instantes, para prepararme á esa reunion de familia que veniais á anunciarme... Os lo suplico... (*Chaverny saluda profundamente y se retira por el fondo. La princesa se dirige al reclinatorio y se arrodilla.*)

ESCENA III.

LA PRINCESA, despues MAGDALENA.

Dios mio! No he sufrido bastante?... Habrá de durar aún mucho tiempo este martirio horrible!... si mi hija ha muerto, Señor, concededme la gracia de reunirme pronto á ella!... Tened compasion de mí!... (*En el momento que va á inclinar la cabeza sobre el reclinatorio, sus ojos se detienen en el libro de oraciones que el jorobado ha colocado allí.*) Este

devocionario no es el mio! Quién ha podido colocarlo aquí?... Dios mio!... No me engaño, es el mismo que entregué á Felipe la noche de su asesinato!... Señor!... Señor!... Habreis hecho un milagro?... Una carta oculta entre sus páginas!... Veamos... (*Leyendo.*) «Si teneis fe, Dios se apiadará de vuestro dolor!... Vuestra hija existe, y os será presentada hoy mismo...» (*Hablado.*) Mi hija.. (*Continúa leyendo.*) «Desconfiad más que nunca de Gonzaga, y acordaos de la señal convenida entre vos y Nevers... y que fué siempre su divisa... Durante la asamblea permaneced siempre sentada, próxima al retrato de Felipe, y en el momento oportuno, *por vos y para vos sola el muerto hablará.*» Firmado.—*Enrique de Lagardere.*—(*Declamado.*) Esta letra no me es desconocida... Ah! sí, es la misma que la de esta carta que Chaverny acaba de presentarme!... Dios mio!.. Será cierto que no moriré sin haber abrazado á mi hija!... (*Llorando de alegría.*)

MAGD. (*Entrando por el fondo.*) Señora, el señor canciller, con las personas que le acompañan, pide licencia para presentarse...

PRINC. Pueden pasar cuando gusten...

(Magdalena se retira para volver inmediatamente precediendo al señor de Gonzaga, d'Argenson, Chaverny, Navailles, Breant, Lacroix, Cayrol y tres caballeros mas que los acompañan. La princesa, aún con la carta en la mano y despues de leerla otra vez para sí, se deja caer en el sillon, próximo al reclinatorio, y por consecuencia al tapiz y al retrato, no sin haber antes dirigido á este una expresiva mirada.)

PRINC. (*Leyendo.*) «Por vos y para vos sola, el muerto hablará...» (*Queda absorbida en su meditacion.*)

ESCENA IV.

LA PRINCESA.—GONZAGA.—CHAVERNY.

Todos, al entrar, se inclinan respetuosamente delante de la princesa: á una señal de Gonzaga, Cayrol hace disponer por los criados sillones en el lado izquierdo, despues de lo cual, los criados se retiran cerrando las puertas.

GONZAG. Señora, estos caballeros esperan vuestra licencia para tomar asiento...

(La princesa, que absorbida en su meditacion, no ha visto entrar á nadie, vuelve en sí y con una seña indica que pueden sentarse. La colocacion de los personajes es la siguiente: Gonzaga en el centro de la escena; d'Argenson en medio de los caballeros que constituyen el tribunal y Chaverny en primer término, al lado de Navailles.)

GONZAG. Cuando gusteis, señor canciller...

D'ARG. (*Levantándose.*) Señora, monseñor el Regente habia deseado presidir esta reunion de familia, tanto por consideracion al señor de Gonzaga, cuanto por el cariño casi fraternal que le unia al difunto duque de Nevers, pero las urgentes atenciones del gobierno retienen hoy á su alteza en palacio, se ha dignado, en sustitucion suya instituir comisarios y jueces árbitros á los señores Lambert, Villeroy y á mí. Ahora el señor de Gonzaga nos explicará cuáles son sus pretensiones y deseos; por nuestra parte nos hallamos prontos á escucharle. (*Se sienta.*)

GONZAG. (*Levantándose.*) Antes de pasar adelante, séame permitido significar mi profundo agradecimiento á todos aquellos que me honran con su distincion ó su amistad; á monseñor el Regente el primero; tambien debo gracias á la princesa, porque á pesar del mal estado de su salud y del retiro á que se ha condenado, consiente, aunque por breves instantes, descender hasta el nivel de nuestros miserables intereses humanos.

NAVAIL. (*Bajo á Chaverny.*) Magnífico exordio!

CHAVER. (*En tono de burla.*) Sí, muy bello!...

GONZAG. Felipe de Lorena, señores, era mi primo por el parentesco, hermano por el corazon!...

CHAVER. (*Aparte.*) Como Abel y Cain.

GONZAG. Diez y seis años han trascurrido y nada ha podido dulcificar la horrible impresion de aquel tristísimo recuerdo. Felipe murió, víctima de una venganza ó de una traicion. Desgraciadamente la fuga de los asesinos ha impedido hasta ahora, á la justicia hacer en ellos un ejemplar castigo... Llego, señores, á las causas que me han impulsado á convocar esta asamblea.

CHAVER. (*Aparte.*) No tiene duda que vamos á oir buenas cosas; pero juro al cielo que aunque sea solo, yo protestaré.

GONZAG. Antes de verificarse mi enlace con la señora princesa, esta declaró oficialmente su matrimonio secreto, pero legítimo, con el duque de Nevers, y la existencia de una niña, fruto de aquella union. Las pruebas escritas faltan, pero habiendo desaparecido esta niña la misma noche del asesinato de su padre, el Parlamento determinó, por una ley especial, suspender la accion de sus derechos á la herencia de Nevers y por un tiempo determinado en favor de los que correspondian á la heredera legítima, si un dia llegaba á descubrirse su paradero. Nada mas justo, y yo aprobé en el fondo de mi alma tan equitativa resolucion. Pero desde aquel dia, señores, la calumnia se cebó en mi honra; se me acusó de un crímen!... Sí, de un crímen inaudito!... No es cierto, señora, que os han dicho muchas veces que si buscais en vano vuestra hija hace diez y seis años, y si vuestros esfuerzos no obtienen resultado alguno, es porque una mano misteriosa desbarata vuestros proyectos y hace fracasar vuestras pesquisas?

PRINC. (*Con severidad.*) Es cierto.

GONZAG. No es cierto tambien que os han asegurado que esta mano era la mia?

PRINC. Así me lo han dicho...

GONZAG. Y vos lo habeis creido!...

PRINC. (*Con resolucion y dignidad.*) Y yo lo he creido!

GONZAG. Pues bien, señora, yo he contestado á todas esas

acusaciones infames con la solicitud mas ardiente, con la obstinacion mas viva, con una pertinacia igual á la vuestra... He buscado con afan á la hija de Nevers, he derramado el oro á manos llenas, he ofrecido seductoras recompensas al que descubriese su paradero y hoy al fin vengo á deciros...

PRINC. (*Con amarga sonrisa.*) Qué mi hija no existe?...

GONZAG. Oh! no... Abrid los brazos, madre feliz, para recibirla en ellos!...

PRINC. (*Levantándose.*) A mi hija! (*Movimiento general. Todos se levantan.*)

CHAVER. (*Sorprendido y aparte.*) Habré oido mal?...

GONZAG. Sí; esa hija que en vano habeis buscado durante diez y seis años y que yo, con la ayuda del cielo, pude encontrar muy léjos de su patria y en una condicion bien miserable...

CHAVER. (*Aparte.*) Diablo!... positivamente que no me esperaba esta conclusion!

PRINC. (*Como dudando.*) Mi hija!... y es á vos á quien debo...

GONZAG. Héla aquí...

ESCENA V.

LOS MISMOS.—ESTRELLA, conducida por CAYROL, poco despues EL JOROBADO detras del tapiz.

GONZAG. (*Tomando á Estrella de la mano.*) Venid, señorita, y abrazad á vuestra madre...

ESTREL. Mi madre!...

(Estrella se precipita á los brazos de la princesa, que la recibe en ellos pero fria y sin emocion ni trasporte.)

PRINC. (*Aparte.*) Y es Gonzaga el que me devuelve mi hija?... Imposible!... imposible!...

NAVAIL. Este hecho confundirá para siempre á los calumniadores!...

CHAVER. (*Con intencion.*) Con tanta mayor razon, que mi querido primo poseerá igualmente las pruebas que garanticen la identidad de esta niña.

GONZAG. Qué pruebas?... (*Incómodo.*)

CHAVER. Ciertas páginas sustraidas al registro de la capilla, en el castillo de Caylus.

PRINC. Arrancadas por mi y entregadas por mi mano á Felipe de Nevers, bajo un sobre cerrado con tres sellos y con las armas de nuestra familia.

GONZAG. (*Contrariado.*) Nataniel el Bohemio, que fué quién recogió y educó á esta pobre niña, nos explicará mas tarde como ha podido ocurrir la pérdida de ese documento...

PRINC. (*A Estrella.*) Pero vos, señorita, no teneis noticia alguna que pueda convencernos?...

ESTREL. (*Con candidez infantil y profundo sentimiento.*) Yo no sé nada, señora; pobre huérfana educada por caridad en medio de una tribu errante, me han dicho que me conducian á los brazos de mi madre y mi corazon ha palpitado de alegría... Ah! señora!... yo no os pido esplendor, ni riquezas, ni fortuna; solo os suplico de rodillas que no me rechaceis de vuestro lado y en cambio del amor y del respeto que me inspirais, concededme un poco de vuestra estimacion! (*Llorando y cayendo de rodillas.*)

PRINC. Inspiradme, Dios mío!... Si es cierto, seria una desdicha horrible, un crimen inaudito rechazar á mi hija!... (*Dirigiéndose al reclinatorio.*) Señor, yo os imploro desde el fondo de mi miseria!... (*Mirando el retrato.*) Y tú, tú que debias guiarme en esta difícil prueba, dónde estás? Habla, cumple tu palabra!

JOROB. «*Héme aquí!*»

(Levantando un poco el tapiz de modo que solo sea visto del público: la voz expresiva y baja, suponiendo que solo puede oirlo la princesa.)

PRINC. (*Aparte.*) Ah!... su divisa!... (*Dominando su emocion.*)

GONZAG. Señora, olvidad si os parece bien, la mano que os presenta el tesoro que llorabais perdido; pero compadeceos de esa pobre niña, transida de dolor y ahogada por el sentimiento; al fin es vuestra sangre... es vuestra hija!... (*Estrella sollozando, viene á caer en el sillon que ocupaba Gonzaga.*)

JOROB. (*Detrás del tapiz.*) No.

PRINC. (*Repitiendo con fuerza las palabras del jorobado.*) No.

(Gonzaga levanta á Estrella y la conduce al sillon del centro anegada en lágrimas.)

CHAVER. (*Aparte.*) Lo hubiera apostado...

GONZAG. (*Furioso.*) Señora, la paciencia humana tiene tambien sus límites, pruebas incontestables debeis poseer para permitiros negar tan absolutamente una evidencia tan clara...

JOROB. (*Detrás de la cortina.*) Sí.

PRINC. (*Repitiendo.*) Sí.

GONZAG. (*Cada vez mas furioso.*) Entónces es preciso que inmediatamente las presenteis al consejo y concluyamos de una vez...

CHAVER. (*Aparte y riendo.*) Pobre primo!... el diablo se ha metido en su tela de araña!

GONZAG. (*Fuera de sí dirigiendo una mirada terrible á los individuos que componen el consejo.*) Ah!... la fortuna de Nevers es una buena presa, no es cierto?... Algun miserable impostor, especulando con vuestra maternal ternura, os habrá anunciado el hallazgo de vuestra hija, que no es la que yo os presento; os habrá... dicho tambien. «Yo la he salvado de la muerte, de la miseria durante diez y seis años y hoy vive...

JOROB. (*Siempre oculto.*) Vive.

PRINC. (*Repitiendo.*) Vive! (*Con altivez.*) Sí, vive á pesar vuestro y por la proteccion de Dios!

CHAVER. (*Aparte y riendo.*) Já! já! Mi noble primo va á rebentar de soberbia!

GONZAG. (*A d'Argenson y los demás caballeros.*) Señores, me avergonzaria de contestar ni una palabra á tan grave acusacion... Decidid, pues, entre la señora princesa y yo. Nada mas nos resta que hacer.

D'ARG. Puesto que la señora princesa tiene esa seguridad, debe presentar al consejo la que cree su hija legítima, así como la prueba que ella misma ha invocado... Ahora bien, con el objeto de que pueda tener tiempo para prepararse, en nombre del Rey y de monseñor el Regente, aplazamos este consejo para dentro de tres dias.

PRINC. Acepto, señores, el plazo que os dignais conce-

derme; mi hija y la prueba que se me exige se hallarán en mi poder...

JOROB. (*Detrás del tapiz.*) Esta noche!...

PRINC. (*Bajo y con alegría.*) Ah!...

JOROB. (*Detrás del tapiz.*) En el baile del Regente.

GONZAG. (*Dirigiéndose á Estrella.*) Pobre niña!... Al presente solo Dios puede devolveros el corazón de vuestra madre!...

ESTREL. (*Levantándose del sillon y dirigiéndose á la princesa.*) Señora, ignoro completamente lo que sucede á mi alrededor; no me es dado tampoco penetrar los secretos de Dios, pero que seais ó no mi madre, yo os amaré y os respetaré toda mi vida. (*Besándola la mano.*)

PRINC. (*Besándola en la frente.*) Pobre niña, comprendo que tú no eres cómplice de nada, y desde este momento, quien quiera que seas, te ofrezco mi cariño y mi proteccion. Vé, hija mia, vé... (*Estrella se retira conducida por Cayrol. La princesa toca un timbre; Magdalena aparece.*) Magdalena, que preparen mi litera para esta noche...

GONZAG. (*Aparte.*) Su litera!...

PRINC. Sacad mis joyas, mi traje de corte, mi diadema de brillantes y preparaos para asistir á mi tocador.

GONZAG. (*Sorprendido.*) Vuestros diamantes!... Vuestras joyas!... A dónde vais esta noche?...

PRINC. Al baile del Regente.

GONZAG. (*Atónito.*) Vos!... Vos!...

PRINC. Sí, yo; mi luto termina hoy, pues he hallado á mi hija!... (*A los caballeros.*) Hasta la noche, señores, hasta la noche!... (*Despidiéndolos.*)

(En tanto que Chaverny, d'Argenson y los demás caballeros rodean á la princesa para despedirse y dirigirla algunos cumplidos, Gonzaga se mantiene separado en la izquierda, primer término, como preocupado. Levantando el tapiz de la derecha y aprovechándose de la distraccion de los caballeros que están entretenidos con la princesa, el jorobado se desliza por detrás y viene á colocarse á espaldas de Gonzaga.)

GONZAG. (*Aparte.*) Pero quién, quién ha podido burlarse de mí, desbaratar mis planes!...

JOROB. (*Presentándose y bajo.*) Un hombre á quien no habeis sabido buscar y deshaceros de él...

GONZAG. (*Vivamente.*) Lagardere!...

JOROB. Precisamente... Lagardere, que yo puedo entregaros todavía...

GONZAG. Tú?...

JOROB. Sí.

GONZAG. (*Con ahinco.*) Dónde, dónde?...

JOROB. En el baile del Regente, si me haceis invitar para esta noche...

(Gonzaga se lleva un dedo á los labios como indicándole el silencio, y con la cabeza hace una señal de asentimiento. El jorobado se inclina y desaparece detrás de la cortina. D'Argenson, Chaverny, Navailles y demás caballeros, despues de haberse detenido un momento, durante el aparte del jorobado, hablando y despidiéndose de la princesa, saludan respetuosamente y se retiran, seguidos del duque de Gonzaga. La orquesta, compases sumamente piano desde «*mi luto termina hoy*,» hasta la conclusion del cuadro.

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SEXTO.

El Novicio y Poca-pena.

Sala baja de la calle de Chantre. Puerta al foro, de dos hojas que da sobre la calle. Á derecha é izquierda, segundo término, dos escaleras de cuatro ó cinco escalones con barandilla. La de la derecha conduce al cuarto de Lagardere; la de la izquierda á la habitacion de Blanca. Otras dos puertas derecha é izquierda, que se supone comunican con las habitaciones interiores. Gran ventana al fondo de vidrios de colores. Un reloj de caja, antiguo, entre las dos puertas del lado izquierdo. Un veladorcito muy pequeño, con un quinqué de hierro de tres mecheros, donde aparece Blanca escribiendo. Una mesa en medio de la escena en donde Antonio se ocupa de limpiar los cubiertos. Otra mesita pequeña debajo de la escalerilla de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA.—ANTONIO.

ANTON. (*Con rabia limpiando los cubiertos.*) ¡Por vida del demonio! no hay duda que estoy divertido!...

BLANCA. (*Que está escribiendo.*) Qué es eso?... por qué te enfadas?

ANTON. Por nada, señorita; pero no es muy divertido que digamos, el que vuestra respetable dueña, la señora Maritana, se desdeñe en venir á ayudarme...

BLANCA. Ten mas caridad... La pobre está enferma y yo la he dado licencia para que se retire hoy temprano.

ANTON. Ah!... eso es otra cosa... si vos la habeis dado licencia!...

BLANCA. (*Que continúa escribiendo y sin volver la cabeza.*) Antonio?...

ANTON. Señorita?...

BLANCA. Volvió tu amo?

ANTON. Hace un momento le he oido pasear en su cuarto... si no me engaño creo que está encerrado aún con el jorobado, al cual he visto subir por la puerta falsa que da á la otra calle...

BLANCA. ¿Quién será ese hombre que evita siempre nuestro encuentro?...

ANTON. Vaya usted á saber!... es extraño que el amo mantenga tan íntimas relaciones con ese ridículo patizambo, más retorcido que un tirabuzon... y el tal mochuelo entra y sale en esta casa con la misma franqueza y desenfado que si fuera la suya. Lo que más les choca á los vecinos, segun me han dicho, es que jamás los han visto juntos, prueba que al amo no le gusta presentarse en público con él. Sin ir más lejos, hace un cuarto de hora, que un caballero, ya de edad y de aspecto venerable, ha venido tambien á hacerme un diluvio de preguntas y...

BLANCA. De veras?...

ANTON. Sí señora; me ha preguntado que quiénes éramos, qué es lo que veniamos á hacer aquí... vuestra edad, la del señor, si érais su hija ó su mujer, y finalmente á qué hora acostumbraba á salir el amo y á qué hora se retiraba...

BLANCA. Supongo que tú te habrás guardado muy bien de contestar á tan impertinente curiosidad?

ANTON. Es claro!... pues no faltaba mas!... (*Aparte.*) Efectivamente en un principio nada le he dicho... pero el viejo pregunton era tan zalamero y tan generoso, que no he podido dispensarme de satisfacer á algunas de sus preguntas... A bien que en ello no hay nada malo. (*Alto.*) Pero se va haciendo tarde y el señor no baja á cenar... ¿quereis que vaya á llamarle?

BLANCA. No, respetemos sus secretos; cuando haya terminado él vendrá... entretanto sube al cuarto de Maritana y mira si necesita algo.

ANTON. (*Aparte.*) Y yo que pensaba ir á ver la iluminacion!... (*Con rabia.*) ¡No me faltaba más que

convertirme tambien en enfermero de esa vieja bruja!... (*Vase gruñendo y murmurando por la derecha.*)

ESCENA II.

BLANCA.—Despues LAGARDERE.

(Blanca, que ha trasladado el tintero y la carta que estaba escribiendo en el velador á la mesa del centro, se sienta para continuar, pero ántes lee lo que lleva escrito.—Música adecuada á la situacion, durante la lectura.)

BLANCA. «Sí, madre mia; él me ha dicho que Dios me ha conservado el tesoro de vuestra ternura; me ha ofrecido tambien que muy pronto, y gracias á sus esfuerzos, voy á estrecharos en mis brazos... Desde que me ha hecho tan tiernas revelacionos y despertado en mi corazon tan dulces esperanzas, os veo en todos mis sueños, vuestro nombre se mezcla en todas mis oraciones!... me parece que por un sentimiento extraño de intuicion, vós debeis saber todo lo que pienso, todo lo que hago; pero si no es así, cuando leais estas páginas, escritas para vos, madre mia, en mis horas de soledad y de tristeza, conocereis mi corazon, que para vos no tiene secretos... En Paris me encuentro aún más sola que en Segovia, porque mi generoso amigo casi siempre está fuera de casa... Tal vez os busca... tal vez arrostra nuevos peligros por mi!.... ¿Pero por qué cuando toca al término que tanto ansiaba y que ha sido el anhelo de toda su vida, le encuentro cada vez más triste y preocupado? Oh!... Vos le amareis, madre mia, sí, le amareis!...»

(Lagardere aparece en lo alto de la escalera, desciende á la escena lentamente sin que Blanca se aperciba, y viene á colocarse detrás de la silla que aquella ocupa. Lagardere viste un traje de caballero muy sencillo, con una especie de tabardo encima. Blanca continúa escribiendo sin ver á Lagardere.)

«No me cabe duda; él ha salvado mi vida, él me

ha sacrificado su existencia!... Sin él, ¿qué sería yo en este momento? Un poco de polvo encerrado en una ignorada tumba!... ¿Y qué madre, aunque fuese una duquesa ó hermana de un rey, no se consideraria orgullosa en admitir por hijo al caballero Enrique de Lagardere, al más valiente, al más noble, al más generoso de los hombres? Cualquiera que sea el nombre que la suerte me haya destinado, Lagardere será siempre digno de él, y mi felicidad cumplida el verme colocada entre los dos séres que más amo en el mundo. Hasta mañana, madre mia, hasta mañana...»

LAGAR. (*Dulce y tristemente.*) No, Blanca, hasta esta noche, porque dentro de algunas horas abrazareis á vuestra madre.

BLANCA. (*Volviéndose y con alegría.*) Será cierto?

LAGAR. Acabo de verla, y por fortuna, ha guardado religiosamente en el fondo de su corazon el recuerdo de vuestro padre; ella os amará como á él le amaba, y sereis dichosa á su lado; pero es preciso romper esa carta... es preciso que me olvideis para siempre, Blanca.

BLANCA. (*Sorprendida.*) Olvidaros!...

LAGAR. Sí, yo procuraré tambien olvidar un sueño insensato! Vuestra madre es una gran señora y yo un simple caballero!...

BLANCA. (*Con desesperacion.*) Ah! Enrique, ya no me amais!...

LAGAR. Blanca! Blanca! No debilites mi valor!... Cumplamos con nuestro deber!... obedezcamos al destino... Hemos edificado sobre arena, y un soplo de viento ha bastado para derribar el frágil edificio de nuestras halagüeñas esperanzas. Sí, y á medida que la hora se acerca, comprendo la inmensa distancia que nos separa!... Tu madre, justamente orgullosa de su elevada estirpe y de su ilustre nombre, te mandará olvidarme, y es preciso obedecerla.

BLANCA. Y por qué?... Calculasteis vos la distancia que nos separaba para protegerme y defenderme, para salvar mi vida? Amaria yo menos á mi madre, si ella fuese hoy pobre y desgraciada? Yo no la pido mas que su cariño; pero si me es preciso pagarlo á

precio de mi amor!... Oh! Enrique! Enrique!...

LAGAR. Obedecerás, porque tal es tu deber.

BLANCA. Imposible!... sabré morir!... (*Con resolucion.*)

LAGAR. (*Estrechando sus manos con cariño.*) Blanca, esa palabra me recompensa cuanto hice por tí en este mundo! Pero tú que me amas y conoces mi corazon, comprenderás que yo no puedo permitir que tu madre sospeche que el que creiste digno de tu amor ha obrado por un cálculo bajo é infame. Oh! jamás! jamás! (*Llaman á la puerta.*)

ANTON. (*Que entra por la puerta derecha.*) Parece que han llamado?

LAGAR. (*Mirando al relój.*) Sí, puedes abrir. (*Antonio abre; una mujer aparece con varias cajas de carton.*) Dejad eso sobre la mesa...

(La mujer obedece y se retira: Antonio la sigue y permanece en el dintel de la puerta mirando en la calle hácia el lado izquierdo y desde donde se apercibe la claridad que se supone de la iluminacion.)

ANTON. (*Fuera de la puerta.*) Y están ya iluminando la fachada!.., Qué precioso está!... Si los amos hubieran ya cenado, podria yo escurrirme y verlo todo de mas cerca... pero nada, por lo mismo que estorban...

LAGAR. Blanca, abre esas cajas... (*Blanca obedece.*)

BLANCA. Un vestido de baile!... Un dominó!... Un aderezo!...

LAGAR. Todo bien sencillo, angel mio; yo no soy rico, pero el pobre Lagardere reserva para tí otra preciosa joya que vale tanto como el mas rico floron de la corona de Francia! Esa joya, ese tesoro, héle aquí!... (*La presenta una carta que saca del pecho.*) En este pliego, triplemente sellado, se hallan las pruebas de tu nacimiento... pruebas incontestables que dentro de breves horas debes presentar tú misma á tu madre en presencia del Regente y de toda la corte.

BLANCA. Y por qué vos no? (*Tomando el pliego.*)

LAGAR. Yo!... sé por ventura si me será permitido presentarme á tu lado?... Has olvidado que estoy proscripto, y que para entrar en palacio...

MACAR. (*Pegando un empujon á Antonio, que está distraido mirando la iluminacion, y el cual viene á dar con las narices contra la puerta.*) Al diablo con los bo-

bos!... Siempre he de tropezar con papanatas en mi camino!...

ANTON. (*Rascándose las narices.*) Vaya una gracia!...

MACAR. Silencio!... ¿No es este el número 7 de la calle de Chantre?...

LAGAR. Adelante, amigo Macario... esta es la casa que buscais y gracias por haber sido exacto á la cita... (*Macario se quita respetuosamente el sombrero.*) Antonio, recoge esas cajas y llévalas al cuarto de la señorita... (*Antonio obedece siempre asustado y rascándose las narices.*)

ANTON. (*Aparte*) Calle!... ya conozco á este bruto!... sí, no hay duda; es el dueño de Petronila... si intentará darme otra felpa!... *fugite...* (*Hecha á correr con las cajas.*)

LAGAR. Y tú, Blanca mia, ves á prepararte, porque la hora se acerca en que debes abrazar á tu madre... Si á las doce yo no hubiera vuelto, éste hombre me reemplazará; merece toda mi confianza y él te escoltará hasta palacio, en una litera... Sobre todo no olvides el pliego; tu fortuna, tu porvenir, tu felicidad se encierran en él...

BLANCA. (*Aparte con amargo sentimiento.*) Mi felicidad!... Imposible!... (*Lagardere la abraza y la acompaña hasta la puerta de su cuarto.*)

ESCENA III.

LAGARDERE.—MACARIO.

LAGAR. Has oido lo que espero de tí?

MACAR. Perfectamente; y si no hay otra cosa que hacer me basto y me sobro para la empresa... Así no echaré de ménos al bribon de mi sobrino... ¡Vientre de Satanás!... pues no me deja el muy tuno durmiendo en el comedor por correr detrás de una ayudanta de cocina más súcia y más fea que los siete pecados capitales!... Pero nada, ese Vesubio no repara en pelillos... es una estopa que prende en cualquier parte!... (*Durante toda esta relacion Lagardere se habrá sentado y reflexiona*

sin hacerle caso.) En fin, como os decia, dormitaba yo junto á la chimenea, cuando de pronto murmuran en mi oido estas palabras: — «A las diez, calle de Chantre, número 7, Lagardere.» — A este nombre pego un salto sobre la silla, me vuelvo y únicamente descubro la silueta de un jorobadillo que como una sombra desaparece por los corredores...

LAGAR. Has sido exacto y vuelvo á darte gracias...

MACAR. ¡Por complaceros, ira de Dios, seria yo capaz de pasar sobre carbones ardiendo!... ¿Con que es decir que yo vendré á las doce y?...

LAGAR. Y conducirás á Blanca al Palacio Real, á la tienda del Regente... Allí estaré yo tambien, si antes no he podido volver aquí... Todo lo tengo calculado y previsto... Escucha: si un obstáculo cualquiera se opone á la ejecucion de mis órdenes, me harás avisar inmediatamente.

MACAR. Perded cuidado.

LAGAR. Y si un peligro más grave, si alguna desgracia amenazase á Blanca, penetra á toda costa en el baile y en seguida que me veas dejarás caer tu guante á mis piés.

MACAR. Podeis ir tranquilo... para que á la niña la suceda una desgracia, rayos y truenos!... seria preciso que el diablo en persona se atravesara en mi camino.

LAGAR. Lo sé, y por eso te he elegido...

ANTON. (*Entrando por la derecha.*) La señorita está concluyendo su tocador.

LAGAR. Antonio, tú ya conoces á este caballero?...

ANTON. Demasiado... (*Rascándose las narices.*)

LAGAR. Cuando vuelva le dejarás entrar: á las doce debe venir en busca de la señora para conducirla al baile... (*Retirándose y dándole la mano.*) Amigo Macario, hasta las doce... (*Entra en su cuarto.*)

MACAR. Hasta las doce... (*Váse por la puerta del foro despues de haber dado otro empujon á Antonio que estaba distraido.*)

ESCENA IV.

ANTONIO solo.—Despues ESTRELLA.

ANTON. (*Con rabia.*) Al baile! al baile!... todo el mundo va á divertirse... hasta este zanquilargo gruñon que maldito si tiene traza de cosa buena!... y yo no puedo disponer siquiera de media hora para ver la iluminacion!... Mal haya mi suerte!... ¡Por qué se le habrá ocurrido, hoy precisamente, á esa bruja de dueña ponerse mala!... (*Mirando por la ventana.*) ¡Cuánta gente hay en la plaza! ¡Cómo brilla la fachada de Palacio!... Si adelantase el reloj, los amos se irian más pronto, y una vez fuera, yo haria una escapatoria!... No es mala idea!... probemos... (*Se encarama en una silla y adelanta el reloj, mirando siempre á todas partes temeroso de ser sorprendido.*) Ajajá!... Calle... me parece que oigo la puerta falsa del cuarto del amo... ¿Se habrá marchado? (*Mirando otra vez por la ventana.*) No; es el jorobado que se dirige á Palacio... si tambien estará convidado?... ¡Anda, anda, y como corre!...

(En este momento, Estrella, cubierta con un manto penetra por la puerta del fondo, agitada y con la mayor precipitacion: al entrar cierra la puerta.)

ESTREL. No me engaño, esta es la casa... afortunadamente no me he equivocado...

ANTON. (*Volviéndose asustado.*) Eh!... qué es esto?... quién se permite entrar aquí de rondon sin?...

ESTREL. (*Reconociéndole.*) Antonio!... Dios sea loado!...

ANTON. Qué veo?... la gitanilla de Segovia!...

ESTREL. Dónde está tu ama?... necesito verla inmediatamente.

ANTON. Imposible! ¡aquí es mucho más difícil que en España!... Las órdenes del amo, respecto á ese punto, son más severas y...

ESTREL. (*Impaciente.*) Oh!... te he dicho que es preciso, y la veré á pesar tuyo y... (*Blanca aparece.*)

ESCENA V.

Los mismos.—BLANCA con traje de baile y un dominó rosa.

BLANCA. (*Saliendo.*) Estrella! tú aquí?...

ESTREL. (*Precipitadamente.*) Lagardere está contigo, ¿no es cierto?

BLANCA. Sí.

ESTREL. ¡Gracias, Dios mio, por haberme permitido llegar á tiempo!... (*Aparte á Blanca.*) Vengo á salvaros á ambos.

BLANCA. Tú?... (*Sorprendida.*)

ESTREL. Hazle llamar inmediatamente.

BLANCA. Antonio, sube á la habitacion de tu amo y suplícale que venga en seguida. (*Antonio obedece.*)

ESTREL. Uf! apenas puedo respirar... (*Se sienta en el sillon.*) He corrido tanto! Tenía miedo de que me siguiesen y por salvarte he saltado al jardin por el balcon de mi cuarto.

BLANCA. (*Asustada.*) Ah!...

ESTREL. No te asustes, mi habitacion se halla situada en el entresuelo, pero lo mismo hubiera hecho á hallarse en un tercer piso.

BLANCA. Dios mio! y por qué?

ANTON. (*Por la puerta derecha.*) Señorita, el amo no está en su cuarto... se conoce que ha salido por la puerta falsa...

ESTREL. (*Con desesperacion y bajo á Blanca.*) ¡Entonces está perdido!...

BLANCA. Perdido!... (*Con angustia.*) ¿Qué nuevo peligro le amenaza?...

ESTREL. Silencio!... despide á ese muchacho; que vigile fuera de la puerta y que nos avise...

BLANCA. Antonio, colócate en la calle y ven á avisarnos si observas que alguien se dirige hácia aquí...

ANTON. Al momento, señorita... (*Aparte.*) Me alargaré hasta la esquina porque desde allí se ve mejor la iluminacion... (*Vase cerrando la puerta.*)

BLANCA. Ya estamos solas, habla!...

ESTREL. Razon tenias, Blanca, cuando me dijiste un dia que eras perseguida por un enemigo implacable. Ahora yo le conozco tambien y desgraciadamente es por mí por quien ha sabido tu estancia en París...

BLANCA. Cielos!...

ESTREL. Oh!... ahora estoy segura de que es á tí á quien persigue y á quien ha jurado perder... ¿No debes ir esta noche al baile del Regente?

BLANCA. Sí.

ESTREL. Y el caballero de Lagardere ¿no te ha ofrecido que allí abrazarás á tu madre?

BLANCA. Sí.

ESTREL. ¿A la cual debes entregar un pliego triplemente sellado y que encierra las pruebas de tu nacimiento?

BLANCA. Es cierto!... pero cómo has podido saber?...

ESTREL. Oh!... aún sé otras muchas cosas que tú ignoras... Sé que te llamas Blanca de Nevers, que eres hija del duque de Lorena y heredera de una gran fortuna, la cual hubiera pertenecido á tu enemigo, si hubiese podido hacerte desaparecer... Desesperando al fin de lograr su objeto ha intentado robarte tu nombre, tus bienes y el cariño de tu madre... Ha presentado en tu lugar á una pobre niña, explotando su credulidad y haciéndola cómplice del más odioso de los crímenes; pero el cielo ha permitido que la inocente cómplice escuchase, oculta detrás de un tapiz, toda la trama urdida contra tí... Ha sabido hace un momento, que ese hombre infame, para asegurar el éxito de su maquinacion, no retrocederá ante el rapto, el asesinato y toda clase de crimenes... Ella, en fin, viene á decirte: Blanca, han querido servirse de la pobre Estrella para perderte, pero á riesgo de su vida ella te salvará ó morirá contigo!... (*Estrechándola en sus brazos.*)

BLANCA. Con que eras tú!...

ESTREL. Sí, yo... pero los momentos son preciosos; no tenemos un minuto que perder... Lagardere no está aquí y es preciso asegurarte inmediatamente una proteccion más poderosa que la suya... Ven, sígueme; yo misma voy á conducirte al lado de tu madre!...

BLANCA. Qué dices? ¡abandonar esta casa cuando Enrique va á venir, cuando tal vez sea víctima del lazo que

se prepara!... Oh! jamás!... Con él debo salvarme ó morir!...

ESTREL. ¿Y el pliego en que se encierra el secreto de tu nacimiento?

BLANCA. Ah!... sí... en mi cuarto... sobre mi reclinatorio...

ESTREL. Voy, pues, á buscarlo, é inmediatamente que Lagardere se presente, partiremos juntos; pero si él no viniese, déjame ocupar su lugar y hacer por salvarte todo lo que él hubiera hecho. (*Entra en el cuarto de Blanca.*)

ESCENA VI.

BLANCA. — Despues EL NOVICIO. — CAYROL y cuatro hombres.

(Música hasta el final del cuadro.)

BLANCA. Perdóname, madre mia!... pero si en estos momentos le abandonase, seria tan ingrata como cobarde!... (*Escuchando.*) Oigo pasos en la calle... Se detienen delante de la puerta!... (*Mirando por la cerradura.*) Una litera!... (*El reloj da las doce.*) Ah!... la hora en que debia venir por mí!... (*Llaman á la puerta.*) El es!... él es!...

(Abre la puerta: el Novicio y otros dos hombres se apoderan de ella echándola un manto sobre la cabeza, á pesar de los esfuerzos que hace para desasirse.)

BLANCA. (*Con un grito desgarrador.*) Ah!!... Socorro!... So...co!... (*La tapan la boca.*)

NOVICIO. (*Sujetándola.*) Cuerno! las uñas de esta niña parecen de acero!... ya me ha señalado en la cara!... (*Llevándosela.*)

CAYROL. A la calle de San Magloire!... (*Con voz de mando.*)

ESTREL. (*Saliendo de la habitacion de Blanca con el pliego en la mano.*) Aqui está ya!... (*Viendo á Cayrol y dando un grito de espanto.*) Ah!...

(Cayrol la arrebata el pliego y queda en una postura académica, tapándola la boca, para impedir que grite, y dando tiempo á que lleguen sus hombres. Debe cuidarse mucho en este final de la colocacion de los grupos.)

FIN DEL CUADRO SEXTO.

CUADRO SÉPTIMO.

Un baile en palacio.

Tienda de terciopelo y oro, ricamente adornada, con dos entradas al fondo, detrás de las cuales se colocará un forillo de jardin. Otras dos entradas laterales, primer término: en la izquierda, gran sillon y mesa con tapete de terciopelo y recado de escribir. Esta decoracion debe hallarse combinada de manera que, en el momento oportuno, desaparezca por completo de la vista del espectador, dejando ver la magnífica y fantástica decoracion de jardin, en que se verifica el baile. Música desde momentos antes de principiar el acto.

ESCENA PRIMERA.

CHAVERNY.—NAVAILLES.—LACROIX.—Inmediatamente despues BREANT.

NAVAIL. Señores; palabra de honor que todo es extraordinario!... magnífico!...

CHAVER. Aquí tenemos ya al respetable mayordomo de su alteza, y él nos dirá si es esta la tienda reservada para monseñor el Regente!...

BREAN. Justamente, señor marqués; la cual comunica por este lado (*señalando á la izquierda*) con sus habitaciones. Este es el sitio elegido por su alteza para recibir á sus amigos y descansar algun rato, cuando lo tenga por conveniente... (*Saluda y se retira por la derecha.*)

NAVAIL. Aseguran que esta tienda ha sido fielmente copiada de un wigman de salvajes.

CHAVER. (*Riendo.*) En ese caso, no tiene duda que los salvajes son gentes que lo entienden... pero á decir

verdad, no habia llegado hasta ahora, á mi noticia, que los indios usasen el terciopelo, el nácar y los bordados de oro.

NAVAIL. Amigo mio, yo hablo por boca de ganso, el mismo adornista ha sido el que...

CHAVER. Cuidado con las alusiones!... además, yo nada pongo en duda; estas panoplias indias con sus arcos y sus flechas, estos rompe-cabezas de oro, son del más puro mohicano... En el Mississipí, señores, todo es oro!... ¡hasta el agua que beben sus naturales!... (*Riéndose.*)

NAVAIL. Positivamente que todo esto es delicioso!... Sin duda los encargados de la fiesta (*entreabriendo la cortina del foro*) han formado empeño en que nada falte al color local... Pero mirad, señores: la compañía de Guardias acaba de entrar en el patio con su nuevo uniforme.

CHAVER. (*Burlándose.*) Tambien de oro?...

NAVAIL. Hombre, no!... Siempre estais de broma!... ¿Os parece que vayamos á verlos de mas cerca, en tanto que se presenta el Regente?

CHAVER. Por mi parte vamos... así como así no tenemos otra cosa mejor que hacer.

(Vanse por el foro izquierda; al mismo tiempo entra Breant por la derecha, seguido del jorobado.)

ESCENA II.

BREANT.—EL JOROBADO.—Despues EL REGENTE y D'ARGENSON por la izquierda.

BREANT. (*Como continuando una conversacion.*) Con que segun eso eres tú el que ha escrito á monseñor esa carta que ha leido tres veces?

JOROB. El mismo.

BREANT. Y crees que te dará audiencia?

JOROB. (*Sonriendo maliciosamente.*) Tal vez.

BREANT. A un jorobado!...

JOROB. Oh!... y eso qué tiene de particular?... Lo que sí es cierto que jorobado y todo, yo acostumbro á agradecer los favores que se me hacen, y si me

conduces inmediatamente á la presencia de su alteza esta moneda de oro es tuya. (*Se la da.*)

BREANT. (*Mirando hácia la izquierda.*) Precisamente se dirige hácia este sitio. Toma tu moneda, que te devuelvo, porque no he tenido ocasion de ganarla.

JOROB. Puedes reunirla con estas otras dos (*dándoselas*) como recuerdo mio.

BREANT. (*Atónito.*) De veras? Por lo visto tu joroba produce oro!...

JOROB. Tal vez, tal vez... (*Sonriendo.*)

REGENT. (*Que entra por la izquierda, seguido d'Argenson.*) Lo que acabais de contarme me sorprende extraordinariamente. (*Viene á sentarse en el sillon, próximo á la mesa, poniéndose los guantes.*)

D'ARG. Pues todo cuanto he referido á su alteza es exacto... Una madre que rehusa recibir en sus brazos á la hija que ha llorado perdida durante quince años... Una Artemisa inconsolable que repentinamente se decide á asistir al baile... Todo esto es muy extraño, y empiezo á temer que la princesa, despues de haber sufrido tanto, su razon empieza á debilitarse...

REGENT. Yo la veré esta noche y... (*Volviéndose.*) ¿Quién está aquí?...

BREANT. Un hombre á quien vuestra alteza se ha dignado conceder una audiencia particular.

REGENT. Yo?... una audiencia?... y á quien?...

JOROB. (*Inclinándose.*) Al caballero Enrique de Lagardere, monseñor.

REGENT. Es cierto... (*Despidiendo á d'Argenson.*) Hasta luego, canciller... hasta luego...

(D'Argenson saluda y se retira por el fondo: las cortinas de la tienda se cierran.)

ESCENA III.

EL REGENTE.—EL JOROBADO.

REGENT. Acercaos... sois vos el que me habeis escrito?...

JOROB. No, monseñor. (*Con voz cascada y muy encorbado.*)

REGENT. (*Sonriendo.*) Es verdad, vos no podeis ser el caballero en cuestion.

JOROB. (*Sonriendo.*) Desgraciadamente no soy bello, ni mi figura me ha permitido seguir la honrosa carrera de las armas...

REGENT. Cómo os llamais?

JOROB. Monseñor, los desgraciados como yo no tienen otro nombre que el ridículo apodo con que las gentes de buen humor se dignan favorecerles.

REGENT. Segun parece, ese Enrique de Lagardere era, si bien un cumplido caballero, un terrible camorrista, un espadachin!...

JOROB. Hace quince años que trabaja cuanto puede por expiar sus antiguas locuras.

REGENT. Y si yo me decidiese á recibirle, ¿dónde podrán hallarle?...

JOROB. Me es imposible contestar á esa pregunta, monseñor.

REGENT. (*Levantándose y con altivez.*) Señor mio, yo sé siempre lo que quiero saber.

JOROB. Monseñor, Lagardere se halla al abrigo de toda persecucion. Si hoy tiene empeño en ver á vuestra alteza es únicamente por satisfacer una deuda de conciencia, y lo que prueba su honradez, es que esta revelacion, por motivos particulares suyos, hará tal vez la desgracia de toda su vida.

REGENT. Y quién le obligó á ello?

JOROB. Un juramento.

REGENT. Hecho á quién?

JOROB. A un hombre que iba á morir.

REGENT. Y ese hombre se llamaba?...

JOROB. Felipe de Lorena, duque de Nevers.

REGENT. (*Con sentimiento.*) Es cierto; así lo dice su carta .. Pobre Felipe!... Desde que ha muerto no he vuelto á estrechar la mano de un amigo sincero!... Pero ¿por qué ha tardado tanto el caballero Lagardere en dirigirse á mí?

JOROB. Porque ha esperado á que la hija de Felipe de Lorena se hallase en edad de conocer á sus amigos y á sus enemigos.

REGENT. ¿Es decir que no es la hija de Nevers la que hoy ha presentado á su madre el duque Gonzaga?

JOROB. No, monseñor...

REGENT. Habrá sido engañado?...

JOROR. No, monseñor...

REGENT. (*Con severidad.*) ¡Cuidado con vuestras palabras, señor mio! Semejante acusacion...

JOROB. Yo no soy quien habla, monseñor, es el caballero de Lagardere... por mi parte nada sé, ni quiero mezclarme en nada...

REGENT. Me asegurais que Lagardere posee las pruebas de todo lo que ofrece...

JOROB. Sí, monseñor.

REGENT. Inclusa la que debe confundir al asesino? porque en su escrito afirma que no solamente le conoce, sino que se hallaba en los fosos del castillo de Caylus, en el momento del asesinato.

JOROB. Tambien es cierto!...

REGENT. Y el asesino vive todavía!

JOROB. Vuestra alteza real no tendrá mas que decir una palabra y Lagardere le señalará esta noche.

REGENT. Si Lagardere se halla en París, yo lo descubriré... (*Toca un timbre.*) Mi jefe de policía sabrá encontrarle...

JOROB. (*Sacando su reloj.*) Monseñor; el caballero Lagardere me espera fuera de París y en un sitio que yo no descubriré aunque se me pusiera en el tormento... Van á dar las diez... Si antes de una hora Lagardere no recibe noticias mias, á las once su caballo galopará camino de la frontera. Los relevos están preparados y vuestra policía se molestará en vano.

REGENT. Vos me servireis de rehenes. (*Con altivez.*)

JOROB. Oh!. . (*Sonriendo maliciosamente.*) En cuanto á mí, tengo un verdadero placer en que vuestra alteza me retenga á su lado todo el tiempo que guste...

(Un secretario que aparece por la izquierda saluda y se inclina como para recibir una órden.)

REGENT. (*Al secretario.*) Extended un salvo-conducto con el nombre en blanco y el sello de mis armas. (*El secretario se retira.*) Segun parece, el caballero de Lagardere se ha propuesto tratar conmigo de potencia á potencia y me envia á su embajador!... (*Sonriendo.*)

JOROB. Bien humilde y respetuoso, monseñor.

REGENT. ¿Cuánto tiempo necesitará para presentarse en Palacio?

JOROB. Una hora, próximamente.

REGENT. Me parece bien... llegará en el intermedio del baile y el banquete. (*El secretario aparece con el salvo-conducto que presenta á la firma del Regente: éste firma y entrega el pliego al jorobado.*) Verdaderamente Lagardere no ha cometido de esas faltas que no pueden perdonarse... (*Dándole el pliego.*) Tomad; pero prevenidle que cualquier violencia de su parte romperá el efecto de esta órden.

JOROB. El tiempo de las violencias ha pasado; además, al caballero de Lagardere no le resta mas que un hombre á quien herir. Ofreció á los asesinos del duque de Nevers que ninguno escaparia á su venganza y así ha sucedido... Eran nueve y hasta el dia siete han perecido ya...

REGENT. Heridos por su mano?

JOROB. Sí, monseñor.

REGENT. Y los otros dos?

JOROB. El caballero de Lagardere me ha encargado de de decir á vuestra alteza lo siguiente: «El octavo no es mas que un criado y no le cuento; pero el noveno, que es el jefe, debe morir y morirá.» Vuestra alteza no tiene necesidad de ocupar al verdugo; inmediatamente que sea probado su crímen, Lagardere se encarga del castigo.

REGENT. Hasta dentro de una hora.

JOROB. Dentro de una hora.

REGENT. En este mismo sitio.

JOROB. No faltará. (*El Regente se retira por la izquierda seguido del secretario.*)

ESCENA IV.

EL JOROBADO. — BREANT. — Despues CHAVERNY. — NAVAILLES. — CABALLEROS.

BREANT. (*Entrando por el fondo.*) Y bien, buen hombre, ¿has conseguido tu objeto?

JOROB. Casi, casi: ahora lo que deseo es ver cómodamente la funcion.

BREANT. (*Burlándose.*) Y piensas tambien bailar?

JOROB. (*Riendo.*) Quién sabe si me dará ese capricho...

Por el pronto he traido conmigo un traje más elegante, y si tú me permites vestirme en tu cuarto...

BREANT. Con mucho gusto... Al fin y al cabo algo te debo por tus tres luises...

JOROB. Mira; únelos á estos otros cuatro y esto te probará que yo pago siempre adelantado.

BREANT. (*Atónito y aparte.*) Pero señor, ¿este hombre está relleno de oro?...

(Chaverny, Lacroix y caballeros que entran por el fondo.)

CHAVER. Calle, aquí tenemos tambien á Esopo. Vamos á divertirnos con él un rato...

NAVAIL. (*Entrando precipitadamente por la derecha.*) Señores, señores!... aquí ocurre algo extraordinario!...

UNOS. Cómo!

OTROS. Qué decís?...

NAVAIL. Bonivet dobla las centinelas y otra compañía de guardias se ha situado en la escalera... ¿qué quiere decir esto?

CHAVER. Preguntémosle al hechicero... (*Riéndose.*) El debe estar instruido de todo.

JOROB. Si lo decís por mí, señor de Chaverny, quizás no os falte razon...

CHAVER. (*Riendo.*) De veras? pues vaya, dínos qué es lo que significan semejantes precauciones...

JOROB. Señores, ¿habeis soñado alguna vez con los aparecidos? (*Colocándose en el centro y con misterio.*)

TODOS. Diablo!

CHAVER. (*Siempre burlándose.*) Mi querido Esopo, eso es demasiado lúgubre!...

JOROB. (*Con entonacion fatídica.*) Cuando más tarde ó mas temprano suena la hora de la justicia, lo cual sucede siempre; un fantasma, un mensajero de la tumba, abandona su lecho de reposo y vuelve á la tierra, porque así lo quiere Dios, á cumplir la terrible mision que le está encomendada... Entonces, hiere al fuerte y al débil, al pobre y al rico, al humilde y al soberbio, y á la hora marcada, con voz potente revela el nombre del asesino?...

NAVAIL. Un asesino!...

CHAVER. Dínos su nombre!...

TODOS. Sí, su nombre, su nombre!...

JOROB. ¡Os estremeceria si me fuese permitido pronunciarlo!... Lo que únicamente puedo deciros, es que, hace un momento, una voz amiga ha dicho al oido de su alteza: « Monseñor, el asesino se encuentra en este baile; ayer, tal vez, vuestra régia mano ha estrechado su mano sangrienta, pero esta noche, con la ayuda de Dios, el terrible vengador hará justicia!

NAVAIL. (*Serio.*) Este hombre está loco!...

CHAVER. (*Serio tambien.*) Un asesino entre nosotros? esto es ya demasiado grave...

(Movimiento de disgusto y de dureza en todos los caballeros.)

JOROB. Oh! tranquilizaos... muy pronto sabreis quién es... entretanto no pongais unas caras tan severas... Estamos en un baile!... Reid, señores, reid!... Mi fantasma gasta buen humor...

NAVAIL. Señores, nosotros no debemos permitir por más tiempo...

CHAVER. (*Furioso cogiendo de un brazo al jorobado.*) Miserable!... inmediatamente vas á declarar que ninguna de tus palabras alude á mi persona... de lo contrario...

JOROB. (*Burlándose.*) Retareis á duelo singular al pobre Esopo, que nada os hizo ni en nada os ha ofendido... (*Bajo.*) Vamos, vamos; os conozco marqués, y tengo el convencimiento que llegará el dia en que lucireis y hareis mejor uso de la magnífica hoja toledana que os regaló en Segovia el armero Enriquez!...

CHAVER. (*Sorprendido y soltándole.*) Eh?... ¿y cómo has podido tú saber?...

JOROB. Nada más natural... ¡Como que tengo pacto con el diablo!...

NAVAIL. Lo mejor será llamar á los criados y que arrojen del baile á este insolente...

TODOS. (*Menos Chaverny.*) Si, si!...

JOROB. Por Dios, señores, un poco de mas calma... mi ánimo no ha sido ofender á ninguno de vosotros!... Quién sabe si mañana, si dentro de una hora no solicitareis con afan la amistad del jorobado! Hasta entonces, dejadme reir, dejadme que me divierta... (*Animándose gradualmente hasta la terminacion.*)

Sí, sí; dejadme reir de esos escamoteadores de fortunas y de herencias!... Dejadme reir de tantas ambiciones miserables y bastardas que brotan continuamente alrededor del trono. De esos aduladores del poder á quienes el rubor no escalda jamás el rostro, y cuyo irritante orgullo no conoce límites!... De esas reputaciones usurpadas que las mas veces solo tienen por base la bajeza, la infamia y el crímen!... Dejadme reir tambien de esos espíritus inquietos que en su desmedida ambicion no vacilarian en sumir á su patria en un lago de sangre!... Dejadme reir, dejadme reir... Já!... já!... já! (*Riendo á carcajadas.*) Tiempo nos sobra para llorar!...

(Sale precipitadamente por el foro: todos quedan como preocupados sin atreverse ninguno á detenerle: Navailles, sin embargo, despues de un momento de duda, le sigue.)

ESCENA V.

Los mismos, despues GONZAGA.

CHAVER. Señores, positivamente ese jorobado es un hechicero!

GONZAG. (*Entrando por la derecha.*) De quién hablais?

CHAVER. De quién ha de ser, de Esopo que acaba de decirnos unas cosas!... Lo que no comprendo es cómo ese hombre se halla en el baile...

GONZAG. Porque á mí se me ha ocurrido la idea de hacerle invitar!...

TODOS. Vos? (*Con sorpresa.*)

CHAVER. Pues ha sido un capricho!...

GONZAG. (*Aparte.*) Veremos si me cumple su palabra...

NAVAIL. (*Entrando muy sofocado por la izquierda.*) Señores, esto ya es grave!... El intendente de policía debe hallarse sobre la pista de algun complot.

CHAVER. Por qué?

NAVAIL. En nombre del Regente acaba de darse órden de permitir la entrada á todo el mundo, pero no dejar salir á nadie.

GONZAG. (*Aparte.*) Lo comprendo: Lagardere está anunciado, y solo por él se toman estas precauciones... (*Alto.*) Y no habeis visto á Cayrol, mi mayordomo?

NAVAIL. No... (*Mirando á la izquierda.*) Pero aquí tenemos ya al Regente y á la princesa Gonzaga!...

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—EL REGENTE.—LA PRINCESA.—D'ARGENSON.—Cortesanos, Guardias que quedan en el fondo.

REGENT. Apoyaos en mi brazo, señora; despues de un retiro de tantos años, necesariamente estas luces, esta atmósfera y esta animacion deben fatigaros mucho.

PRINC. Ah!... Monseñor!... Si he consentido al fin en abandonar mi soledad y mis tristes recuerdos, es que esta noche...

REGENT. Esperais á una persona que, invocando el nombre de Nevers, os ha prometido venir...

PRINC. Sí, monseñor.

REGENT. Yo tambien espero al caballero Enrique de Lagardere.

PRINC. El me ha ofrecido devolverme mi hija.

GONZAG. (*Aparte.*) Qué se dirán?...

REGENT. Sabeis, señora, que ese hombre lleva su audacia hasta acusar á vuestro esposo de una odiosa intriga?

PRINC. Dice que tiene pruebas.

REGENT. Permitidme que lo dude. Desgraciado de él si es un impostor!...

GONZAG. (*Aparte.*) Siempre altiva!... Siempre orgullosa!... Oh!... ya me llegará mi vez.

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—BREANT.

BREANT. (*Anunciando.*) El señor Law, director de la compañía de las Indias...

REGENT. Es el héroe de la fiesta, pues este baile le doy en su

obsequio... Señores, ocupad vuestros asientos; el baile va á empezar.

(El Regente, la princesa y todos los convidados ocupan los asientos á derecha é izquierda: dos criados retiran la mesa y el sillon. Inmediatamente despues latienda desaparece á la vista del espectador y deja ver un espléndido y fantástico panorama. Es un magnífico jardin que representa un rico paisaje de la Luisiana. Los árboles rodeados de flores, las montañas azules y el rio de arenas de oro, del Mississipí. En todas las entradas de los bastidores magníficos candelabros representando palmeras de oro, y las bujías arden en vasos de cristal que representan flores exóticas: grupos de jóvenes indias y de guerreros fumando en largas pipas (calumets.) A derecha é izquierda gradas en que se hallan colocados el Regente, la princesa, Gonzaga, damas, caballeros, guardias etc.)

BAILE.

ESCENA VIII.

Los mismos, y el capitan BONIVET, con espada en mano: momentos despues LAGARDERE con traje elegante de militar.—Ruido y movimiento fuera de la escena.

Regent. Qué sucede, capitan?...

Boniv. Monseñor, un caballero ha pretendido salir de palacio forzando la consigna.

Regent. (*Con severidad.*) Y quién es el atrevido que intenta desobedecer mis órdenes?...

Boniv. Un terrible adversario, monseñor!... No solo ha herido á dos guardias que le impedian el paso, sino que ha cruzado su espada con la mia.

Regent. Pero quién es?...

Boniv. Monseñor, nadie le conoce; pero en honor de la verdad, al solo nombre de vuestra alteza ha desistido de su agresion...

Regent. Prendedle inmediatamente y que sea conducido á mi presencia...

Lagar. (*Saliendo de entre los grupos.*) Es inútil; yo mismo vengo á ofrecerme respetuosamente á las órdenes de vuestra alteza.

REGENT. (*Con severidad.*) Cuál es vuestro nombre?

LAGAR. El caballero Enrique de Lagardere. (*Movimiento general.*)

REGENT.
PRINC.
GONZAG.
CHAVER. } Lagardere!!...

CHAVER. (*Aparte.*) Mi armero de Segovia!

REGENT. Vuestro emisario ha debido deciros cuáles eran mis condiciones... Menospreciándolas habeis tratado de violentar una consigna dada por mí, habeis cruzado vuestra espada con uno de mis oficiales, y verdaderamente, caballero, es hacernos arrepentir demasiado pronto de nuestra clemencia.

LAGAR. Monseñor, si he procurado salir del baile, era porque un deber sagrado me llamaba á otra parte; por responder á este llamamiento no hubiera vacilado en derramar mi sangre; pero temeroso de incurrir en la desgracia de vuestra alteza, á su solo nombre he bajado la punta de mi espada, y yo mismo vengo á presentarme.

PRINC (*Bajo al Regente.*) No olvideis, monseñor, la importancia que merece lo que nos ha prometido...

REGENT. Bien necesito no olvidarlo, para suspender el castigo que merece su osadía. (*A d'Argenson.*) Señor canciller, reunid inmediatamente todos los individuos que hace algunas horas y en el palacio de Gonzaga componian el tribunal de familia...

ARGENS. Todos se hallan presentes, monseñor.

REGENT. Está bien... (*Llamando.*) Capitan, una palabra...

(Bonivet se acerca respetuosamente á recibir la órden que en voz baja le da el Regente. Durante este aparte y en tanto que la princesa habla en el lado izquierdo con Chaverny, Lagardere se aproxima á Gonzaga que ha quedado en el lado derecho, primer término, y le dice bajo y con mucha intencion.)

LAGAR. (*A Gonzaga.*) Hace diez y seis años, en la noche del 12 de Diciembre de 1705, os anuncié que si no buscabais á Lagardere, Lagardere os buscaria... Duque Gonzaga, ha llegado la hora y *Héme aquí.* (*Dirigiéndose á la princesa y con profundo respeto.*) Señora, lo mismo aquí que en los fosos del castillo de Caylus, y que en vuestro oratorio, soy siempre el

mas sincero, el mas respetuoso servidor de vuestra alteza.

GONZAG. (*Aparte.*) El jorobado me ha cumplido su palabra, pero Cayrol no parece, y su tardanza empieza á inquietarme.

PRINC. (*Con afan.*) Pero y mi hija, caballero, dónde está mi hija!

LAGAR. Precisamente en su busca me dirigia cuando los guardias de su alteza me han impedido salir.

(Cayrol entra en escena y se desliza sin ser apercibido hasta colocarse á la izquierda de Gonzaga.)

CAYROL. (*Bajo á Gonzaga.*) Monseñor!...

GONZAG. (*Volviéndose.*) Ah!... y la jóven? y el pliego?

CAYROL. (*Bajo*) Todo se halla en nuestro poder.

GONZAG. (*Con alegría feroz y aparte.*) Oh!... ahora tiembla, Lagardere!... no esperes ni gracia ni perdon... (*Alto.*) Monseñor, suplico á vuestra alteza que no se despida á nadie. Si un hombre como el caballero de Lagardere necesita rodearse de sombra y de misterio, yo, por el contrario, seguro de mi conciencia y apoyado en mi derecho, exijo la luz y la publicidad!... Ese hombre viene hoy aquí á mantener una grave acusacion contra mi persona y yo desearia que pudiera escucharla todo el mundo, para confundir para siempre una calumnia infame!...

REGENT. Tranquilizaos, señor de Gonzaga, si este caballero no cumple su palabra, público y ejemplar tambien será su castigo

GONZAG. Poco habré de esforzarme, para aterrar á mis calumniadores. En primer lugar, no veo al lado del señor de Lagardere, la persona que pretende ser la hija de Felipe de Lorena y que habia prometido presentar á vuestra alteza.

REGENT. En efecto, ¿por qué esa persona no os acompaña?

LAGAR. (*Con tranquilidad.*) Monseñor, antes de nada he querido asegurarme si me seria permitido llegar hasta la presencia de vuestra alteza y vine solo; pero calculando que podria ser detenido en Palacio, bien por la voluntad de vuestra alteza bien por otra circunstancia cualquiera, (*mirando con intencion á Gonzaga*) he tomado mis medidas de antemano. A las doce en punto la señorita de Nevers será

conducida á esta tienda y ella misma presentará á monseñor las páginas arrancadas al registro de la capilla por Blanca de Caylus; precioso depósito, que por error, me confió ella misma al entregarme su hija hace diez y seis años.

PRINC. Es cierto!...

REGENT. Y ese pliego decís que se halla en vuestro poder?

LAGAR. Hace algunas horas, y para evitar su pérdida, si yo desgraciadamente era víctima de una asechanza, lo entregué á la señorita de Nevers.

GONZAG. Si es así, suplico á vuestra alteza que permita al caballero de Lagardere que vaya, acompañado de una escolta, en busca de esas terribles pruebas. Preciso es que concluyamos de una vez con esta ridícula farsa!... (*Sacando el reloj.*) Es más de la media noche y nadie se presenta que pueda probar...

REGENT. Señor capitan, acompañad al caballero Lagardere...

PRINC. (*A Lagardere.*) Oh! sí, partid... partid!...

LAGAR. (*Disponiéndose á marchar y despues de haber observado atentamente á Gonzaga, cuya insolente seguridad le sorprende.*) Señora!... rogad al cielo que no llegue demasiado tarde!... Ah!...

(En el momento que va á salir, Macario se destaca de entre la multitud y se coloca en primer término, dejando caer á los piés su guante. Lagardere da un grito.)

PRINC. (*Con ansiedad.*) Qué os detiene?... qué motiva vuestra turbacion?... qué significa esa palidez?...

LAGAR. (*Desesperado.*) Ah!... Señora!... ¡Cuando hace un momento pretendí salir de palacio, es que una voz secreta me decia que la hija de Nevers se hallaba en peligro!...

PRINC. (*Con fuerza.*) En peligro!... mi hija!... Oh! pero yo... su madre sabrá defenderla...

LAGAR. ¡Quién sabe si á estas horas no será ya más que un cadáver!...

TODOS. Muerta!...

LAGAR. Me ha sido robada!... (*Lagardere mira á Macario y este hace con la cabeza una señal de asentimiento.*) Estoy seguro; y como el autor de este atentado no conoce freno ni ley, tal vez no ha retrocedido ante este último crímen!... Monseñor, héme aquí solo y sin pruebas, á merced de mi ene-

migo; pero Dios es justo y aún espero un milagro. Tres dias, monseñor, concededme tres dias! (*Con desesperacion.*)

GONZAG. (*Con fuerza.*) Alteza, mandad que desarmen y prendan á ese hombre!...

REGENT.
PRINC.
CHAVER. } Por qué?

GONZAG. Por asesino!...

TODOS. Un asesino!...

GONZAG. Hace diez y seis años que aguardo este momento y el cielo es justo... Felipe de Nevers será hoy vengado por Felipe de Orleans!...

PRINCES. El!... el... asesino de Felipe!... imposible!...

LAGAR. (*Sin desconcertarse.*) Monseñor, en la carta que he tenido el honor de dirigir á vuestra alteza le decia, que por mí mismo y en los fosos del castillo de Caylus habia hecho una señal en la mano derecha del asesino... Pues bien, esa señal, esa cicatriz... miradla todos!... (*Cogiendo con fuerza el brazo de Gonzaga y presentándolo.*)

PRINC. (*Con alegria.*) Ah!...

REGENT. Defendeos, Gonzaga, la acusacion es grave.

GONZAG. (*Que se ha turbado un momento, consigue dominarse y dice con mayor altivez.*) Defenderme!... Yo he venido aquí para acusar y acuso!... Si; esta cicatriz ha sido hecha per la espada de Lagarder!... Sí, en los fosos de Caylus la he recibido, pero defendiendo contra ese hombre al desgraciado Felipe de Lorena! Señores, por mi honor de caballero afirmo que ese hombre es el asesino de Nevers; en su consecuencia, yo, Felipe de Mantua y duque de Gonzaga, acuso á Enrique de Lagardere de rapto, violencia y asesinato y pido que con urgencia se instruya su proceso por la cámara ardiente!...

REGENT. Señor de Lagardere, entregad vuestra espada á mi capitan de guardias.

(Despues de un momento de reflexion, entrega su espada al capitan en seguida se dirige á Gonzaga y haciendo un violento esfuerzo le dice.)

LAGAR. (*A Gonzaga.*) Duque Gonzaga; si me dejo desar-

mar, es porque estoy convencido que aún no ha sonado tu hora... Yo elegiré la mia!...

BONIV. Seguidme, caballero.

LAGAR. (*Al Regente con entonacion respetuosa.*) Vuestra alteza ha olvidado sin duda que conservo en mi poder un ámplio salvo-conducto, que me hace libre...

GONZAG. Sí, pero arrancado por sorpresa y con engaño!...

REGENT. (*A Lagardere.*) Teneis razon, caballero, mi firma es sagrada... libre sois, pero solo os concedo cuarenta y ocho horas para pasar la frontera.

GONZAG. (*Aparte.*) Condenacion!... (*A Cayrol bajo.*) Es preciso que esta vez no se nos escape.

(Señal de asentimiento de Cayrol que se desliza entre los grupos y desaparece.)

REGENT. (*A Lagardere.*) Ya lo habeis oido... salid.

LAGAR. (*Haciendo pedazos el pliego.*) Monseñor, os devuelvo vuestra palabra!... De esa libertad que me ofreceis y que legítimamente se me debe, solo acepto veinticuatro horas. Con la ayuda de Dios es todo lo que necesito para desenmascarar á un infame y hacer triunfar la noble causa que defiendo!... (*Con arrogancia y creciendo en entonacion.*) Basta de humillacion!... levanto con altivez mi cabeza, y por mi honor de caballero, que vale tanto como el mejor de todos vosotros; (*en tono de reto y volviéndose á todos los cortesanos*) yo, Enrique de Lagardere, prometo y juro que mañana á esta misma hora la princesa Gonzaga tendrá su hija y Nevers su venganza!... Ahora... Plaza, señores, plaza!... recobro mis derechos!...

(Saluda respetuosamenle al Regente y atraviesa con altivez por entre los grupos que le abren calle. El Regente y Chaverny sostienen á la princesa próxima á desmayarse.)

FIN DEL CUADRO SÉPTIMO.

ACTO CUARTO.

CUADRO OCTAVO.

La justicia de Lagardere.

Angulo del muelle de Tullerías y del Puente de la Conferencia (hoy Puente Nuevo.) De izquierda á derecha, empezando en el segundo bastidor, barbacana del puente, medio derruida en el centro y formando una especie de boquete. El puente ó barbacana empieza en la izquierda, prolongándose en sesgo, con inclinacion ó direccion al tercer bastidor de la derecha; pero dos varas antes tuerce la barbacana en direccion izquierda formando calle, que se prolonga en línea recta hácia el foro. Fondo de nubes sobre un cielo oscuro, estrellado, pero iluminado un tanto por la luna que riela en las aguas del rio. Un pié de hierro con un farol encendido en la derecha. Varios escombros y piedras de distintos tamaños al pié de la barbacana, sobre los cuales aparece tendido Lagardere. La escena oscurísima.

ESCENA PRIMERA.

LAGARDERE, herido.

Cobardes!... Viéndome desarmado me han herido!.. Los asesinos me persiguen por todas partes y no puedo huir ni defenderme!... La pérdida de sangre ha debilitado mis fuerzas, y me es imposible dar un un paso mas!... Ah!... suena ruido por ese lado... (*Señalando á la izquierda y levantándose*

trabajosamente.) Sí; veo brillar una espada!... Y no tener yo un arma con que defenderme!!.. (*Buscando alguna cosa para defenderse.*)

MACAR. (*Dentro á media voz.*) Lagardere!... Lagardere!...

LAGAR. Esa voz!...

MACAR. (*Entrando precipitadamente.*) Lagardere!...

LAGAR. Aquí!... Aquí!... (*Macario tira la espada y corre á sostener á Lagardere que vacila: despues le vuelve á colocar en las piedras.*)

MACAR. Vientre de Satanás!... Al fin os encuentro!... y herido!...

LAGAR. Pronto... pronto... un pañuelo para detener la sangre!... (*Macario le desabrocha la levita; reconoce la herida y le coloca el pañuelo.*)

MACAR. Afortunadamente la herida es en el hombro y no vale nada... Pero quién es el miserable que os ha puesto en ese estado?...

LAGAR. Cayrol!...

MACAR. Por la cuerda de Judas!... Preciso es concluir de una vez con ese bribon!...

LAGAR. (*Colocándose mas cómodamente en las piedras ayudado de Macario.*) Déjame así... me parece que me encuentro algo mejor...

MACAR. Reclinad la cabeza en mi brazo y respirad un poco.. (*Macario con la rodilla en tierra sostiene á Lagardere.*) Ahora bien, habeis de saber que no pudiendo alcanzaros, me propuse hacer perder la pista á los esbirros de Gonzaga, y tomé carrera en direccion opuesta, gritando: «Lagardere... Lagardere!...» Cayeron en el lazo, y Dios sabe si los he hecho correr!... Cuando me perdieron de vista, he retrocedido, por ciertas callejuelas que me son bien conocidas, y al fin he conseguido encontraros...

LAGAR. Pero y Blanca!... Blanca, qué ha sido de ella?...

MACAR. Ya me comprenderiais en el baile, que cuando llegué á la calle de Chantre, me encontré con la jaula vacía...

LAGAR. Habia desaparecido?...

MACAR. Precisamente; pero llegó á mi noticia que el imbécil de mi sobrino no era extraño á esta aventura y, por Barrabás!... poco ha faltado para hundir el cráneo al tal chorlito... pero paso este detalle que no hace al caso; lo que sí debo deciros es que ese

pilluelo ha escapado ileso de mis manos, á condicion únicamente de venir á decirnos el sitio en que han encerrado á la muchacha...

LAGAR. Segun eso, él sabe dónde se halla?...

MACAR. Sin duda alguna...

LAGAR. (*Haciendo esfuerzos para levantarse.*) Ayúdame; vamos...

MACAR. Imposible!... no podeis dar un paso...

LAGAR. No... este descanso me ha hecho recobrar las fuerzas perdidas... corramos en busca de tu sobrino...

MACAR. Quieto, voto á cribas! si mi sobrino vendrá á reunirse con nosotros!... no tenemos mas que esperarlo aquí... pero sí, no cabe duda... (*escuchando*) él es el que se acerca... esas pisadas de elefante no pueden ser más que las suyas... (*En el bastidor y á media voz.*) Vamos pronto, pilluelo!... llega... (*Modesto entra en la escena*) y contempla la nueva hazaña de tu amigo Cayrol.

MODEST. Nuestro parisien!... nuestro ídolo!... (*Corriendo á Lagardere.*)

LAGAR. (*Sin levantarse.*) Blanca!... dónde está Blanca!...

MODEST. Encerrada en la casa de recreo de Gonzaga, calle de San Magloire.

LAGAR. Vais á conducirme inmediatamente!...

MODEST. Imposible!... todas las calles están guardadas por los esbirros y por cierto que son tantos como piedras...

(Toda esta escena debe ser muy animada.)

MACAR. (*Que va ha escuchar al bastidor derecha.*) Silencio... los chacales por lo visto han tropezado nuevamente con la pista...

MODEST. (*Tirando de la espada.*) Caspitina! preparémonos á recibirlos como se merecen.

MACAR. (*Cogiendo su espada del suelo.*) Y si es preciso hagámonos matar defendiendo á nuestro amigo...

LAGAR. No... no; vuestro sacrificio seria inútil y yo lo que necesito es salvar á Blanca!... Apelemos mas bien á la astucia... que esa gente me crea muerto, y que sois vosotros los que me habeis dado el último golpe...

(Lagardere se coloca sobre las piedras en una posicion que aparezca como muerto.)

MODEST. No es mala idea!...

MACAR. Magnífica!... ensangrentado y pálido como os hallais, es fácil que lo crean; pero si no sucede así... Rayos y truenos!...

MODEST. Silencio... ya los tenemos encima... Este buen señor de Cayrol!... con que ha sido él el que se ha permitido...

MACAR. Calla!...

MODEST. Decididamente no pasa de esta noche sin que yo me encargue de hacerle la última caricia...

(Ambos, con las espadas en la mano, permanecen á pié firme á los piés de Lagardere, ocultándole hasta el momento oportuno.)

ESCENA III.

LOS MISMOS.—CAYROL, y cuatro esbirros, con las espadas en la mano y una linterna con la que vienen reconociendo el suelo y siguiendo un rastro de sangre.

CAYROL. Lo veis!... habiais perdido el rastro, mirad; Lagardere á pasado por aquí; no tenemos mas que seguir el camino que nos indican estas manchas de sangre... Ah!...

(Retrocediendo al encontrarse con Macario y Modesto, los cuales se quitan respetuosamente los sombreros.)

MACAR. No necesitais ir mas lejos, excelente señor de Cayrol!...

CAYROL. Eh?... qué decís?...

MACAR. Digo que Lagardere, ligeramente herido por vos, hemos tenido nosotros la dicha de rematarlo... Mi sobrino y yo estábamos aquí y...

MODEST. Si señor, yo tambien estaba... y con la mayor cortesía...

CAYROL. (*Como dudando.*) Será cierto!...

MACAR. (*Separándose y señalando á Lagardere.*) Miradle...

MODEST. (*Mismo juego.*) Vedle...

CAYROL. (*Retrocediendo.*) Lagardere!...

MACAR. No tembleis... ya no es mas que un cadáver!...

MODEST. (*Con aire compungido.*) *Pulvis sumus!...*

CAYROL. (*Como dudando todavía.*) Pero estais bien seguros...

MACAR. Podeis convenceros, si gustais...

CAYROL. (*Despues de haber mirado con la linterna pero á cierta distancia.*) No, me basta... estoy convencido... (*Con alegría.*) Victoria!... Ahora es necesario que dos de vosotros, (*señalando á dos de los suyos*) vayan volando á palacio y reservadamente comuniquen al señor de Gonzaga tan fausta noticia!... (*Vánse dos esbirros.*) Al fin podremos siquiera dormir tranquilos!... pero yo estoy muy fatigado y bueno será que me traigan aquí mi litera, que he dejado á la entrada de la calle... id vosotros á avisar... (*Vánse los otros dos esbirros.*) Apenas puedo dar un paso, me ha hecho correr tanto ese endemoniado!...

MACAR. }
MODEST. } (*A duo y con entonacion burlona y zalamera.*) Y está contento de nosotros el buen señor de Cayrol?... (*Envainando sus espadas.*)

CAYROL. Oh!... sí, sí; habeis concluido con ese pícaro á quien creia invulnerable!... pero nadie me podrá disputar el honor de haberle dirigido la primer estocada...

MODEST. Oh!... no, seguramente!... y este buen servicio os será contado en el otro mundo... (*Aparte.*) Pero primero... en este.

CAYROL. (*Frotándose las manos lleno de satisfaccion*) Oh!... bien sé yo lo que esta estocada me va á producir!...

MODEST. (*Aparte.*) Oh!... no, no es fácil que lo sospeches!...

CAYROL. (*Hablando aparte.*) En primer lugar me dirigiré á la calle de San Magloire... precisamente aquí tengo la llave del jardin...

LAGAR. Esa llave!... (*Incorporándose un poco á Macario y Modesto.*) La necesito...

MACAR. (*Bajo y con precipitacion.*) La tendreis...

CAYROL. (*Volviéndose un poco asustado.*) Eh!... qué es eso? Me ha parecido oir...

MODEST. (*Dejando caer el sombrero.*) No es nada... mi sombrero que ha caido al suelo...

CAYROL. No sé por qué, pero no estaré tranquilo hasta ver á ese endemoniado quince piés bajo tierra... pero calle!... Vamos á proporcionarle una sepultura más

fresca: el rio es profundo por este sitio... atadle de piés y manos, colgadle una piedra al cuello y al agua con él...

(Todo este parlamento lo dice sin mirar al grupo: durante este tiempo Lagardere se ha levantado y viene á colocarse, cruzado de brazos, á la izquierda de Cayrol, por manera que en uno de sus paseos y al volverse, se encuentra con él de frente: á la derecha de Cayrol se han colocado Modesto y Macario.)

CAYROL. (*Dando un grito.*) Ah!...

LAGAR. (*Con severidad.*) Agarrotad á ese hombre.

(Macario y Modesto lo ejecutan: Modesto le sujeta los brazos al cuerpo con su cinturon; Macario los piés con un pañuelo.)

CAYROL. (*Aterrado y procurando desasirse.*) Lagardere!... ah!... socorro... soco...

LAGAR. Ponedle una mordaza...

(Macario le pone una mordaza con su misma corbata.)

MACAR. Ya está!...

LAGAR. La llave de la puerta del jardin.

MODEST. Tomadla... (*Dándosela.*) Aquí tambien hay un bolsillo...

LAGAR. Guardadle para vosotros.

MACAR. Y ahora?...

LAGAR. (*Con entonacion fiera.*) Al Sena con él...

(Macario lo coge por los piés, Modesto por la cabeza y se aproximan al parapeto, balanceándolo.)

MODEST. Es lógico!...

MACAR. Paso, paso á la justicia de Lagardere!...

(Lanzan á Cayrol al rio y se oye perfectamente el ruido del agua; despues cogen cada uno una enorme piedra y la arrojan tambien, como para evitar que el cuerpo no quede á flote.)

LAGAR. Ahora, partamos...

MACAR. A pié? qué disparate!... estais muy débil y ese buen señor de Cayrol lo ha previsto todo... Su litera se aproxima... poneos su capa y su sombrero, que vais á ocupar su lugar...

(Le ponen precipitadamente la capa y el sombrero de Cayrol: Lagardere se oculta bien con el embozo.)

Llevareis guardias de corps á la portezuela, ni más ni ménos que S. M. Luis XV...

(La litera aparece conducida por dos lacayos: otros cuatro criados con antorchas, dos delante y dos detrás.)

MODEST. (*A los lacayos.*) Abrid, abrid pronto... el señor se ha puesto un poco malo...

(Lagardere entra en la litera; los lacayos la suspenden y principian á andar.)

Con cuidado... no hay que precipitarse, galopines!... y poco zangoloteo... despacito, que puede marearse!... (*Tira de su espada y se coloca en la puertecilla de la izquierda.*)

MACAR. (*Imitándole y colocándose al frente, detrás de los dos primeros criados que llevan antorchas.*) ¿A dónde nos dirigimos?

LAGAR. (*Sacando la cabeza por la ventanilla.*) A la calle de San Magloire!...

MODEST. En marcha...

MACAR. (*Con voz de mando.*) A la calle de San Magloire!...

FIN DEL CUADRO OCTAVO.

CUADRO NOVENO.

El contrato de boda.

Gabinete de la casa de Gonzaga, con puerta al fondo y cuatro laterales. Decoracion cerrada. Con el objeto de que luego pueda variarse la decoracion instantáneamente, no habrá otros muebles que una mesa con tapete de terciopelo y recado de escribir en la derecha con un gran sillon al lado: dos sillones á derecha é izquierda de la puerta del foro, y un camapé en la izquierda, primer término.

ESCENA PRIMERA.

GONZAGA entrando por la puerta del foro, seguido de un criado, al que entrega su sombrero.

GONZAG. Dices que Cayrol no ha vuelto aún?

CRIADO. No, monseñor.

GONZAG. Tan luego como se presente, díle que le espero en este gabinete; y si viniese algun recado de su parte ó cualquier persona comisionada por él, la conducirás á mi presencia.

CRIADO. Inmediatamente, monseñor. (*Vase.*)

ESCENA II.

GONZAGA solo, sentándose y reflexionando.

La pobre gitana llora su principado perdido... Acabo de verla, y en vano he procurado calmarla, ofreciendo indemnizarla generosamente... En cuanto á

la otra jóven, no tiene duda... es efectivamente la hija de Nevers.. es el vivo retrato de su padre, y la princesa al verla, no vacilaria un momento en reconocer á su hija!... Afortunadamente no la verá... El tal Lagardere era un hombre hábil!... Antes de devolver la hija á la madre se habia hecho adorar por la niña, hasta el punto de tenerla medio loca!.. sus labios no saben pronunciar otro nombre!...

ESCENA III.

GONZAGA.—MACARIO.—MODESTO.—El criado.

Criado. (*Anunciando.*) De parte del señor de Cayrol...

Gonzag. En fin!...

(Despide con un gesto al criado y hace aproximar á Macario y Modesto que le saludan profundamente. En toda esta escena han de marcar bien la ironía los dos aventureros.)

Macar. (*Bajo á Modesto.*) No tengas miedo, chorlito!... hablemos poco... y hablemos bien.

Gonzag. Acercaos, mis valientes... Por qué Cayrol no viene con vosotros?

Macar. Si no ha vuelto, no debe culparse á ese excelente servidor...

Modes. Ay! no... no seria justo. Algo hubiera dado por venir en nuestra compañía!... (*Macario le da un puntapié por detrás.*)

Gonzag. Sabeis dónde ha ido?

Macar. Casi... casi...

Modes. (*Siempre con aire de timidez é inocencia.*) Yo supongo que ahora estará hácia el sexto puente del Sena... ¿No es verdad, tio?

Macar. Es probable.

Gonzag. Y por qué ha salido de París?

Macar. Por ocuparse, sin duda, en el servicio de monseñor. Lo que hay cierto es que no emprendia con gusto este pequeño viaje... (*Con intencion.*)

Modes. No; oh! no.

Gonzag. En fin; puesto que estais aquí vosotros, que Cayrol se vaya al diablo...

MODES. (*Aparte.*) Es precisamente donde va.

GONZAG. Lagardere ha muerto, ¿ no es verdad? ¿ Y es á vosotros á quien debo este servicio?

MACAR. Creed, monseñor, que no hemos hecho mas que cumplir con nuestro deber.

MODES. Deber de reconocimiento y obediencia, monseñor!

GONZAG. Bueno, bueno; sereis bien pagados.—¿ Qué habeis hecho del cadáver?

MODES. Ese excelente señor de Cayrol nos ordenó que lo echáramos al rio... y... eso es lo que hemos hecho. (*Con intencion muy marcada.*)

GONZAG. (*Respirando.*) Entonces todo va bien. La señorita de Nevers está en mi poder; Lagardere ha muerto y tengo entre mis manos el arma con que me amenazaban No puedo pedir mas... Me habeis servido fielmente, y no tendreis que quejaros de la recompensa.

MACAR. Algun derecho tenemos á vuestra gratitud, es verdad; pero, ¡por mi vida! debemos confesar lealmente que si hemos llevado felizmente á cabo el negocio, es gracias á...

GONZAG. A Cayrol?...

MACAR. }
MODES. } ¡Oh! no, monseñor!

GONZAG. Os ha ayudado algun otro?

MACAR. Sin ese auxiliar, que el cielo recompense, Lagardere nos hubiera escapado entre las manos...

GONZAG. Y quién es ese hombre?

MACAR. No conozco de él mas que la joroba.

MODES. Una joroba magnífica!...

GONZAG. ¡Ah! Esopo?...

MODES. Se llama Esopo? ¡Bonito nombre!...

MACAR. En una palabra, ese ser contrahecho... (*Modesto rie para sí y tira de la capa á Macario*) es quien verdaderamente ha muerto á Lagardere.

GONZAG. ¡Cómo!...

MACAR. Vais á comprenderme.

MODES. (*Aparte á Macario.*) Hablemos poco y hablemos bien!...

MACAR. (*Aparte.*) No tengas miedo... (*Alto.*) Monseñor sabe que Lagardere salió desarmado del Palacio Real...

GONZAG. Creo que sí...

MODES. Era una ocasion única...

MACAR. Y que sin nuestro hombre no se aprovecha... A su salida, Lagardere fué rodeado, perseguido por nosotros y herido, en fin, aunque ligeramente, por ese excelente señor de Cayrol.

MODES. Su celo excede á su musculatura...

MACAR. Cuando llegamos á su alcance, Lagardere estaba ya lejos y no era fácil hallar la pista en el laberinto de callejuelas del barrio de San Honoré... Ibamos pues desorientados á tomar á la derecha, cuando vimos salir tras un guarda-canton mas alto que él, á un jorobado que nos gritaba: (*Remedando.*) «A la izquierda!... ha tomado por la izquierda... va desangrándose y es nuestro... Seguidme:» y echó á correr como si no llevara nada á la espalda... Llegamos al malecon, y en efecto, allí encontramos á Lagardere que, rendido por la carrera y la falta de sangre habia caido junto al parapeto... El jorobado nos llevó á él gritando: «matadle!... matadle!»

MODES. Muy bien!... muy bien!...

GONZAG. Siempre ese jorobado! Pero por qué ha hecho todo eso?...

JOROB. (*Llegando por el fondo y saludando.*) Vengo á decíroslo, monseñor.

GONZAG. ¿Vos?...

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—El JOROBADO, por la izquierda.

JOROB. (*Bajo á Gonzaga.*) Pero yo no hablaré hasta que estemos solos...

GONZAG. (*A Macario y Modesto.*) La recompensa que debo á Esopo no disminuirá la vuestra, mis bravos... Voy á extenderos una órden para que mi tesorero os entregue diez mil libras.

MODES. (*Agradablemente sorprendido.*) Diez mil libras!...

MACAR. (*Aparte y dándole un codazo.*) Calla, imbécil! no conoces que ese hombre nos roba? Lagardere vale un millon!...

(Gonzaga se sienta á escribir de espaldas al grupo: los apartes del jorobado á Macario y Modesto deben ser dichos con precipitacion.)

JOROB. (*Haciendo seña á Macario para que se acerque; este lo verifica, colocándose de espaldas á Modesto, el cual da frente á Gonzaga para prevenir si este vuelve la cabeza.*) Estás convencido de que el pliego se halla en poder de Gonzaga?...

MACAR. (*Bajo.*) Seguro!...

JOROB. (*Bajo.*) Inmediatamente que salgas de aquí, corre, vuela al palacio Gonzaga, y haz que lleguen sin demora estas dos cartas á su destino, una para la princesa, la otra para Chaverny...

MACAR. (*Bajo.*) Basta!...

(Juego de Macario y Modesto, los cuales giran sobre sus talones, cambiando de situacion; es decir, Modesto para escuchar al jorobado, Macario para observar á Gonzaga. Este continúa escribiendo.)

JOROB. (*A Modesto bajo.*) Conoces la habitacion donde han escondido á Blanca?...

MODES. Perfectamente.

JOROB. A toda costa es preciso que esta carta llegue á sus manos (*Entregándosela.*)

MODES. La doncella no me mira con malos ojos y...

JOROB. Silencio!...

(El jorobado se retira mas á la izquierda: Modesto viene á colocarse en su primera situacion, próximo á Gonzaga.)

GONZAG. (*Que ha terminado de escribir y levantándose.*) Tomad, ya sois ricos; pero quiero daros tambien un consejo... El aire del campo, el de España ó el de Italia, por ejemplo, es mucho mas sano que el de París...

MACAR. Entendido!...

(Gonzaga les presenta la órden que toma Modesto con alegría, pero al ir á guardarla en el bolsillo, Macario se la quita y la guarda él: Modesto le mira como resentido, pero dominado siempre por la superioridad de su compañero. Ambos se inclinan y se retiran, marchando hácia atrás y demostrando el mayor respeto: la puerta del fondo se cierra despues de su sasalida.)

ESCENA V.

GONZAGA.—EL JOROBADO.

GONZAG. Ahora te toca á tí... lo que has hecho en mi obsequio esta noche, merece una magnífica recompensa, que no pienso regatear... Qué es lo que deseas?... habla...

JOROB. Y quien os ha dicho, monseñor, que yo vengo aquí á reclamar un salario?

GONZAG. Todo servicio gratuito oculta una traicion y yo quiero satisfacer el tuyo...

JOROB. Satisfacerme!... y quién os dice tampoco que no lo estoy ya? Ansiaba la pérdida de Lagardere y os lo entregué en el baile... deseaba su muerte y yo mismo he guiado la mano de sus asesinos!

GONZAG. Pero qué motivo te ha impulsado á hacerle traicion?... por qué le odiabas?...

JOROB. Porque era amado!...

GONZAG. Celoso de Lagardere!... déjame reir Esopo, déjame reir!... Já, já, ja!...

JOROB. Es una locura, convengo en ello, pero qué quereis?... estoy loco de amor... pero loco rematado!...

GONZAG. (*Riendo.*) Sin esperanza, por supuesto?

JOROB. Si la hubiera perdido, ya no existiria!...

GONZAG. Segun eso, lo que deseas es oro para seducirla, fascinarla!...

JOROB. Oh!... ella no se vendería...

GONZAG. Entonces, no comprendo... porque lo que es por tu bella figura lo encuentro difícil...

JOROB. Cierto; pero por poco que vos me ayudeis estoy seguro de realizar mi sueño... vos podeis hacerla mia... (*Con malicia.*)

GONZAG. Yo?...

JOROB. Sí, vos: desde que se halla en vuestro poder buscais tenazmente en vuestra imaginacion un medio seguro de deshaceros de ella y positivamente ninguno más original ni más á propósito que el que yo os ofrezco.

GONZAG. Cómo!... el objeto de tu ridículo amor... (*Sorprendido y con severidad.*)

JOROB. Es Blanca de Nevers, hija de Felipe de Lorena...

GONZAG. Es decir que tú sabes...

JOROB. Yo lo sé todo: sabia los secretos de Lagardere del mismo modo que he adivinado vuestras intenciones... A toda costa necesitais que desaparezca la legítima heredera de unos bienes que hace tiempo ambicionais. Para entrar en tranquila posesion de esta inmensa fortuna, teneis que pasar aún sobre dos cadáveres... yo os facilito el camino, evitándoos un asesinato inútil... No mateis á Blanca... dádmela...

GONZAG. A tí?...

JOROB. A mí, que la amo, no por su título ni por su oro, sino por su belleza y su juventud... Yo la conduciré lejos de París, de Francia, hasta de Europa, si os parece mejor; esa muchacha no llevará el nombre de su padre sino el de su marido y...

GONZAG. Estás loco?... ella no consentirá jamás!...

JOROB. Tal vez sí...

GONZAG. Cómo?...

JOROB. Decidios á ayudarme y yo os indicaré un medio.

GONZAG. Veamos...

JOROB. Hacedla comprender que Lagardere se halla en vuestro poder y que su vida depende de su obediencia... La adoracion que Blanca profesa á ese hombre, la obligará á consentir en todo...

GONZAG. Y el contrato!...

JOROB. Vos mismo redactareis uno provisional, que yo me encargaré despues de legalizar... (*sonriendo*) si me conviene; eso es cuenta mia... lo que á vos os interesa es hacerla desaparecer y yo me encargo de ello... evitándoos un crímen innecesario.

GONZAG. (*Con gravedad.*) ¿Y quién me asegura, que bien por ambicion ó bien por otro cualquier motivo, no llegue el dia que tú mismo la presentes á su madre?...

JOROB. (*Sonriendo.*) ¿Podeis sospechar que Esopo seria bien recibido por la princesa si á ella se presentase con el título de yerno?... Y no siendo con este carácter, ¿creeis que dejaria sin castigo una burla tan sangrienta, en la que jugamos el honor de su hija?

GONZAG. (*Despues de reflexionar un momento.*) Es verdad; tu ridícula figura es ya para mí una garantía; además, los servicios que me has prestado deben tranquilizarme...

JOROB. Consentís?... (*Con ansiedad.*)

GONZAG. Consiento... Despues de la firma del contrato, que yo mismo redactaré y que ambos firmareis en presencia de mis amigos, yo te entrego á la novia pero con la condicion de que saldreis de Francia en el acto... Yo me encargo de todo.

JOROB. Os lo prometo.

GONZAG. Dentro de un instante veré á Blanca y procuraré convencerla... y si no bastan mis razones apelaré á la amenaza... Afortunadamente ignora que Lagardere ha muerto.

JOROB. No es poca suerte... para ella...

GONZAG. Es preciso, sin embargo, adornarte de una manera más presentable. Ja! Ja! un novio (*toca un timbre*) debe aparecer seductor, irresistible á los ojos de su amada...

JOROB. Como gusteis... (*Riéndose.*)

GONZAG. Mucho más en una noche de boda... (*Un criado aparece.*)

JOROB. Teneis razon!... (*Riendo.*)

GONZAG. (*Al criado.*) Giraud, conduce á este caballero á mis habitaciones; vístele, y desplega toda tu habilidad en trasformarle en un Adonis... lo que no me parece fácil... Ja!... ja!...

JOROB. (*Riendo tambien.*) Ja!... ja!... quién sabe... quién sabe!... todo es posible!...

GONZAG. ¿Quién me habia de decir, que la cena que doy esta noche á mis amigos iba á convertirse en festin de boda?... Con que, hasta dentro de una hora?...

JOROB. No faltaré, no faltaré... Vamos á embellecernos... Já!... já!... já!... (*Vase riendo con el criado por la puerta izquierda.*)

ESCENA VI.

GONZAGA.—Despues NAVAILLES.—ORIOL y cinco ó seis CABALLEROS.

GONZAG. Positivamente este jorobado es mi providencia!... El me ofreció entregarme á Lagardere y me cumplió su palabra, él ha dirigido la mano de los asesinos; él en fin, se encarga de librarme de Blanca; qué más puedo desear?... (*La puerta del fondo se abre y aparecen los convidados.*) Ah!... Señores, seais bien venidos... (*Adelantándose á recibirlos.*)

NAVAIL. Buenas noches, duque; tenemos una noticia que comunicaros, pero una gran noticia!...

GONZAG. Veamos...

NAVAIL. Lagardere ha sido muerto en la entrada del puente de la Conferencia!... La casualidad se ha anticipado á haceros justicia...

GONZAG. Mejor hubiera sido el verdugo... á mi vez, señores, yo tambien tengo otra nueva que comunicaros... pero más alegre!... Estamos de boda!...

TODOS. De boda?...

GONZAG. Caso á una de mis protegidas y esta noche firmaremos el contrato.

NAVAIL. Es broma?

GONZAG. No por cierto; la doto y la doy...

TODOS. A quién?

GONZAG. A Esopo! (*Todos prorumpen en una carcajada.*)

NAVAIL. Al jorobado?

GONZAG. Justamente.

NAVAIL. El lance tiene chiste!... á Chaverny, que es tan divertido, buenas cosas se le ocurrirán esta noche.

GONZAG. (*Con seriedad.*) No es fácil porque... porque no me ha parecido oportuno convidarle.

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—CHAVERNY.

CHAVER. (*Entrando por el foro.*) Olvido que me habria ofendido mucho, si otra persona no se hubiera encargado de enmendar vuestro yerro.

NAVAIL. (*Riendo.*) Alguna dama de la ópera?

CHAVER. No por cierto; la cita no tiene nada de chistosa... yo mismo he llegado á dudar si esta carta no viene del otro mundo... (*Enseñando una carta.*)

GONZAG. Y quién es el gracioso que se permite daros citas en mi casa? (*Serio.*)

CHAVER. Apuesto cincuenta doblones á que ninguno lo adivina.

GONZAG. En fin, sepamos...

CHAVER. El caballero Enrique de Lagardere.

TODOS. Lagardere!... (*Con asombro.*)

NAVAIL. Eso no es posible!... Lagardere ha muerto.

CHAVER. Demasiado lo sé; pero tambien estoy seguro de que resucitará aunque no sea mas que por cumplir su palabra. En su carta me cita aquí á las dos, y no lo dudeis, en sonando la hora, sea por la puerta, por la ventana ó por la chimenea le veremos aparecer en esta sala.

GONZAG. (*Sonriendo.*) Vamos, para Chaverny nada hay serio en este mundo; ni áun la muerte!...

CHAVER. Señores, hacedme el gusto de mirar vuestros relojes.

NAVAIL. (*Mirando su reloj.*) Las dos, y nadie parece.

CHAVER. (*Escuchando.*) Esperad... oigo ruido por este lado... positivamente nos van á anunciar á Lagardere.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—EL JOROBADO por la izquierda elegantemente vestido y con espada.

JOROB. (*Entrando y con volubilidad.*) Lagardere, Lagardere, quién se acuerda ya de Lagardere? ¿Seriais

vos, señor de Chaverny?... Oh!... sois demasiado bueno!... Lagardere no existe... viva el jorobado que lo ha muerto!

CHAVER. Cómo, miserable! has sido tú?...

JOROB. Yo, yo... que me caso esta noche y que cuento con vos para que me sirvais de testigo.

CHAVER. Oh!... esta es demasiada insolencia!... (*Con aire de amenaza.*)

GONZAG. Te advierto primo, que Esopo es mi huésped y que se halla bajo mi proteccion!... (*Aparte al jorobado.*) Voy en busca de tu novia y á decidirla segun hemos convenido.

JOROB. Si es preciso no olvideis la amenaza!...

GONZAG. Pierde cuidado. Pero ¿para qué diablo te has colgado esa espada? (*Riendo.*)

JOROB. Pse! no deja de incomodarme un poco, pero este juguete completa el traje.

GONZAG. Señores, durante mi ausencia coloco á Esopo bajo vuestra proteccion... (*A Chaverny.*) Espero que hareis las amistades! (*Chaverny le vuelve la espalda disgustado.*)

ESCENA IX.

Los mismos menos GONZAGA.

JOROB. La recomendacion es inútil. El señor marqués y yo no podemos dejar de ser amigos; tenemos el mismo temple. (*Sonriendo maliciosamente.*)

CHAVER. Mucho lo dudo.

NAVAIL. Con que veamos, Esopo, quién es la novia?

JOROB. Una muchacha á quien amo.

CHAVER. Tú enamorado?...

JOROB. Y por qué no? de una jóven bella como un ángel y rica como Creso.

NAVAIL. Desgraciada!... (*Riéndose.*)

JOROB. Sí, marqués; yo he sabido elegir bien el momento de hacer mi peticion... La pobre niña estorbaba bastante á monseñor... tanto, (*con intencion marcada*) que por deshacerse de ella tal vez habria escogido un medio mucho peor que dársela á Esopo.

CHAVER. (*Con seriedad.*) Ah!... me parece que voy comprendiendo y que la persona á quien se quiere sacrificar...

JOROB. (*Sonriendo.*) Veamos...

CHAVER. Es la misma que esta noche ha sido robada de casa de Lagardere!...

JOROB. (*Sonriendo y con intencion.*) Tal vez... Tal vez!...

CHAVER. Y que debia ser presentada al Regente, como la verdadera hija de Felipe de Nevers...

JOROB. Solo Lagardere podria probarlo y Lagardere no existe

CHAVER. Sí, pero he venido yo á ocupar su lugar... Oh!... aquí se maquina alguna cosa infame... y yo me encargo de proteger á la que él ya no puede prestar su apoyo... Miserable!... Antes que tu mano estreche la suya... yo la haré pedazos!...

JOROB. (*Cogiendo el brazo de Chaverny y bajo precipitadamente.*) Esperad!... precipitándoos demasiado, perderiais indudablemente á la que deseais servir.

CHAVER. (*Sorprendido.*) Cómo!...

JOROB. Aún no es tiempo... dejad tranquilo vuestro acero, hasta que llegue el momento oportuno en que podais probar que la hoja toledana, adquirida en Segovia, es de buen temple, y sobre todo fiel...

CHAVER. Otra vez la misma alusion!... qué es lo que quieres decir?... (*Sorprendido y observándole mas atentamente.*)

JOROB. (*Volviendo á su volubilidad.*) Nada... nada... yo tengo muy buena memoria!... veremos si vos la teneis tambien...

NAVAIL. (*Que ha ido á observar á la puerta de la derecha con los demás convidados.*) Esopo... te anuncio la llegada de tu novia... ya está aquí.

ESCENA X.

LOS MISMOS. — GONZAGA, conduciendo á BLANCA. — EL JOROBADO se mantiene en la izquierda, segundo término.

BLANCA. (*A Gonzaga.*) Adónde me conducís? qué es, Dios mio! lo que de mí se exige.

GONZAG. Ya os lo he dicho, mi querida niña, nada temais... Huérfana y sin fortuna me fuisteis legada por un amigo y yo os ofrezco una dote y un esposo....

BLANCA. Dios mio, Dios mio!... el dolor me volverá loca!

GONZAG. (*Bajo á Blanca.*) Si dudais, mi resolucion es irrevocable... Lagardere se halla en mi poder y...

BLANCA. Oh!... no, no!...

GONZAG. (*Alto.*) Mas bien que un esposo os ofrezco un protector...

BLANCA. Un protector!... ay! yo tenia uno y me lo han arrebatado!...

CHAVER. Ese protector se llamaba Lagardere, no es cierto?...

BLANCA. Oh!... sí, sí!...

CHAVER. Pues bien, señorita, en sustitucion de Lagardere, ausente ó muerto, yo, marqués de Chaverny, me declaro vuestro caballero y si la violencia os hizo entrar en esta casa, de ella saldreis bajo la egida de mi espada... (*Cogiéndola por la mano y llevándola al lado izquierdo, próxima al canapé donde se sienta cubriéndose la cara con las manos.*)

JOROB. (*Aparte á Chaverny.*) Imprudente!...

CHAVER. (*Volviéndose.*) Eh?...

BLANCA. (*Cayendo sobre el sofá y aparte.*) Dios mio! y si la carta que acabo de recibir no fuese mas que un lazo!...

GONZAG. (*A Chaverny.*) Olvidais muy á menudo, primo, que os hallais en mi casa!... Esta señorita no necesita de la proteccion de nadie.

JOROB. (*Aparte á Gonzaga.*) Estamos perdiendo un tiempo precioso... redactad ese contrato, que ella firmará...

GONZAG. Sí, es cierto; abreviemos las formalidades... pero si se negase... desdichada!... (*Se dirige á la mesa y se pone á escribir.*)

JOROB. No habrá necesidad de recurrir al último extremo...

GONZAG. (*A Navailles y demás caballeros.*) Amigos mios, ayudadme... yo entiendo poco de estas cosas...

(Navailles, Oriol y demás caballeros, rodean á Gonzaga, riendo y con algazara. Chaverny permanece en el centro observando á unos y otros y decidido á obrar segun las circunstancias; Blanca permanece sentada en el canapé, significando la duda y el dolor. El jorobado se desliza por detrás del ca-

napé para decir á Blanca los apartes que siguen. Los cuales deben ser dichos con precipitacion.)

BLANCA. (*Aparte.*) Qué hacer, Dios mio!...

JOROB. (*Bajo á Blanca por detrás del canapé.*) Blanca!...

BLANCA. (*Con alegría.*) Ah! su voz!...

JOROB. Silencio!... no hagas ningun movimiento... nos hallamos al borde del abismo. Obedece ó estamos perdidos!...

BLANCA. Oh!... estando á tu lado nada temo ya.

CHAVER. (*Dirigiéndose á Blanca.*) Imposible, señorita; yo no creo que voluntariamente hayais podido consentir...

JOROB. (*Aparte á Chaverny interponiéndose y hablándole en su voz natural.*) Silencio y esperad!...

CHAVER. (*Sorprendido.*) Esa voz!...

(El jorobado pone un dedo sobre los labios como indicándole la prudencia.)

NAVAIL. Magnífico!... es un contrato en regla.

GONZAG. Y redactado en debida forma. (*Riendo.*) No dirás, Esopo, que no me intereso por tu suerte... doto á la novia con trescientas mil libras!...

JOROB. Monseñor, pronto espero probaros mi más profundo agradecimiento.

NAVAIL. Solo faltan las firmas.

TODOS. Sí, sí... á firmar!...

JOROB. Primero la vuestra, monseñor; no podeis rehusarme el honor de ser mi testigo... así como tambien todos estos señores...

GONZAG. Con mucho gusto.

TODOS. Sí, sí.

JOROB. Yo firmaré el último y con mi verdadero nombre. Oh!... estoy seguro que por lo original os hará reir!... (*Con intencion.*)

GONZAG. Vamos pues; venga la pluma... (*Firmando.*) Ya está...

(Todos los caballeros rodean la mesa riendo; algunos firman.)

NAVAIL. Y Chaverny, no firma con nosotros?

JOROB. Tampoco hace falta... áun me guarda rencor!... Ahora la novia.

(Gonzaga se adelanta y ofrece la mano á Blanca, que se deja conducir y firma. Inmediatamente el jorobado la ofrece la suya y la pasa á la izquierda,

donde ha quedado Chaverny, de manera que en el lado derecho y alrededor de la mesa solo permanecen Gonzaga, Navailles y los demás caballeros.)

JOROB. (*Adelantándose.*) A mi vez, señores, á mi vez... Venga una pluma!... (*Gonzaga se la presenta y el jorobado firma.*) Ya está... (*Dando un puñetazo sobre la mesa todos los caballeros se agrupan para leer la firma.*)

TODOS. Lagardere!...

(En tanto que Gonzaga, Navailles, etc., etc., se han aproximado á ver la firma de Lagardere, este ha tirado la joroba y la peluca, puesto mano á la espada y erguido su cuerpo.)

LAGAR. (*Blandiendo el acero y con entonacion terrible.*) Sí, Lagardere, que no falta nunca á sus juramentos!...

GONZAG. (*Tirando de la espada.*) Muera!

NAVAIL. (*Y los demás caballeros, imitándole y apercibiéndose al combate.*) Muera!...

LAGAR. (*A Chaverny.*) «Siempre y en todas partes...» ¿Os acordais, marqués de Chaverny?... Ha llegado la hora!...

CHAVER. (*Espada en mano colocándose al lado de Lagardere.*) Con entusiasmo y contra todos!

LAGAR. (*Tirando á Gonzaga los primeros golpes.*) Convencido estaba de que seriamos dos... (*Empieza la pelea.*)

MODES. (*Espada en mano, saliendo por la puerta izquierda y colocándose en línea.*) No, que seremos tres...

MACAR. (*Saliendo por el fondo y cayendo como un rayo sobre los combatientes que pelean al lado de Gonzaga.*) Bombas y metralla!... Cuatro, que valen por cuarenta!

(Apenas empezado el combate, la puerta del fondo vuelve á abrirse y Bonivet aparece seguido de sus guardias.)

BONIV. Abajo las armas en nombre del rey! (*Se suspende la pelea: momento de silencio.*) Señor de Gonzaga, caballero de Lagardere, sois mis prisioneros; disponeos á seguirme; una silla de posta y una escolta os esperan á la puerta. (*Entregan las espadas Lagardere y Gonzaga.*)

GONZAG. Y adónde se nos conduce?

BONIV. Me está prohibido decirlo... van á vendaros los ojos...

GONZAG. (*Con altivez.*) A mí?

BONIV. La órden es terminante... Obedeced.

(Dos soldados se adelantan para vendar los ojos á Gonzaga y Lagardere.)

LAGAR. (*A Chaverny.*) Señor de Chaverny, á vos confio el honor de conducir á esta señorita á los brazos de su madre.

(Blanca abraza á Lagardere: inmediatamente despues los soldados vendan los ojos á Gonzaga y Lagardere.)

FIN DEL CUADRO NOVENO.

CUADRO DÉCIMO.

El juicio de Dios.

Los fosos de Caylus. La misma decoracion del segundo cuadro, solamente que treinta y seis antorchas iluminan la escena, distribuidas y colocadas en la forma siguiente: diez, que tienen los guardias alineados en la derecha; seis, que llevan otros tantos pajes colocados en la escalera del talud del terraplen que baja al foso; diez, que llevan otros tantos lacayos colocados al frente debajo del puente; y las diez restantes, sobre aquel por otros tantos guardias. Una línea de alabarderos debajo del puente: otra línea de fusileros, con mosquetes, sobre el puente. Una mesa, cubierta de un terciopelo negro, con escribanía y dos candelabros de seis luces: varios sillones que se hallan ocupados por el Regente, Villeroy, d'Argenson, que presiden el tribunal, y otros caballeros. A la derecha d'Argenson y el Regente; al lado de este, la princesa con su traje de luto; en un taburete y á su lado, Blanca, sentada y abrazada á su madre; detrás del sillon de la princesa, Chaverny. Macario y Modesto en la derecha al lado de los guardias, primer término.

ESCENA PRIMERA.

EL REGENTE.—D'ARGENSON.—VILLEROY.—LA PRINCESA.—BLANCA.—Miembros del tribunal y caballeros.—Despues GONZAGA.—LAGARDERE.—BONIVET.—MACARIO.—MODESTO.

Princ. Tranquilízate, hija mia; Dios protegerá al hombre generoso y bravo que te ha conservado á mi amor.

Chaver. Esta vez, señora, no habeis dudado un instante en reconocer á vuestra hija...

PRINC. Oh! no... Al presentármela vos, he reconocido al instante las facciones de Felipe.

REGENT. Perdonadme, señora, por haberos conducido á este castillo de Caylus, que tan tristes recuerdos tiene para ambos. Este es el sitio donde fué cobardemente asesinado Nevers, y aquí tambien donde el asesino, sea el que fuere, será juzgado y castigado.

(A una seña del Regente conducen á Gonzaga y á Lagardere, con los ojos vendados: á otra seña del Regente los guardias les quitan las vendas. Gonzaga al reconocer el sitio hace un ligero movimiento de terror; Lagardere permanece impasible.)

D'ARG. (*Aparte al Regente.*) Monseñor, el duque de Gonzaga se ha estremecido!...

REGENT. Lagardere por el contrario, permanece impasible.

GONZAG. (*Aparte.*) Los fosos de Caylus!...

REGENT. Acercaos.

GONZAG. (*Aparte.*) Oh! pero esta vez tengo mis pruebas. (*Gonzaga y Lagardere avanzan un paso.*)

REGENT. Reconoceis el sitio en que os hallais?

LAGAR. }
GONZAG. } Sí, monseñor.

REGENT. Aquí fué donde Nevers cayó herido...

LAGAR. (*Indicando el sitio*) Allí!...

GONZAG. Doy gracias á vuestra alteza por haberlo elegido para concluir de una vez con tan odiosa acusacion!... He presentado á la princesa la que afirmo aún ser la legítima heredera de Nevers, y hoy me presento aquí con la prueba exigida por la duquesa de Gonzaga... Esas hojas arrancadas al registro de la capilla, y que segun algunos, debian servir para confundirme... Mirad el pliego bajo su triple sello!... (*Enseñándolo, pero sin entregarlo.*)

REGENT. Lo reconoceis, señora?...

PRINC. Oh! sí... Al presente, habla Enrique... habla hijo mio!...

BLANCA. (*Besando la mano de la princesa.*) Oh! madre mia!...

LAGAR. (*Con entusiasmo dirigiéndose á la princesa*) Gracias, señora... gracias!...

REGENT. Hablad, caballero.

LAGAR. (*Con nobleza y tranquilidad.*) Monseñor, todo lo que prometo acostumbro á cumplirlo... juré por mi honor que presentaria á la princesa de Gonzaga, la hija que me habia confiado, y áun á riesgo de mi vida he cumplido mi promesa...

PRINC. (*Abrazando á Blanca.*) Oh!... Sí... Sí!...

LAGAR. Juré á vuestra alteza presentarme á su justicia despues de veinticuatro horas de libertad, y antes de cumplirse el plazo habia entregado mi espada á vuestro capitan de guardias... Finalmente, prometí patentizar mi inocencia, desenmascarando al verdadero culpable, y... con la ayuda de Dios, mantendré mi juramento.

GONZAG. Monseñor... Consentireis por mas tiempo se me acuse sin testigos y sin pruebas?...

LAGAR. Ambas cosas poseo. (*Movimiento general.*)

GONZAG. Cuáles son vuestros testigos?...

LAGAR. Tengo dos... El primero vos mismo.

GONZAG. Este hombre está loco!...

LAGAR. El segundo, se levantará de la tumba para confundir á un miserable!...

GONZAG. Los que descansan en la tumba no hablan.

LAGAR. Siempre, cuando Dios lo permite!... En cuanto á las pruebas, se encuentran precisamente en vuestra mano, y mi inocencia se encierra en ese pliego triplemente sellado... Dudad aún de la Providencia que os hiere! Ese pliego es el principal instrumento de vuestra ruina!... Ya no podeis retirarlo; pertenece á la justicia, y la justicia os rodea por todas partes.

GONZAG. (*Dirigiéndose al Regente.*) Monseñor!...

LAGAR. Abrid ese pliego... Qué os detiene?... bajo su cubierta se encuentra efectivamente el acta de nacimiento de la señorita de Nevers...

REGENT. Obedeced, Gonzaga.

LAGAR. Oh! no, monseñor, no lo hará. Su mano tiembla porque adivina que al acta del nacimiento va unida otra cosa... ¿Quereis saber el qué, duque Gonzaga? ¡Tres líneas escritas con sangre! Nevers se hallaba á mi lado en este mismo sitio, la noche del asesinato... Un momento antes de la batalla y cuando ya en la sombra vimos brillar las espadas de los asesinos, sobre esa misma hoja que encierra ese

pliego y con su propia daga, teñida en sangre de su vena abierta, trazó esas tres líneas que revelan el crímen y el nombre del asesino...

GONZAG. (*Aparte.*) Será cierto!...

LAGAR. El verdadero nombre, monseñor. (*Señalando al pliego que Gonzaga conserva en su mano.*) Entregadlo á la justicia y ella nos dirá, si es el mio ó el vuestro...

(Gonzaga, preocupado ó inquieto, duda por algunos momentos; despues con mano temblorosa, pero con resolucion, se aproxima á los guardias que se hallan colocados en la izquierda y quema el pliego en la llama de una de las antorchas.)

TODOS. Ah!...

PRINC. Lo ha quemado!... lo ha quemado!...

REGENT. (*Levantándose y dirigiéndose á Gonzaga.*) Miserable!...

LAGAR. (*Señalando al papel que arde en el suelo.*) El muerto ha hablado!

REGENT. (*Dirigiéndose á Lagardere.*) Caballero, decidnos lo que habia escrito en ese pliego y os creeremos bajo vuestra palabra... Ese hombre acaba de perderse...

LAGAR. Nada, monseñor, nada!... Lo oís Gonzaga... vuestro nombre no estaba ahi, pero vos mismo acabais de escribirlo!...

D'ARG. Se ha confesado culpable.

REGENT. Asesino!... Asesino!...

GONZAG. (*A Lagardere.*) Oh!... no gozarás de tu victoria.

(Se dirige al grupo de guardias y arranca la espada á un oficial; Modesto intenta detenerle para dar tiempo á las dos réplicas que siguen.)

LAGAR. Una espada!... una espada!...

REGENT. (*Dándole la suya.*) La mia... haced justicia... honradla vengando á Nevers!

LAGAR. (*Blandiendo la espada y con entonacion terrible.*) Héme aquí!... héme aquí!...

(A la tercer estocada cae Gonzaga.)

GONZAG. Ah!... (*Muere.*)

MAGAR. (*Que se halla en primer término entre los guardias.*) Ocho!...

MODES. Cuenta redonda!...

(La princesa y Blanca se arrojan en brazos de Lagardere.)

LAGAR. Nevers!... te he cumplido mi palabra!... Duerme tranquilo!...

FIN DEL DRAMA.

biendo examinado esta obra, no hallo inconveniente en que su sentacion sea autorizada.
drid 1.º de Diciembre de 1862.

El Censor de teatros
ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Los hijos del pueblo.
Las mujeres de mármol.
El hijo del ciego.
El Angel de la casa.
Los Contrabandistas del Pirineo.
Amor de padre.
Leopoldina de Nivara.
La Serpiente de los mares.
Isabel de Hungría.
Una pecadora.
Un Corpus de sangre.
Lo que se ve y lo que no se ve.
Torbellino.
El orgullo.
La capa de José.
Los dos primos.
Una pantera de Java.
El último pichon.

ZARZUELAS.

Roquelor (1).
Ardides y cuchilladas (2).
Una aventura en Marruecos (3).
Peluquero y marqués (4).
El perro del hortelano (5).
A Rusia por Valladolid (6).

---

(1) Música de los Sres. Oudrid y Caballero.
(2) Música del Sr. Reparaz (D. Antonio.)
(3) Música del Sr. Lahoz (D. Florencio.)
(4) Música del Sr. Cepeda (D. Luis.)
(5) Música del Sr. Velasco (D. Luis.)
(6) Música del Sr. Velasco (D. Luis.)